

UNIVERSIDAD DEL ACONCAGUA



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Tesina de Licenciatura

“El concepto de elección en la obra de Freud”

Alumna: Daniela García Gargiulo

Directora: Prof. Mgter. Estela Labal

Mendoza, Noviembre 2015

Hoja de Evaluación

Tribunal examinador:

Presidente:

Vocal:

Vocal:

Profesor invitado: Prof. Mgter. Estela Labal

Nota:

Agradecimientos

Agradezco a mi papá, que con su apoyo y fe me ayudó a comenzar y a ser perseverante con mis estudios, quien siempre ha confiado y creído en mí. Gracias por tu esfuerzo, por los valores que me has brindado, por enseñarme que la paciencia y la perseverancia son virtudes que pocos logran en la vida, por enseñarme que la palabra es el camino que fortalece el alma.

Agradezco a Hernán, quien me ha dado mucho e intenta aún más para ayudarme y acompañarme en este nuevo rumbo que mi vida está tomando. Gracias por tu amor, por tu confianza, por tu compañía.

Agradezco con mucho cariño a mi amiga de la vida, Jimena, quien es una de las primeras personas que apoyó mi elección vocacional, quien con su confianza y buen humor me ayudó, y aún lo hace, a atravesar momentos espinosos.

Agradezco con todo mi corazón a mi directora de tesina, Estela Labal, quien me posibilitó un espacio para emprender este trabajo con entusiasmo, empeño y comprensión. Gracias por su dedicación, por su atención, y por ayudar a que este trabajo sea más valioso.

Agradezco a mi amiga, compañera y colega, Eva, quien me ha compartido sus experiencias, con quien aún comparto charlas, inquietudes e pasiones. Gracias por tu amistad.

Gracias a mi mamá, a mis hermanos Alexis y Paula, a mi tía Tite, a mi prima Carina, a mi tío Pico y mi tía Estela, quienes están presentes en cada momento de mi vida.

Gracias a mis amigas y compañeras de estudio, que me permitieron atravesar esta etapa con buen humor y han encontrado un lugar en mi corazón, para Julia, Mayra, Jime Torres y Érica.

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo realizar un recorrido en la obra de Sigmund Freud para dar cuenta de la importancia del concepto de elección en la teoría psicoanalítica y su validez en la práctica actual, aplicado principalmente en la elección vocacional.

El eje fundamental del marco teórico del presente trabajo lo constituye la obra freudiana. Por ello, se investigan sus conceptualizaciones tomando en cuenta los textos que comprenden los tres ordenamientos metapsicológicos, dando cuenta de la evolución teórica e histórica del concepto de elección. Se realizó una búsqueda de este concepto en las diversas ordenaciones, dando cuenta de la importancia que posee en la conceptualización del aparato psíquico y del desarrollo psicosexual del sujeto.

Entre los conceptos principales en vinculación con la elección se encuentra lo articulado a la neurosis, los mecanismos psíquicos inconscientes, los actos fallidos y la sexualidad infantil, pertenecientes a la primera ordenación. Luego, son importantes los conceptos de pulsión, la represión, el narcisismo, el aparato psíquico constituido como sistemas y el complejo de Edipo. Y en la última ordenación se destacan la compulsión a la repetición, la nueva tópica freudiana, el primado del falo y el complejo de castración.

Los conceptos trabajados sirven de guía y herramienta fundamental para la posterior articulación teórico-clínica desarrollada en esta investigación.

Abstract

This paper aims to make a tour in the work of Sigmund Freud to account for the importance of the concept of choice in psychoanalytic theory and its validity in actual practice, it applied mainly in vocational choice.

The cornerstone of the theoretical framework of this study is Freud's work. Therefore, their conceptualizations are investigated taking into account the texts comprising the three metapsychological systems, realizing the theoretical and historical evolution of the concept of choice. This concept search was conducted in the various arrangements, realizing the importance that the conceptualization of the psychic apparatus and the psychosexual development of the subject.

Among the main concepts in connection with the election it is articulated to the neurosis, the unconscious psychic mechanisms, failed acts, infantile sexuality, belonging to the first ordination. Then, are important concepts instinct, repression, narcissism, the psychic apparatus and systems established as the Oedipus complex. And in the last management highlights the repetition compulsion, the new Freudian topography, the primacy of the phallus and castration complex.

The concepts worked for guidance and essential tool for subsequent theoretical clinical articulation developed in this research.

Índice de contenidos

Hoja de Evaluación.....	3
Agradecimientos	4
Resumen	5
Abstract.....	6
Índice de contenidos.....	7
Introducción.....	9
Capítulo 1: Freud desde 1896 hasta 1912.....	12
1. Introducción	13
2. Elección de la neurosis de defensa	14
3. La Primera Ordenación Metapsicológica	24
3.1. Aportes de “ <i>La interpretación de los sueños</i> ”	24
3.2. Primera tópica y el deseo inconsciente	30
3.3. Elegir en la vida cotidiana	32
3.4. Acerca del desarrollo sexual infantil	35
3.5. Algunos efectos posteriores de la elección del objeto	48
4. Conclusiones del capítulo	52
Capítulo 2: Freud desde 1913	54
1. Introducción	55
2. La elección de las neurosis en la Segunda Ordenación Metapsicológica.	55
3. La pulsión como articuladora en las etapas libidinales y la elección.....	57
4. La Represión, un destino pulsional	64
5. Elección como acto psíquico y la primera tópica freudiana	68
5.1. Propiedades de los sistemas <i>Icc</i> y <i>Prcc-Cc</i>	72
5.2. La elección de la neurosis comprendida en la primera tópica.....	74
6. El recordar inconsciente y su repetición en la elección	76
7. El narcisismo y su papel en las elecciones	77
8. El complejo de Edipo.....	84
9. La pérdida del objeto elegido	86
10. Pequeña consideración freudiana a la vocación como elección	88

11. Conclusiones	89
Capítulo 3: Freud desde 1920	93
1. Introducción	94
2. El más allá que rige el funcionamiento psíquico.....	94
3. La nueva tópica: ello, yo y superyó	100
4. Identificación con el objeto en lugar de elección	104
5. La elección amorosa y el objeto sobreestimado.....	108
6. El primado del falo y el sepultamiento del complejo de Edipo	111
7. Inhibición, síntoma y angustia	117
8. Conclusiones	120
Capítulo 4: Articulaciones con el caso clínico	122
1. Introducción	123
2. Presentación del caso clínico de elección vocacional	123
2.1 Viñetas de las entrevistas	124
3. Articulaciones teóricas del caso clínico.....	131
4. Conclusiones	133
Capítulo 5: Conclusiones finales	135
Referencias bibliográficas	145

Introducción

La presente investigación se propone realizar un recorrido del concepto de la elección, considerándolo un concepto complejo, producto de múltiples factores que intervienen y determinan, en un principio, el objeto que se elige y la modalidad de elección. Y por supuesto, entendiendo que la elección es inherente a la constitución subjetiva.

Ahora bien, tal concepto de elección va a ser analizado y rastreado en la obra del psicoanalista Sigmund Freud, entendiendo a ésta como la teoría fundante del psicoanálisis y promotora de la psicología.

El concepto de elección es uno de los conceptos principales en el área de la Orientación Vocacional, y son varios los autores e investigadores que se han dedicado a su estudio en aquella área. Se considera posible encontrar el enlace entre lo que Freud establece en su obra y sus aplicaciones en lo vocacional. Por este motivo, resulta relevante incursionar en los dichos de Freud para dar cuenta de la importancia y significatividad de sus aportes.

En otras palabras, esta investigación intenta incursionar en la elección desde sus raíces, para luego comprender sus usos y aplicaciones en la práctica actual.

Por este motivo, se considera como objetivo general de la presente investigación la realización del recorrido del concepto de elección en la obra de Sigmund Freud, tomando como guía teórica e histórica las tres ordenaciones metapsicológicas, y a partir de éstas, incursionar en los diversos usos y aplicaciones que el psicoanalista hace a lo largo de su obra.

En función de lo anteriormente expuesto, se establecen como objetivos específicos los siguientes:

1. Investigar la relación entre el concepto de objeto en la teoría psicoanalítica y la elección.
2. Identificar y rastrear las distintas conceptualizaciones que realiza Freud entre el término “elección” y los diversos contenidos teóricos tomando como ejes las tres (3) ordenaciones metapsicológicas: 1er eje con “*La interpretación de los sueños*” (1900), 2do eje con los escritos técnicos de Freud (1012-14), y 3er eje con el “*Más allá del principio del placer*” (1920).
3. Articular los conceptos desarrollados con viñetas extraídas de un caso de orientación vocacional actual.

En cuanto a la metodología empleada, se trata de una investigación de tipo teórico-clínico llevada a cabo desde una perspectiva psicoanalítica. Tomando a Hernández Sampieri (2003), la investigación es cualitativa, el tipo de estudio es descriptivo, el diseño es narrativo y se basa en un estudio de caso único.

El caso clínico es una construcción que se realiza a partir de un recorte de lo que surge en un proceso de orientación vocacional, en el cual se pretende identificar los elementos que hacen a la elección subjetiva de quien enuncia los dichos presentes en las viñetas seleccionadas.

La presente investigación ha sido dividida en cinco capítulos. Los primeros tres capítulos son teóricos, correspondientes a las tres ordenaciones metapsicológicas de Freud; y los siguientes incluyen la articulación con el caso clínico y las conclusiones a las que se han arribado.

El capítulo 1 contiene los textos previos a la primera ordenación, los cuales remiten a la elección de la neurosis de defensa, siendo éste uno de los primeros usos del concepto de elección. Los textos siguientes corresponden a la primera ordenación metapsicológica, lo que permitió trabajar el concepto de elección de objeto tomando como articulador central el texto de “*Tres ensayos sobre la teoría sexual*” de 1905. Además, se obtuvo un panorama amplio

acerca del funcionamiento del aparato psíquico con los textos de *“La interpretación de los sueños”* y *“Psicopatología de la vida cotidiana”*, entre otros.

El capítulo siguiente corresponde a la segunda ordenación metapsicológica, donde se tomó como ejes los textos de *“Pulsiones y destinos de pulsión”*, *“La represión”* y *“Lo inconsciente”*. En articulación con el concepto de elección, se trabajó principalmente con: *“Introducción al narcisismo”*, *“Duelo y melancolía”*, *“Recordar, repetir y reelaborar”* y la conferencia N° 21, *“Del desarrollo libidinal y organizaciones sexuales”*.

Luego, el capítulo número 3 abarca la tercera ordenación metapsicológica, la que integra los aportes realizados con *“Más allá del principio de placer”*, *“El yo y el ello”*, *“Inhibición, síntoma y angustia”* como ejes principales. En cuanto a la articulación con la elección de objeto, se trabajó *“El sepultamiento del complejo de Edipo”* y *“La organización genital infantil”*.

En el cuarto capítulo se trabajan algunas articulaciones posibles entre los dichos de un sujeto y varios de los conceptos que pudieron obtenerse a partir de lo investigado en la sección teórica.

Por último, se presentan las conclusiones a las que se logra arribar luego del estudio profundo de la obra de Freud en relación al concepto elección.

La justificación y relevancia de la presente investigación se basa en su propósito de realizar un aporte a la práctica profesional, dado que aborda el concepto de elección subjetiva que tanta implicancia obtiene en la vida de los individuos. Y al ser una investigación que tiene en cuenta un método de investigación, genera aportes a la comunidad científica de la temática trabajada.

Capítulo 1:

Freud desde 1896 hasta 1912.

La elección en la pre-metapsicología y en
la Primera Ordenación Metapsicológica

1. Introducción

El presente capítulo está constituido por dos secciones que se diferencian teórica y cronológicamente en la obra de Freud. La primera sección corresponde a los textos en los que Freud comienza su investigación acerca de las neuropsicosis de defensa. La segunda sección da inicio a la primera ordenación metapsicológica, con su descubrimiento del inconsciente a partir de "*La interpretación de los sueños*" de 1900.

El período pre-metapsicológico concentra los textos que fundan los cimientos de la teoría de Sigmund Freud, integrado por manuscritos, cartas, y diversas publicaciones psicoanalíticas. Este conjunto de escritos permite encontrar aquellas experiencias y primeros interrogantes que guiaron y fundamentaron la producción de la teoría psicoanalítica freudiana.

Son numerosas las modificaciones y autocríticas que el mismo Freud realiza acerca de las conceptualizaciones psicoanalíticas, y que, sin embargo, resultan necesarias y esenciales para poder avanzar en el descubrimiento del inconsciente y del desarrollo del método psicoanalítico.

Interesa a la presente investigación aquellas conceptualizaciones de Freud que se vinculan con el tópico que la guía: la elección. Inicialmente, Freud articula la elección con aquello que investigaba por el año 1895: las neuropsicosis de defensa que tanto aquejaban a los pacientes de aquella época. Dentro de estos textos iniciales que van a guiar y fundamentar esta primera parte se destacan "*El Manuscrito K*" (1896) y "*La etiología de la histeria*" (1896).

En la segunda parte, Freud da una tónica al aparato psíquico, fundamentado por nuevos procesos e instancias de funcionamiento a partir de lo descubierto en los análisis de los sueños. En esta sección, son varios los textos que fundamentan el funcionamiento psíquico, y que permiten dar cuenta

del concepto de elección articulado a los contenidos y representaciones psíquicas.

A su vez, en esta época es de gran importancia la conceptualización del desarrollo sexual infantil que comienza a desarrollar en 1905. Estos nuevos aportes permiten sostener la hipótesis del desarrollo sexual desde el inicio de la vida, como constituyente del aparato psíquico. En tal proceso, se realiza la elección de objeto de amor, construyendo un concepto clave para la presente investigación.

2. Elección de la neurosis de defensa

La primera vez que aparece el término de “elección” en la obra de Freud, es en el “*Manuscrito K. Las neurosis de defensa*”, del año 1896. En este manuscrito, Freud (1896/1992) realiza una comparación entre los cuatro tipos de neurosis de defensa, a las que define como “aberraciones patológicas de estados afectivos psíquicos normales: del conflicto (histeria), del reproche (neurosis obsesiva), de la mortificación (paranoia), del duelo (amentia alucinatoria aguda)” (p. 260). Éstas se suceden cuando cumplen dos condiciones, que la aberración sea de tipo sexual y que suceda en el período anterior a la madurez sexual. También considera que el factor de la herencia es una condición que facilita y acrecienta el afecto patológico. Sin embargo, luego aclara: “No creo que la herencia intervenga en la elección de la neurosis de defensa” (p. 260).

Así Freud comienza a introducir en sus hipótesis la posibilidad de la elección de la neurosis de defensa, descartando desde un inicio el factor hereditario en su provocación, pero incluyéndolo como un agravante de la enfermedad. Tomando esto en cuenta, puede generarse un espacio para

formular las siguientes preguntas: ¿se elige la neurosis de defensa?, si esta puede ser elegida ¿qué factores contribuyen a tal elección?, o ¿quiénes pueden elegir la neurosis como defensa? ¿Defensa ante qué?

Por otro lado, se sabe que en este momento no se encuentra establecida la diferenciación entre la neurosis y la psicosis (o paranoia, como él la llamaba), ya que categorizaba a todas las neurosis dentro de patologías de los estados afectivos.

En este texto se expone la existencia de una tendencia defensiva normal del aparato psíquico a guiar la energía psíquica, de suerte que genere placer. Esta tendencia, aclara Freud (1896/1992), “es inocua toda vez que se trate de representaciones que en su tiempo estuvieron enlazadas con displacer, pero son incapaces de cobrar un displacer actual (diverso de recordado)” (p. 261). En cambio la propensión a la defensa se vuelve nociva cuando se dirige contra representaciones que pueden desprender un displacer nuevo, también siendo recuerdos, como es el caso de las representaciones sexuales. Por lo cual, se considera que Freud toma como condición el hecho de que antes de la pubertad no se haya producido ninguna irritación sexual importante, para quedar exento de las neurosis de defensa.

De esta manera, se pueden aclarar algunas de las preguntas antes formuladas: la neurosis de defensa se origina cuando una vivencia en una época temprana generó cierto displacer y su repetición en el recuerdo, ya atravesada la pubertad, genera un displacer aún mayor. Se podría decir, entonces, que aquellas personas que no han atravesado por una experiencia sexual prematura podrían estar más exentas de que les surja una neurosis de defensa posteriormente. Ahora bien, ¿por qué, o para qué habla de elección? ¿Qué se elige: tener o no tener una neurosis de defensa? ¿O cuando no hay salida se elige la clase de neurosis de defensa especial para cada sujeto?

Para intentar responder a estas preguntas, se puede tomar en cuenta las diferencias y similitudes que se establecen entre las neurosis de defensa.

Freud (1896/1992) explica que la trayectoria de la enfermedad en estas neurosis de represión siempre es la misma, ésta es:

1) La vivencia sexual (o la serie de ellas) prematura, traumática, que ha de reprimirse. 2) Su represión a raíz de una ocasión posterior que despierta su recuerdo, y así lleva a la formación de un síntoma primario. 3) Un estadio de defensa lograda, que se asemeja a la salud salvo en la existencia del síntoma primario. 4) El estadio en que las representaciones reprimidas retornan, y en la lucha entre éstas y el yo forman síntomas nuevos, los de la enfermedad propiamente dicha (p. 262).

Las diferencias principales entre las diversas neurosis, en cambio, se muestran en el modo en que las representaciones reprimidas retornan, en el modo de la formación de síntoma y del curso de la enfermedad. Sin embargo, el carácter específico de las diversas neurosis reside en cómo es llevada a cabo la represión. (Freud, 1896/1992).

En este momento, comienza a tomar un papel preponderante la represión, ya sea de la vivencia sexual prematura o de su recuerdo posterior, para la formación de la neurosis de defensa, y por lo tanto, de su elección. Y si bien Freud en este momento no lo especifica como tal, hace referencia a procesos inconscientes junto con el de la represión. Esta represión todavía no logra conceptualizarse como un proceso, como se puede ver posteriormente en su teoría, pero ya está dando indicios de su complejidad.

Cómo se ha llevado a cabo la represión puede ser aclarado teniendo en cuenta las características de la vivencia primaria, en qué momento se siente placer asociado a esa vivencia, qué síntomas genera cuando retorna, es decir, cómo se defiende el yo. Con esto se comienza a responder cómo se diferencia una determinada neurosis de otra según cómo haya sido el proceso de la represión en cada sujeto, determinando la elección de la neurosis.

Explica Freud (1896/1992), por ejemplo, que en la neurosis obsesiva, la vivencia primaria estuvo dotada de placer, sin que se produzca dolor ni asco. Cuando es recordada posteriormente y produce displacer, se genera un

reproche que es consciente. Luego, recuerdo y reproche son reprimidos y a cambio se forma en la conciencia un síntoma contrario, a la manera de una escrupulosidad de la conciencia moral.

Por otro lado, en la paranoia la vivencia primaria parece ser semejante a la de la neurosis obsesiva, pero el displacer que se genera es atribuido al prójimo según el esquema psíquico de la proyección, sin generar reproche. Desconfianza (susceptibilidad hacia otros) es el síntoma primario formado. El afecto reprimido parece retornar siempre en alucinaciones de voces.

En el caso de la histeria, por el contrario, presupone necesariamente una vivencia displacentera primaria, de naturaleza pasiva. Empieza con un avasallamiento del yo. La elevación de tensión a raíz de la vivencia displacentera primaria es tan grande que el yo no la contradice, es decir, no forma ningún síntoma psíquico, sino que precisa sufrir una exteriorización de descarga.

En la "*Carta 46*", de la correspondencia con su amigo Fliess, Freud (1896/1992) comenta su inquietud acerca de la búsqueda de la etiología de la neurosis. En esta carta establece cuatro períodos de transición en la vida de un sujeto, con dos momentos susceptibles de acontecer la represión (entre los 8 y 10 años, y entre los 12 y 17 años). Retoma la hipótesis de que el despertar de un recuerdo sexual de una época anterior en otra posterior aporta a la psique un "excedente sexual que produce efectos (...) [que] por sí solo no puede crear todavía (en el período *la*) ninguna represión; para ello hace falta la cooperación de la defensa". Freud (1896/1992, p.270). Explica que para que se produzca la neurosis, las escenas sexuales tienen condiciones de tiempo, es decir, que dependen en qué período ocurra la escena traumática. Esto se puede visualizar en el siguiente cuadro que realiza:

Figura 6, Freud (1896/1992, p. 271).

Condiciones de tiempos						
	Ia	Ib	A	II	B	III
	Hasta los 4	Hasta los 8		Hasta los 14		Hasta x
Histeria	Escena		Represión		Represión	
Neur. obs.		Escena	Represión		Represión	
Paranoia				Escena		Represión

Según este cuadro las escenas de la histeria ocurren en el primer período de la infancia, cuando le falta a los restos mnémicos su traducción a representaciones-palabra. Es indiferente que estas escenas (*Ia*) sean despertadas en la época posterior a la segunda dentición (de 8 a 10 años) o en el estadio de la pubertad. Siempre se generaría histeria y, evidentemente, conversión, pues la conjugación de defensa y excedente sexual impide la traducción.

Las escenas de las neurosis obsesivas pertenecen a la época *Ib* y están provistas de traducción a palabra, y al producirse su despertar en *II* o en *III* se generan síntomas psíquicos obsesivos. Las escenas de la paranoia caen en la época que sigue a la segunda dentición, en la época *II*, y son despertadas en *III* (madurez). Y agrega: “Los tiempos de la represión son, por tanto, indiferentes para la elección de neurosis; los tiempos del suceso son los que deciden. El carácter de la escena es importante en la medida en que pueda dar ocasión a la defensa”. Freud (1896/1992, p. 271). Es decir, que la época en la que sobreviene la represión no establece ni determina la elección de la neurosis, sino que es principal para ésta el tiempo en que la escena ocurre, el tiempo del suceso, según los períodos de la infancia en que se produce la escena. Elección y decisión se usan indistintamente en esta temática.

Pero luego, ya en la “Carta 57”, Freud (1897/1992) comenta acerca de su incertidumbre con respecto a la conjetura antes sustentada, que la elección

de la neurosis estaría condicionada por la época de la génesis, con la escena traumática. Por el contrario, agrega: “más bien aparece fijada sobre la primera infancia (...) Empero, esa definición oscila siempre entre la época de la génesis y la época de la represión (ahora preferida)” (p. 285). Primera refutación a su hipótesis anterior, dando cuenta que para su elección no es la época en la que ocurre el suceso que provoca displacer, sino que toma más importancia el papel de la represión. Algo de la infancia y la escena comienza a tomar relevancia, aún no definido.

Ya en la “*Carta 75*” comienza a vislumbrarse que algo orgánico coopera en la represión, se trata de las zonas sexuales y su abandono posterior. Se observó que las zonas sexuales que en el ser humano normal y maduro ya no producen desprendimiento sexual tienen que ser la región del ano, así como la de la boca y su cavidad, ya que no excitan y no brindan contribución alguna a la libido, a diferencia de la generada en los órganos sexuales genuinos, pero que alguna vez lo brindaron. Entonces, el desprendimiento sexual sobreviene, no sólo por estímulo periférico sobre los órganos sexuales, o por las excitaciones internas de estos órganos, “sino también desde las representaciones, en consecuencia huellas mnémicas, en consecuencia también por el camino de la posterioridad”. Freud (1897/1992, p. 311). Aquí puede verse el germen de la teoría de la sexualidad y su importancia en las diferentes zonas corporales que desprendieron placer y que dejaron huellas mnémicas. Sin embargo, ¿existe una posible articulación entre estas zonas sexuales, el desprendimiento sexual que generan con posterioridad y la *elección* de neurosis?

Luego, en el mismo texto retoma el tema de las neurosis, y comprende que en la medida en que el recuerdo ha conservado una vivencia concerniente a los genitales produce con posterioridad libido; en cambio, en la medida en que ano y boca fueron los afectados, se produce con posterioridad asco interior, y el consecuente estado final es que un monto de libido no puede irrumpir, como en otros casos, hasta la acción o la traducción psíquica, sino que tiene que abrirse paso en dirección regresiva (como en el sueño).

Ahora bien, es probable que la elección de neurosis, la decisión sobre si se genera una histeria, una neurosis obsesiva o una paranoia, dependa de la naturaleza de la oleada (es decir, de su deslinde en el tiempo) que posibilita la represión, o sea, que muda una fuente de placer interior en una de asco interior. Freud (1897/1992, p. 313).

Ya se puede vislumbrar que el concepto de elección se usa indistintamente como sinónimo de decisión en diversas ocasiones. Esta aclaración se realiza considerando que el foco del asunto no es la elección de la neurosis propiamente dicha, sino lo que desencadena tal neurosis. *Es el recorrido que realiza la libido en las zonas erógenas y su represión los que van a tener que ver con el desencadenamiento de una determinada neurosis.* Este concepto es luego retomado por autores tales como por ejemplo Bohoslavsky quienes se dedican a trabajar, desarrollar y ampliar el concepto de elección en las distintas estructuraciones psíquicas.

Resulta oportuno agregar ciertos aportes en cuanto a la formación del síntoma para la elección neurótica. En *“La etiología de la histeria”*, Freud (1896/1991) considera que la reconducción del síntoma histérico a una escena traumática sólo conlleva ganancia si esa escena satisface dos condiciones: “que posea la pertinente idoneidad determinante y que pueda reconocérsele la fuerza traumática” (p. 193).

Si bien se consideraba que el descubrimiento de esta escena traumática anterior cancelaba el síntoma, Freud se anima a suponer que en estos casos se presenta un encadenamiento de recuerdos eficaces que se remontan más atrás de la escena traumática, en los cuales “infaliblemente se termina por llegar al ámbito del vivenciar sexual. Así se habría descubierto, por vez primera, una condición etiológica de síntomas histéricos”. Freud (1896/1991, p. 198). Es importante destacar que estas vivencias tienen que estar presentes como recuerdos inconscientes; es decir, que sólo en la medida misma en que son inconscientes pueden producir y sustentar síntomas histéricos. Además, tales síntomas histéricos están sobredeterminados, es decir, que se escoge

como síntoma aquella representación cuyo distintivo es el efecto conjugado de varios factores, que es evocado simultáneamente desde diversos lados.

Entonces, la suposición de que debía existir una vivencia traumática causante de la neurosis es echada por tierra, ya que se pudo dar cuenta de la existencia de una serie de recuerdos anteriores que permanecieron inconscientes.

Además, se podría pensar que la sobredeterminación de los síntomas en la histeria podría ser una característica de formación sintomática que estaría también presente en los síntomas de las restantes neurosis. Así también esta sobredeterminación se encuentra facilitada por los diversos eslabones que se encadenan con aquella vivencia sexual en la que se reúnen varias de estas cadenas. ¿Acaso estos encadenamientos guiarían la preferencia a elegir una determinada neurosis?

Teniendo en cuenta este paradigma de formación de síntomas neuróticos, Freud pasa a comprender que el papel etiológico de las vivencias sexuales infantiles no se limita al campo de la histeria, sino que rige de igual manera para las neurosis obsesivas, y se anima a incluir a la paranoia crónica y otras neurosis funcionales. Ya había planteado que las representaciones obsesivas por lo general se desenmascaran como reproches encubiertos y mudados a causa de agresiones sexuales en la infancia, por lo que infiere que esta neurosis puede encontrarse presente más en varones que en mujeres. Al respecto, dice: “el carácter de las escenas infantiles, sean vivenciadas con placer o sólo con pasividad, tiene un influjo que comanda la elección de la posterior neurosis”. Freud (1896/1991, p. 218).

Uniendo las ideas, es posible considerar que esta elección se encuentra íntimamente determinada por estos recuerdos inconscientes que han sido reprimidos y que se encuentran vinculados a través de nexos cuya lógica inconsciente permite la producción de cadenas asociativas. Esto explica la complejidad que los síntomas neuróticos constituyen en sí mismos, vienen a representar algo cuyo origen está en un eslabón más profundo. Además, el

papel de la sexualidad y sus vivencias infantiles van tomando un carácter cada vez más relevante cuando se indaga en la etiología de las neurosis y sus consecuencias.

Para 1905, Freud ya había escrito "*Tres ensayos de teoría sexual*", y sigue considerando que en relación a las otras psiconeurosis (histeria y representaciones obsesivas), el factor sexual era una de las tantas fuentes emocionales que intervenían en su génesis. Por medio del procedimiento catártico, se fue dando a conocer que cada vez que se iba más lejos intentando encontrar los traumas psíquicos que se suponían daban su origen a los síntomas histéricos, se llegaba a vivencias infantiles de carácter sexual. (Freud, 1905/1992).

En "*Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*", escribe Freud (1906/1992): "parecía establecida fuera de toda duda la incomparable importancia de las vivencias sexuales para la etiología de las psiconeurosis" (p. 265).

Para aquella época, se sobrestimaba la presencia de sucesos en donde un niño era víctima de la seducción de un adulto, siendo que todavía no podía distinguir entre los espejismos mnémicos de los histéricos en cuanto a su infancia y las huellas de los hechos reales, por lo que Freud comienza a considerar que muchas de estas fantasías de seducción son un intento de defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual. Esto le permite confirmar que: "cayó por tierra la insistencia en el elemento 'traumático'; quedó en pie la siguiente intelección: La práctica sexual infantil (sea espontánea o provocada) marca la dirección que seguirá la vida sexual tras la madurez".

Hasta había esperado resolver el problema de la elección de la neurosis (la decisión acerca de la forma de psiconeurosis que contraería el enfermo) por las particularidades de las vivencias sexuales infantiles. Y, si bien con reservas, creía entonces que la conducta pasiva frente a esas escenas proporcionaba la disposición específica a la histeria, mientras que la conducta activa daba por resultado la de la neurosis

obsesiva. Más tarde debí renunciar totalmente a esta concepción (...).
Freud (1906/1992, p. 267).

Las anteriores aseveraciones acerca de la formación de la neurosis y de su elección, además de la existencia de un trauma en la esfera de la sexualidad, comienzan a ser descartados al tomar mayor relevancia en el análisis de los pacientes el papel que cumplen las fantasías en el desarrollo de la sexualidad infantil. Y que además, el papel de ésta no es exclusiva en aquellos sujetos que consideraba neuróticos, sino también de aquellos que no lo eran. La práctica sexual infantil marca un escalón en la teoría de Freud que permite el entendimiento del aparato psíquico.

A través de lo mencionado anteriormente se puede considerar que, en esta primera sección, Freud ha hecho uso del concepto de elección para dar cuenta de la génesis de las neurosis de defensa. Por lo tanto, se puede pensar que ha empleado este término a la manera de una decisión inconsciente, concepto que da inicio a la investigación de otras áreas más allá de la patología.

El término en sí, elección, parece no ser el concepto trabajado con posterioridad ya que no hace alusión a la posibilidad de elegir entre varias opciones, sino que se desarrolla como un concepto que viene a colaborar con Freud en las futuras investigaciones que se ligan con el funcionamiento del aparato psíquico.

Es decir que este concepto le abre la posibilidad de seguir investigando el campo de la sexualidad en la infancia, donde él puede articular que las etiologías de las distintas estructuraciones se relacionan con la elección de aquellas representaciones que las zonas erógenas generaron.

3. La Primera Ordenación Metapsicológica

El texto que da inicio a esta sección es “*La interpretación de los sueños*” del año 1900. Freud abandona de a poco los estudios de enfoque neurológico acerca de las neurosis y da paso a la investigación del inconsciente a través de sus producciones, es decir, los sueños, los actos fallidos y por supuesto los síntomas neuróticos.

Son abundantes los textos que integran este ordenamiento, cuyos tópicos relevantes van a girar en torno al establecimiento de la primera tópica freudiana y el desarrollo libidinal.

3.1. Aportes de “*La interpretación de los sueños*”

Con Freud (1900/1991) los sueños comienzan a ser considerados como una forma de manifestación del inconsciente, un producto que ha sido filtrado, transformado en su paso a la conciencia, pero cuyo origen se encuentra en lo más profundo del inconsciente, y por lo tanto forman parte de la vida psíquica de un individuo.

Antiguamente los sueños eran estudiados considerando que en los mismos habían símbolos, los cuales debían ser descifrados, parte por parte, para encontrar su sentido. Freud toma este aspecto del descifrado como método para intentar conocer su significado, pero le da la palabra al soñante, quien va a realizar las asociaciones dándole un sentido singular, y no cultural como se hacía antiguamente.

Comienza a preguntarse acerca de las fuentes del sueño, entre las cuales se encuentran los estímulos sensoriales externos que pueden coincidir con algún contenido del sueño; los estímulos sensoriales internos que dan origen a las alucinaciones hipnagógicas; y los estímulos corporales internos cuyas excitaciones pueden provocar imágenes oníricas. Para Freud, estas fuentes resultan insuficientes para explicar lo que ocurre con los contenidos del sueño a los que tenemos acceso. Por lo tanto, considera que pueden existir otros factores que determinen las imágenes mnémicas producidas en éste. Es entonces que comienza a considerar que el enigma acerca de la formación de los sueños puede resolverse mediante el descubrimiento de una fuente psíquica de estímulos.

Esta configura la cuarta fuente que da origen a los sueños, de la cual deriva un gran caudal de energía psíquica para su producción. Se toma en cuenta esta idea ante la pregunta acerca de la *elección* de las imágenes que van a formar al sueño. Además, los aportes de la interpretación de los sueños permiten entender el funcionamiento del inconsciente y, por lo tanto, su relación con la elección de ciertos contenidos o representaciones en lugar de otros, ya que, como se verá más adelante, tanto los sueños como los síntomas neuróticos son formaciones del inconsciente.

¿De qué energía se trata? ¿Qué la origina? ¿Qué procesos psíquicos están involucrados en su formación? Estas son algunas preguntas que van dirigiendo la investigación de los sueños.

El contenido del sueño, dice Freud (1900/1991) “nos es dado como una pictografía, cada uno de cuyos signos ha de transferirse al lenguaje de los pensamientos del sueño” (p. 285). Existe un nuevo material psíquico: el contenido latente o los pensamientos del sueño. Desde ellos, y no desde el contenido manifiesto, desarrolla la solución del sueño. La desproporción entre contenidos y pensamientos oníricos lleva a inferir que en la formación del sueño se efectuó una amplia condensación de material psíquico, es decir, que el sueño se formó como resultado de trabajo de prensado, resultando un

producto denso a causa de diferentes líneas asociativas que confluyen en una representación.

Sin embargo, si sólo unos pocos elementos de los pensamientos oníricos alcanzan el contenido del sueño, Freud (1900/1991) se pregunta: “¿qué condiciones comandan la elección?” (p. 289). Esta pregunta de Freud permite pensarse de otra manera. ¿A qué se debe que determinados contenidos oníricos sean elegidos para devenir conscientes, y que otros no surjan en su relato? Si bien ya se viene considerando que se trata de una fuerza psíquica inconsciente, el mecanismo de condensación ayuda pero no alcanza para entender por qué ciertos elementos aparecen en el sueño y otros no.

Para responder a esto, Freud analiza un sueño que tuvo, el conocido sueño de “*La inyección de Irma*”, del cual pudo deducir que ciertos pensamientos oníricos constituyen puntos nodales donde se reúnen muchas de estas cadenas asociativas. Estos pensamientos han sido tomados por ser multívocos con referencia a la interpretación del sueño. Cada uno de estos elementos que llegan a este punto nodal, están sobredeterminados, como si sustituyeran a múltiples pensamientos oníricos ocupando un solo contenido que los representa.

De un elemento del sueño, la vía asociativa lleva a varios pensamientos oníricos, de un pensamiento onírico, a varios elementos del sueño. (...) Toda la masa de pensamientos oníricos es sometida a una cierta elaboración después de la cual los elementos que tienen más y mejores apoyos son seleccionados para ingresar en el contenido onírico; valga como analogía la elección por listas (...) Los elementos oníricos se configuran desde la masa total de pensamientos oníricos, y cada uno de ellos aparece determinado de manera múltiple por referencia a los pensamientos oníricos. Freud (1900 /1991, p. 292).

Esta analogía de la elección por listas explica la sobredeterminación y multivocidad de los contenidos inconscientes; si varias representaciones encuentran un aspecto en común, una característica, un detalle, va a

producirse una suerte de clasificación y luego la elección de cierto contenido para que devenga consciente, y que puede a su vez representar de manera condensada otros múltiples contenidos. En el sueño lo elegido formará parte de las imágenes mnémicas; de manera similar podría pensarse que lo elegido dentro de una concatenación de representaciones psíquicas va a generar determinado síntoma neurótico.

Durante la formación del sueño, para Freud (1900/1991) se produjo un trabajo psíquico con ciertas particularidades, lo que le permite “reconocer la elección de elementos que están presentes de manera múltiple en los pensamientos oníricos, la formación de nuevas unidades (personas de acumulación, pensamientos mixtos) y la producción de elementos comunes intermediarios” (p. 302).

¿Qué característica tienen en común estos contenidos que permiten su enlace? Esta inquietud se orienta a lo que ocasiona que cierto contenido devenga como elemento manifiesto en el sueño, en lugar de otros que se mantienen en el plano del inconsciente.

Freud dice que en el proceso psíquico de la vida normal existen representaciones que han sido privilegiadas antes que otras y que poseen particular vivacidad para la conciencia. Pero en el sueño, el interés no es el mismo. Es decir que en los sueños “los elementos esenciales sobre los que recae un interés intenso, pueden ser tratados como si tuviesen un valor ínfimo, y en su lugar aparecen en el sueño otros elementos que con seguridad eran de valor ínfimo en los pensamientos oníricos”. Freud (1900/1991, p. 311).

De esta manera, la intensidad psíquica de las representaciones singulares no es tomada en cuenta “en la selección onírica. (...) Sólo lo es la mayor o menor multilateralidad de su determinación”. Freud (1900/1991, p. 312). Es decir, lo que llega al sueño es lo que está contenido en los pensamientos oníricos de manera múltiple.

En el trabajo onírico existe un poder psíquico que le quita la intensidad a los elementos de alto valor psíquico, y por otra parte, procura a los de menor

valor una nueva cuantía por la vía de la sobredeterminación, haciendo que éstos alcancen el contenido onírico. Si esto se produce, en la formación del sueño acontece una transferencia y un desplazamiento de las intensidades psíquicas de los elementos singulares, generando la diferencia del texto del sueño que se observa entre contenidos y pensamientos oníricos. La sobredeterminación es entonces una condición para la formación del sueño, que se produce por condensación y desplazamiento. (Freud, 1900/1991).

A partir de estas contribuciones acerca de la formación del sueño, se puede comenzar a entender el funcionamiento del aparato psíquico en cuanto al manejo o elección de los contenidos y elementos que constituyen los contenidos del inconsciente. Se puede ver que en el sueño ciertos elementos van a ser elegidos o seleccionados, entonces, por su multilateralidad de cadenas asociativas, que generan puntos nodales dando como resultado la sobredeterminación de contenidos. Este movimiento, cuyos mecanismos principales son la condensación y el desplazamiento, va a ayudar a que ciertos elementos que no pueden devenir conscientes, se les quite la intensidad psíquica y sea transferida a otros contenidos posibles de ser contenidos oníricos manifiestos.

¿De dónde surgen los lazos lógicos que permiten que los pensamientos oníricos sean comprensibles? De esto trata la figuración onírica de la que habla Freud. Los desplazamientos producidos en el sueño resultan ser sustituciones de una determinada representación por otra que le era vecina por asociación. Además, por condensación eran aprovechadas para conseguir un sólo elemento con algo en común a dos elementos. Encontramos nexos lógicos, algo en común que conecta varios elementos, un poder psíquico que retira y coloca las intensidades entre los elementos psíquicos, que permite la sobredeterminación de algunos, la figuración de otros contenidos. Todos son procesos que determinan la elección de ciertos contenidos que atraviesan la censura para llegar al relato consciente del sueño.

En este momento, Freud (1900/1991) empieza a considerar que el sueño se comporta como el síntoma neurótico, como se había dicho antes. Y

con respecto a su interpretación, todo un sueño puede no llegar a interpretarse por completo. A su vez, diversos sueños pueden ser tratados como un todo por el trabajo interpretativo. Pero es preciso dejar un lugar en sombras, sin interpretar, porque desde ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar. Y este lugar donde se encuentra lo no conocido, Freud lo nombra como el ombligo del sueño. ¿Desde este ombligo se eligen los pensamientos que van a producir el sueño? En su producción, ¿lo que se elige para formar el sueño tendrá que ver con el deseo que quiere realizarse en éste? Esta madeja de pensamientos puede entenderse como aquel que inicia la cadena de eslabones que se encuentran en el análisis de los síntomas neuróticos. Se había dicho previamente, que algo de lo sexual tenía que ver en el inicio de aquella cadena. ¿Acaso lo no conocido, el ombligo del sueño, se rige por la misma fuerza que no permite llegar a aquella vivencia sexual original?

El sueño es un acto psíquico de pleno derecho; su fuerza impulsora es (...) un deseo por cumplir; el que sea irreconocible como deseo, así como sus múltiples extravagancias y absurdos, se deben a la influencia de la censura psíquica que debió soportar en su formación. Freud (1900/1991, p. 527).

Considerar al ombligo del sueño como el lugar en donde se eligen los contenidos del sueño resulta inverificable teniendo en cuenta su carácter de sombras. Pero si se tiene en consideración que el deseo es aquella fuerza que impulsa su formación, podría tenerse en cuenta que esta es la fuerza que va a determinar aquellos contenidos oníricos que permitirán la formación del sueño, y por medio de éste, su realización.

3.2. Primera tónica y el deseo inconsciente

En este momento, Freud concibe al aparato psíquico como un instrumento compuesto por sistemas, los cuales son recorridos por una excitación dentro de una determinada serie temporal, que va desde un extremo sensorial a un extremo motor. “De las percepciones que llegan a nosotros, en nuestro aparato psíquico queda una huella que podemos llamar ‘huella mnémica’”. Freud (1900/1991, p. 531).

Llama *preconsciente* al sistema ubicado en el extremo motor, para indicar que los procesos de excitación que ocurren en éste pueden alcanzar la conciencia. Al sistema que está detrás del preconsciente lo llama *inconsciente*, ya que sus contenidos no tienen acceso a la *consciencia* si no es por vía del preconsciente, los cuales además sufren modificaciones en su proceso de excitación y al atravesar la censura.

A partir de esto, Freud sitúa en el sistema *Icc* el envión necesario, la fuerza impulsora para la formación del sueño, además de verse precisado anudarse a ciertos pensamientos oníricos que pertenecen al *Prcc*. “El sistema inconsciente es el punto de partida para la formación del sueño. Como todas las otras formaciones de pensamiento, esta excitación onírica exteriorizará el afán de proseguirse dentro del *Prcc* y alcanzar desde ahí el acceso a la conciencia.” Freud (1900/1991, p. 535).

Entonces, podría pensarse que el deseo se encuentra o surge del sistema *Icc*, por lo que nunca va a poder ser conocido, pero que podrá manifestarse y realizarse gracias a esos anudamientos que se conectan con contenidos del sistema siguiente que van a permitir su paso al sistema *Cc*. Pero ¿de qué tipo de deseo habla Freud?

Freud (1900/1991) habla de que el sueño es el cumplimiento de un deseo. La génesis de tal deseo que genera al sueño tiene tres posibilidades:

puede haberse excitado durante el día sin obtener satisfacción a causa de condiciones exteriores, quedando pendiente para la noche un deseo admitido y no tramitado; puede haber emergido durante el día, pero topándose con desestimaciones, quedando pendiente un deseo no tramitado pero que fue sofocado; y por último, puede carecer de relación con la vida diurna y contarse entre aquellos deseos que sólo de noche se ponen en movimiento desde lo sofocado. Pero después agrega una cuarta fuente del deseo del sueño: las mociones de deseo actuales, que se despiertan durante la noche, como la sed o la necesidad sexual.

En general, estos deseos pueden verse claramente en los sueños de los niños. Pero en el adulto el deseo que quedó pendiente de cumplimiento durante el día no basta para crear un sueño. Es decir, el sueño no se formaría si el deseo preconscious no se refuerza desde otra parte. Este refuerzo proviene del inconsciente. “El deseo consciente sólo deviene excitador de un sueño si logra despertar otro deseo paralelo, inconsciente, mediante el cual se refuerza”. Freud (1900/1991, p. 545). Estos deseos inconscientes se encuentran siempre alertas, dispuestos a procurarse expresión en todo momento, siempre y cuando se les ofrezca la oportunidad de aliarse con una moción de lo consciente y de transferir su mayor intensidad a la menor intensidad de ésta. Además, Freud los caracteriza como inmortales, indestructibles, e infantiles que se encuentran en estado de represión.

Este deseo inconsciente es el que va a determinar la elección de ciertos contenidos para que sean representados por medio de la figuración onírica en los contenidos del sueño. Este deseo es la fuente, que reside en el ombligo del sueño, que posee la fuerza necesaria para comandar los procesos inconscientes de condensación y desplazamiento, que permiten la formación del sueño.

Tomando lo aprendido por las neurosis, Freud (1900/1991) entiende que si la representación inconsciente como tal no puede acceder al preconscious, entonces sólo va a poder exteriorizar un efecto en este sistema si entra en

conexión con una representación inofensiva que ya pertenezca al preconsciente, produciéndose la transferencia de su intensidad.

El sueño es en todos los casos un cumplimiento de deseo porque es una operación del sistema lcc, que no conoce en su trabajo ninguna otra meta que el cumplimiento de deseo ni dispone de otras fuerzas que no sean las mociones de deseo. Freud (1900/1991, p. 560).

De esto deriva que no sólo el sueño será un cumplimiento de deseo, sino que todos los síntomas psiconeuróticos se explican por esta nueva manera de entender el aparato psíquico.

En cuanto al origen de este deseo inconsciente, Diana Rabinovich (1990) considera que surge de la no complementariedad sujeto-objeto. Esta no complementariedad permite la separación del sujeto de la satisfacción de la necesidad para encontrarse con la realización del deseo. Dado que con el objeto ya no hay satisfacción, los procesos inconscientes se van a dar lugar a partir de la búsqueda de aquella percepción original de una primera vez entre el sujeto y el objeto de satisfacción. Por lo tanto, la meta de esta realización desiderativa es evocar esa identidad de percepción, cuyo instrumento es la alucinación desiderativa, productora de los sueños. El deseo va a ser el que produce el olvido del camino de la satisfacción de la necesidad al investir esa huella mnémica, esa representación que nunca alcanza a la satisfacción por medio del objeto.

3.3. Elegir en la vida cotidiana

En "*Psicopatología de la vida cotidiana*", Freud (1901/1991) trabaja lo que conocemos como "actos fallidos", los cuales incluyen los *lapsus linguae*, los olvidos, o recuerdos falsos entre los principales, que ocurren en la vida

diaria, comprendiendo que éstos no son simples errores que ocurren por casualidad, sino que son producto de algo más.

Uno de sus intereses para escribir este libro era encontrar una explicación con respecto al olvido de los nombres propios. Motivado por propia experiencia, un día Freud quiso recordar un nombre que creía fácil de recordar: Signorelli. Ante su sorpresa, en lugar de éste se le imponían otros nombres de pintores: Botticelli y Boltraffio. Comenzó a considerar que el olvido del nombre fue causado por un proceso en donde se produjo un desplazamiento (descentración) de lo que se buscaba, y llevado a un sustituto incorrecto. A este respecto Freud (1901/1991) dice: “este desplazamiento va a obedecer a ciertas vías ajustadas a ley” (p. 9); ley que no nombra, pero que podemos entender que es la ley del inconsciente que rige la represión y los diversos procesos que ella produce, como la formación del sueño y los síntomas. Aquel contenido sustituto que se hace presente en la consciencia, en realidad mantiene un nexo con el contenido buscado. Por lo tanto, plantea la existencia de algún motivo por el cual se interrumpe la comunicación de los pensamientos, y que además influye para que se mantengan inconscientes los nexos con otros pensamientos anudados a aquellos contenidos buscados.

Eso buscado tiene que ver con algo reprimido, que se quiso olvidar, y por conexión asociativa se olvidan también otros contenidos. Afirma que “hay un mecanismo del recordar fallido (...) El elemento reprimido se apodera por vía asociativa del nombre buscado y lo arrastra consigo a la represión”. Freud (1901/1991, p. 13).

¿Cómo se relaciona el olvido con la elección? Se debe tener en cuenta que la represión juega un papel fundamental en la elección de aquellos contenidos que van a ser reprimidos y desajolados de la consciencia y de aquellos que permanecen conscientes. Es sobre la base de ese mecanismo de recordar fallido que caen bajo techo diversos contenidos que quizás nada de displacentero tengan, pero al estar íntimamente relacionados o vinculados, la represión igual los aleja.

Por otro lado, son varias las ocasiones en que Freud (1901/1991) escribe acerca de la elección para aludir a la psicopatología en la vida cotidiana:

También el determinismo más fino de la expresión del pensamiento en el habla y en la escritura merecería considerarse con cuidado. En general, uno cree que elige las palabras con las que viste sus pensamientos o la imagen con la cual quiere disfrazarlos. Una observación más atenta muestra que otros miramientos deciden sobre esta elección, y que en la forma del pensamiento se trasluce un sentido que suele no ser deliberado (p. 211).

Es decir, que si se presta a observación lo que uno dice, cómo lo dice, lo que escribe, esa elección responde a otro proceso que dista de ser deliberado y consciente en su totalidad. Se puede finalizar diciendo que algo que no esperábamos decir y que discrepaba de lo que pretendíamos expresar, lo mismo es expresado. Por lo tanto, esto ayuda a pensar que el inconsciente no sólo trabaja en los síntomas neuróticos y en los sueños, sino que se encuentra presente en el vivir cotidiano, afectando las diversas elecciones que requiere la vida diaria.

En otra ocasión vuelve a traer un ejemplo de su propia experiencia, en la cual comienza a buscar el nombre de pila que debe darle a la publicación de un historial clínico de una paciente suya. Freud pensaba que en esta situación el margen de elección iba a ser amplio, salvo pocas excepciones. Primero quedaron excluidos ciertos nombre de antemano: el nombre auténtico de la paciente; luego, los nombres de integrantes de su propia familia, y excluyó otros nombres femeninos de sonido particularmente raro; “pero, por lo demás, no tendría por qué desconcertarme en la elección del nombre”. Freud (1901/1991, p. 234). Considera que en su mente iban a surgir infinidad de nombres femeninos, pero en su lugar surgió uno solo, y ninguno más: eligió el nombre «Dora». Sin embargo, quiso rechazar esta ocurrencia, ya que así se llamaba la niñera de su hermana, pero luego recuerda que el verdadero nombre de ésta es Rosa. Por lo que quedó el nombre de Dora, por estar

enlazado a “la persona que no podía conservar el suyo” (p. 235). Por más esfuerzo que pusiera, el nombre al azar no surgió fácilmente, aún tenía cierto enlace que algo de lo propio.

Otro suceso similar ocurrió cuando años después, en una exposición de dicho caso clínico, una de sus oyentes tenía este nombre.

Se me planteó entonces la tarea de elegir a toda prisa otro, y a raíz de ello reflexioné en que una cosa no debía hacer, y era caer en el nombre de pila de la otra oyente, pues así daría pésimo ejemplo a mi colega, ya instruida en el psicoanálisis. Por eso me puse muy contento cuando en sustitución de Dora se me ocurrió el nombre Erna, del cual me valí en la conferencia. Terminada esta, me pregunté de dónde provendría el nombre «Erna», y no pude menos que reír cuando advertí que la temida posibilidad se había abierto paso, al menos en parte, en la elección del nombre sustitutivo. La otra dama llevaba el apellido Lucerna, del cual Erna es un fragmento. Freud (1901/1991, p.235).

De estos ejemplos surge la presunción de que cuando un sujeto cree hacer una elección de manera controlada y deliberada, no importa cual sencilla o compleja pueda ser, en cierta medida tal elección se encuentra determinada, influenciada, y comandada por conexiones y relaciones con otros aspectos de su propia vida, cuyas vinculaciones son en principio no conocidas, y algunas imposibles de conocer.

3.4. Acerca del desarrollo sexual infantil

Luego de investigar acerca de la elección en relación con las neurosis de defensa, sobre la formación del sueño y el establecimiento de la tópica que separa los sistemas *Icc*, *Prcc* y *Cc*, Freud pasa a interesarse en el desarrollo libidinal del sujeto.

La sexualidad comienza a tener un papel importante en la doctrina del psicoanálisis, entendida como “toda una serie de excitaciones y actividades, existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica (...)” (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 401). Según esta definición, la sexualidad tiene componentes que van más allá del placer y las actividades relacionadas con el funcionamiento genital.

Al preguntarse por el papel de la sexualidad en la enfermedad neurótica, Freud (1905/1992) escribe los “*Tres Ensayos de Teoría Sexual*” y da comienzo a nueva construcción teórica en la que incluye al concepto de elección como principal en su vinculación con el objeto. En el primer ensayo, cuyo tema principal es acerca de las aberraciones sexuales, da cuenta de la importancia del psicoanálisis para intentar revelar el mecanismo psíquico en cuanto a la génesis de la inversión sexual, es decir, lo que se conoce hoy como elección homosexual.

En los análisis de sus pacientes y otros casos, encuentra que en los primeros años de la infancia de estas personas, consideradas invertidas, se había producido un atravesamiento por una fase de fuerte fijación a la mujer, que resultaba ser la madre en la mayoría de los casos. Tras la superación de esta breve fase, éstos se identificaban con la madre y se tomaban a sí mismos como objetos sexuales. Desde este momento, aparece en juego un primer objeto cuya importancia se refuerza a lo largo de esta teoría: la madre.

En este texto aparece por primera vez la idea de que el objeto sexual se elige, elección que para Freud se consuma en el inconsciente. Incluye la posibilidad de que existan factores accidentales, como la frustración por un amedrentamiento sexual temprano, y/o la presencia de ambos padres, sobretodo de un padre fuerte, que pueden influir en este tipo de elección de objeto.

En los casos de fetichismo, considera que ocurriría una desviación en el sentido de una sustitución del objeto sexual por otro objeto que es inapropiado al fin sexual, como con otra parte del cuerpo, o con objetos inanimados. Refiere

que cuando la aspiración a ese fetiche se fija, excediéndose de la condición de objeto sexual sobreestimado, considerado normal en los estados de enamoramientos, es cuando se vuelve patológico. Descubre que “en la elección del fetiche se manifiesta (...) la influencia persistente de una impresión sexual recibida casi siempre en la primera infancia”. Freud (1905/1992, p. 140).

Este es el momento crítico y fundamental en donde se establecen los primeros vínculos objetales: la primera infancia, donde la ocurrencia de las impresiones de carácter sexual van a influir en la posterior elección del objeto; en este caso, con características patológicas.

En referencia a esto, en una nota de pie de página del año 1920, Freud (1905/1992) postula que la elección del fetichismo y el objeto con el que se satisface, se encuentran determinados constitucionalmente; y plantea que “tras el primer recuerdo de la emergencia del fetiche hay una fase sepultada y olvidada del desarrollo sexual que es subrogada por el fetiche como si fuera un ‘recuerdo encubridor’, cuyo resto y decantación es entonces el fetiche” (p.140). Más adelante, Freud nombra a este período entre el recuerdo y la emergencia del fetiche como la fase de latencia, por lo cual esta fase va a tener que ver con el tipo de elección que se hace posteriormente, y cuyo proceso es constitucional del psiquismo. Se podría pensar que por el período de latencia es que cae en olvido el primer objeto que dio satisfacción.

Durante la investigación de las perversiones las pulsiones sexuales obtienen una importancia especial. Éstas luchan contra ciertos poderes anímicos en calidad de resistencias, que permiten suponer que la pulsión se ubica dentro de fronteras consideradas normales. En caso de que se desarrollen tempranamente en el individuo, antes de que hayan alcanzado su fuerza psíquica, fueron aquellas resistencias las que marcaron la dirección de su desarrollo. Estas resistencias no son nada más que los diques psíquicos que van a inhibir el camino de la pulsión sexual, los cuales son la moral, el asco y la vergüenza. De aquí surge la idea de que la pulsión sexual no es algo simple, sino que consta de componentes que en las perversiones vuelven a separarse.

A partir de aquí, Freud se vuelca a investigar la pulsión sexual en los neuróticos. Considera que en las psiconeurosis que tenían sus pacientes descansaban fuerzas pulsionales de carácter sexual. Éstas eran las únicas fuentes de energía constante que participaban en las neurosis. Y también las más importantes, ya que observa que la vida sexual de éstos se exteriorizaba en los síntomas. De ahí una de las frases emblemáticas de Freud (1905/1992): “los síntomas son la práctica sexual de los neuróticos” (p. 148).

Se puede comenzar a considerar que cuando se realiza una elección de objeto, van a tener una influencia importante aquellas fuerzas que derivan de las pulsiones sexuales. Según se hayan desarrollado en conformidad o no con las resistencias psíquicas, va a provocar una inclinación fetichista, o una inversión; o se van a encausar e ir chocando con ciertos compromisos que en algunos sujetos pueden llevar a una neurosis y aparecer como síntomas. Ahora bien, ¿qué relación puede establecerse entre la elección de objeto y los síntomas neuróticos?

Con ayuda del psicoanálisis, Freud (1905/1992) trabaja para eliminar los síntomas, entendiendo a éstos como sustitutos de ciertos procesos anímicos a los cuales se les ha denegado su adecuada tramitación en alguna otra actividad psíquica, consecuencia de la represión. Esto que ha quedado relegado al inconsciente va a aspirar a otro tipo de expresión, por ejemplo en la histeria encuentra su descarga en la conversión de fenómenos somáticos.

Así los síntomas comienzan a considerarse como sustitutos de otros procesos que van a tomar su fuerza de la pulsión sexual. Y realiza una diferenciación de los síntomas que nacen de estas pulsiones llamadas normales de aquellas pulsiones que designa como perversas, ya que estas últimas parecen poder exteriorizarse directamente en la conciencia sin restricciones. Por esto, Freud (1905/1992) dice: “la neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión” (p. 150).

Puede verse que, según lo antes dicho, tanto el síntoma neurótico como la elección de objeto toman su fuerza de la pulsión sexual. ¿Se trata de la

misma pulsión? ¿Estas pulsiones recorren las similares vías o difieren en su recorrido? ¿La elección de objeto es solidaria en la formación del síntoma?

Ya en el segundo ensayo se introduce en la sexualidad infantil en donde se destaca como temática central las exteriorizaciones de la sexualidad que se observan en los niños. Su importancia yace en la relación que el niño tiene desde el inicio de su vida con un objeto que es externo, en el cual encuentra satisfacción, vital para su supervivencia, pero que establece las posteriores características que el objeto va a tener una vez que comience a ser representado psíquicamente.

Así, la primera exteriorización es el reflejo de chupeteo que aparece en el recién nacido. Para Freud (1905/1992), esta práctica se caracteriza por ser autoerótica, es decir, que se satisface en el cuerpo propio, el niño busca su satisfacción y lleva a la boca otro objeto para chuparlo.

Esta primera característica, el autoerotismo, ¿se mantendrá a lo largo de la vida sexual? ¿En qué se relaciona con las posteriores elecciones? ¿Tiene vinculación con los síntomas? ¿Se podría pensar que ciertas partes del cuerpo actúan como objeto de satisfacción pulsional desde los inicios de la vida?

Freud en el "*Proyecto de psicología para neurólogos*" (1895/1992) ya había dicho que el niño vivencia una primera experiencia de satisfacción, y que luego va a recordar e ir en búsqueda de ese placer. Los labios como zona erógena se asocian con la satisfacción que provoca la acción de alimentarse, y así la función de conservación de la vida va a permitir la apuntalación de esta actividad con el quehacer sexual. De esta manera, el apuntalamiento en funciones vitales, el autoerotismo y el encuentro de la meta sexual con la zona erógena del cuerpo son características que se repiten en las otras prácticas sexuales infantiles, como lo refiere en los "*Tres ensayos...*" (Freud, 1905/1992).

Otra característica que se suma a la vida sexual infantil es que las pulsiones parciales singulares van a aspirar a conseguir placer, cada una por su cuenta, encontrándose enteramente desconectadas entre sí. En esta época, Freud consideraba que el desarrollo psicosexual llegaba a su punto de

maduración en la vida sexual normal adulta. Así, el placer se pone al servicio de la reproducción, y las pulsiones parciales, que están bajo el primado de una única zona erógena, van a formar una organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno.

Cuando las organizaciones de la vida sexual no han alcanzado ese punto cúlmine de desarrollo, Freud las llamó organizaciones pregenitales. La primera organización sexual pregenital es la llamada oral, o canibática. Como se venía diciendo, en esta organización la actividad sexual no se ha separado aún de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos dentro de ella, es decir, el objeto de una actividad es también el de la otra. La meta sexual consiste en la incorporación del objeto. En cambio, la segunda fase pregenital es la de la organización sádico-anal. Aquí Freud pudo establecer que se despliega una división en opuestos, que atraviesa la vida sexual, y los llama activo-pasivo. A la actividad corresponde la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo; y como órgano de meta sexual pasiva se constituye la mucosa erógena del intestino. Los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden. Aquí ya se va vislumbrando que en la vida sexual existe la polaridad y el objeto ajeno. Todavía faltan la organización y la subordinación en la función reproductiva.

Pero las fases psicosexuales y la ambivalencia no alcanzan a explicar el desarrollo psicosexual infantil. Por lo tanto, Freud incluye otro momento que completa este cuadro: una elección de objeto propiamente dicha.

Aquí se abre la posibilidad de pensar que el objeto con el cual se va a satisfacer, objeto de las pulsiones sexuales, va a elegirse, ya no vinculado o apuntalado a una función vital, quizá ya no autoerótico, sino dirigido hacia fuera. ¿De qué se trata esta elección? ¿Es elección libre, independiente o está determinada? ¿Esta elección continúa respondiendo a la pulsión sexual? Estas son preguntas que Freud ayuda a responder.

Esta elección de objeto constituye el conjunto de actividades sexuales que se dirigen a una única persona, buscando alcanzar en ella la meta sexual.

Si bien se asemeja a la elección que se realiza una vez alcanzada la pubertad, es diferente ya que en la pubertad las pulsiones parciales están unificadas y organizadas bajo el primado de los genitales, situación que no se ha establecido en la elección de objeto de la niñez. Es a partir de esto que Freud (1905/1992) va a hablar de dos tiempos de la elección de objeto, a la manera de dos oleadas. La primera oleada, caracterizada por la naturaleza infantil de sus metas sexuales, la ubica entre los dos y cinco años de edad, donde luego el período de latencia la detiene o la hace retroceder. Y la segunda es la elección de objeto que se produce en la pubertad.

Freud considera que la elección infantil de objeto tendrá resultados que se prolongarán hasta una época tardía, ya sea manteniéndose tal cual, o experimentando una renovación en la pubertad. Pero estos resultados resultan inaplicables, ya que entre ambas fases va a desarrollarse la represión. Como consecuencia, las metas sexuales se “atemperan”, como si se calmaran y reubicaran, lo que llama como corriente tierna de la vida sexual. Y luego en la pubertad, la elección de objeto tiene que renunciar a los objetos infantiles, los padres, y empezar de nuevo, pero esta vez como corriente sensual.

Por lo tanto, las consecuencias y efectos de la elección infantil de objeto tendrán una fuerte influencia en las elecciones de objetos del sujeto adulto, efectos que se intentarán mantener bajo represión, es decir, que no devengan en conscientes. ¿Acaso estas consecuencias pueden llevar a la formación de síntomas en el sujeto adulto? Considerando esto, quizás puedan entenderse los rasgos infantiles que pueden aparecer en la relación de un sujeto con su persona amada. Quizá, corriente tierna y corriente sexual produzcan un cortocircuito en la vida sexual adulta.

Además, ya se empiezan a vislumbrar ciertas características que la elección de objeto infantil produce, como la renuncia a aquellos objetos sexuales de la infancia, para dar lugar a la posibilidad de elegir otros objetos apropiados. Así, esta modalidad de renunciar a los objetos originarios se va a instalar en el psiquismo desde la infancia y va a permitir que se puedan realizar elecciones más apropiadas. ¿Qué aspecto del objeto sexual infantil es el que

se renuncia, y cuál se mantiene? ¿Qué queda bajo represión y qué permite la elección posterior?

En su tercer ensayo, Freud (1905/1992) profundiza su estudio acerca de la pubertad y los cambios que se provocan tanto física como psíquicamente. En este período, las pulsiones sexuales parciales se dirigen en una cooperación mutua, hacia una nueva meta sexual, y las zonas erógenas se subordinarán al primado de las zonas genitales. Así, las dos corrientes, la tierna y la sensual, van a dar la garantía de la normalidad de la vida sexual.

En esta época del sujeto, se va a producir el hallazgo de objeto, que es más bien, un reencuentro. Esto es así porque en ya la primera satisfacción sexual, conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho de la madre. Después, la pulsión pasa a ser autoerótica, y luego del período de latencia, irá en busca de la relación originaria, pero ahora en un objeto externo.

Acerca del primer objeto sexual, la madre, Freud dice que tiene un papel fundamental, aún luego de que la actividad sexual se divorcie de la nutrición. El vínculo sexual con ese objeto “ayuda a preparar la elección de objeto y, así, a restaurar dicha pérdida”. Freud (1905/1992, p. 203). Del modelo de vinculación con este objeto, el niño ya en el período de latencia, aprende a amar a otras personas que remedian su desvalimiento y ayudan a satisfacer sus necesidades.

De esta conjetura surge otra característica de la elección de objeto: su vinculación con el primer objeto ayuda a preparar la(s) posterior(es) elección(es). Además, se encuentra implícita la hipótesis de que en las elecciones posteriores se produce una reparación o recuperación de la pérdida que se produce o ha sido provocada por la separación con el primer objeto.

Con respecto a la pulsión sexual en la niñez, es con la ternura de los padres que se previene su desarrollo prematuro, antes de la pubertad. Después logra despertarse con tal fuerza que su excitación anímica llega hasta el sistema genital, así la pulsión llega a su cometido, como dice Freud

(1905/1992): “conducir al niño, llegado a la madurez, hasta la elección del objeto sexual” (p. 205).

Entre esos dos momentos de la elección de objeto, Freud (1905/1992) coloca la barrera del incesto, gracias a la cual se instauran aquellos “preceptos morales que excluyen expresamente de la elección de objeto (...) a las personas amadas de la niñez” (p. 205). El respeto a esta barrera se convierte en una exigencia cultural de la sociedad, permitiendo que los sujetos establezcan lazos con objetos externos, diferentes a los que mantienen con su familia. ¿Esta barrera es infranqueable? Por lo pronto, se puede considerar que es fundamental y determinante para las posteriores elecciones de objeto.

Pero es a nivel del psiquismo, es decir, en la esfera de las representaciones, donde la elección de objeto se produce inicialmente. Esto quiere decir que entran en juego las fantasías, espacio donde las representaciones no están destinadas a ejecutarse. En una nota de pie de página agregada en 1920, Freud (1905/1992) considera que las fantasías en la pubertad continúan con la investigación sexual que se produce en la infancia, y que permanecen inconscientes en su totalidad, o en parte. La importancia de éstas es que en ellas se establecen las formas en que los componentes libidinales reprimidos hallan su satisfacción. Por ende, en las fantasías se puede ubicar la génesis de diversos síntomas. En la misma nota agrega “el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis, la pieza esencial del contenido de éstas. En él culmina la sexualidad infantil, que, por sus consecuencias, influye decisivamente sobre la sexualidad del adulto”. Freud (1905/1992, p. 206). Freud plantea con respecto al complejo de Edipo, que si el sujeto no podía dominarlo o no lo superaba, caería en la neurosis. Para 1920, ya había elaborado el Complejo de Edipo. Pero en la época en que escribe los “*Tres ensayos...*” sólo tenía una idea esbozada del papel que este complejo cumplía en el desarrollo psicosexual.

Freud sostiene que los efectos posteriores de la elección infantil de objeto, que se observan en las elecciones que hacen los jóvenes una vez llegados a la pubertad, están basados en el apuntalamiento en los modelos de

su padre y madre. Dada esta importancia de los vínculos infantiles con los padres para la posterior elección de objeto sexual, cualquier perturbación en éstos permite comprender las consecuencias de la vida sexual adulta.

Esta inclinación infantil hacia los padres, no sería la única de las vías que guían la elección de objeto. Para Freud existen otros factores en la infancia que permiten desarrollar más de una serie sexual y establecer diversas condiciones para la elección de objeto.

Estos ensayos abren la puerta a diversos interrogantes que Freud intentará vislumbrar posteriormente. Hasta aquí, resulta importante cómo se pueden ir articulando al concepto de elección, su relación con el objeto de la infancia y su segundo tiempo en la pubertad, la función que cumplen las pulsiones sexuales y las zonas erógenas, las fantasías acerca de la sexualidad y su paso por la represión. Pero deja abierta la posibilidad de pensar otras vías que podrán tener que ver con las condiciones de elección de objeto, además del modelo parental.

Para 1909, Freud realiza cinco conferencias acerca del psicoanálisis en la Universidad de Massachusetts, Estados Unidos, dándosele el reconocimiento como ciencia que tanto él esperaba. Un año después, escribe estas conferencias y su publicación permite divulgar sus descubrimientos de manera preliminar (Strachey en Freud, 1910/1992).

Dentro de estas conferencias, interesa aquella que permite una mayor comprensión a lo desarrollado anteriormente. Hay sexualidad en la infancia porque los niños tienen sus propias pulsiones y quehaceres sexuales desde el inicio de la vida, que se van desarrollando en etapas hasta alcanzar la sexualidad adulta. La importancia de la etapa infantil radica en que las mociones de deseo que surgen de esta sexualidad, imperecederas y posteriormente reprimidas, prestan su poder para la formación de síntomas. La pulsión sexual del niño tendrá diversas fuentes y obedece a la ganancia de sensaciones placenteras.

En los primeros meses de la infancia, Freud (1910/1992) plantea que la fuente principal de placer sexual es la excitación apropiada de ciertos lugares del cuerpo, lo que se nombró como autoerotismo, en el que se prescinde de un objeto ajeno. Junto a los quehaceres sexuales del niño, también se exteriorizan aquellos componentes pulsionales del placer sexual, los cuales se los entiende como componentes de la libido, que tienen como premisa a una persona ajena en calidad de objeto. Son las pulsiones que entendemos en pares de opuestos, pasivo y activo. Luego, se van a observar otros quehaceres sexuales que van a caer bajo el punto de vista de la elección de objeto, en donde la persona ajena es principal.

De esto puede pensarse en tres clases de quehaceres o exteriorizaciones sexuales que van a diferenciarse, podría decirse, según la fuente de la que parte la pulsión. Además, la atención recae en la distinción entre quehaceres que se satisfacen en una persona ajena tomada como objeto de satisfacción pulsional, y la persona ajena que rige la elección de objeto.

Teniendo en cuenta este esquema, se puede considerar que la elección propiamente dicha sólo puede realizarse una vez superada la etapa del autoerotismo y de la ambivalencia entre activo-pasivo en donde la pulsión se satisface en la persona ajena. Además, en la elección de objeto, el sujeto ya no buscaría sólo la satisfacción en el objeto, sino que lo elegiría como objeto de amor. Es decir que cuando se ama al objeto es porque se ha realizado una elección desde lo inconsciente, pero no podría realizarse una elección amorosa si se toma a la otra persona como meta de satisfacción pulsional, con las características del desarrollo psicosexual iniciales.

En el caso de que existan perturbaciones en el desarrollo psicosexual de un sujeto adulto, podría ocurrir que se piense que tal sujeto ha elegido sus objetos sexuales a la manera del reencuentro con la elección de objeto, pero existiría la sospecha que en su vinculación no se haya producido la elección propiamente dicha, sino que haya tomado un objeto únicamente para la descarga y satisfacción pulsional.

Esta vida sexual del niño va a experimentar una organización y síntesis de aquellas pulsiones que buscaban su placer independientemente, y lo hace siguiendo dos direcciones: por un lado, las pulsiones parciales se subordinan bajo el imperio de los genitales, cuya satisfacción va a ser preparadora del acto sexual. Por otro lado, “la elección de objeto esfuerza hacia atrás al autoerotismo, de modo que ahora en la vida amorosa todos los componentes de la pulsión sexual quieren satisfacerse en la persona amada”. Freud (1910/1992, p. 40).

Previamente, Freud (1906/1992) había afirmado la vinculación de ciertas perturbaciones en la vida sexual infantil con la aparición de la enfermedad neurótica. Retoma esta hipótesis, afirmando que la predisposición a la neurosis va a tener que ver con un deterioro en el desarrollo sexual. Esto se debe a que en las neurosis se puede rastrear ciertos componentes pulsionales, que a diferencia de la perversión, han sido reprimidos y aun desafiando este proceso, producen efectos desde el inconsciente. (Freud, 1910/1992).

El psicoanálisis nos permite discernir que una exteriorización hiperintensa de estas pulsiones en épocas muy tempranas lleva a una suerte de fijación parcial que en lo sucesivo constituye un punto débil dentro de la ensambladura de la función sexual. Si el ejercicio de la función sexual normal en la madurez tropieza con obstáculos, se abrirán brechas en la represión {esfuerzo de desalojo y suplantación} de esa época de desarrollo justamente por los lugares en que ocurrieron las fijaciones infantiles. Freud (1910/1992, p. 42).

Entonces, si la constitución psicosexual de un sujeto ha sufrido deficiencias en la instauración de los diques psíquicos, carencias con respecto al apuntalamiento del modelo parental, cuando se produzca la segunda elección de objeto, podrán surgir perturbaciones que imposibiliten la adecuada relación con el objeto. Esto se encuentra en estrecha vinculación con la relación establecida previamente entre la elección del objeto de amor propiamente dicha, y la sujeción a un objeto como meta de satisfacción sexual. Este último tipo de relación con el objeto es aquel que se puede encontrar en

aquellos sujetos de estructuración perversa, cuyos diques psíquicos no encausan la satisfacción pulsional.

Continuando con su exposición, Freud (1910/1992) postula que de la primitiva elección de objeto va a derivar un complejo de gran importancia, el cual se venía anticipando. Provocado por la necesidad de asistencia, el niño va a tomar a sus progenitores, sobre todo a uno de ellos, como objeto de sus deseos eróticos. Por parte de los padres, hay cierta incitación a estos deseos producido por el sentimiento de ternura que presenta caracteres similares al quehacer sexual inhibido en sus metas. Como regla general, el padre prefiere a la hija y la madre al varón; el niño reacciona a esto deseando reemplazar al padre, y la hija, a la madre. Este complejo cae en represión a causa de los sentimientos que despierta, que pueden ser tanto positivos como negativos. Pero de manera similar a lo que ocurre con las pulsiones reprimidas, este complejo reprimido y desplazado al inconsciente va a producir efectos considerables en la vida del sujeto. Es por esto que para Freud éste es el complejo nuclear de todas las neurosis, y se anima a dar un paso más: puede influir en otras áreas de la vida anímica. A este complejo lo nombra como “complejo de Edipo”, tomando al mito del rey Edipo que sirve de representación del deseo infantil, al que se opone luego el rechazo provocado por la barrera del incesto.

Si bien es considerado normal que los niños conviertan a sus padres en objetos de su primera elección amorosa, luego debe tomarlos como simples modelos y desplazarse hacia personas ajenas en la época de la elección definitiva de objeto.

Ya se encuentra el complejo de Edipo, derivado de la primera elección de objeto y sostenido por la prohibición del incesto, que además de ser causante en la formación de las neurosis, va a intervenir y desplegar sus efectos en otras áreas de la vida donde la elección subjetiva adquiere predominio.

3.5. Algunos efectos posteriores de la elección del objeto

¿Dónde pueden observarse algunos efectos de esa primera elección de objeto? Para responder a este interrogante, es posible considerar las conclusiones a las que Freud (1910/1992) llega en "*Contribuciones a la psicología del amor*".

En el apartado "*Sobre un tipo particular de la elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)*", Freud (1910/1992) considera que aquellas impresiones acerca de la vida amorosa en los neuróticos son similares a las que se encuentran en personas sanas. Por esto, toma la elección de objeto amorosa del hombre para describir una serie de "*condiciones de amor*" que surgen en un psicoanálisis.

Una de estas condiciones es la que Freud denomina como *tercero perjudicado*, en donde el hombre en cuestión nunca elige como objeto amoroso a una mujer que esté soltera, libre, sino que siente atracción y quiere a aquella mujer de la cual otro hombre pretende ciertos derechos como marido o prometido. Otra condición es aquella en la cual la mujer casta y pura no provoca el atractivo necesario para considerarla objeto de amor, sino que lo es aquella cuya conducta sexual posee mala fama. A esta condición la llama *amor por mujeres fáciles*. Las otras condiciones refieren más a la conducta del amante hacia el objeto de su elección, ya no a las características del objeto. Por ejemplo, aquella conducta del tipo de hombre que trata como objeto amoroso de supremo valor a aquellas mujeres que presentan aquel rasgo de liviandad en lo que respecta a su integridad sexual. Además, en este tipo de amantes será observable la tendencia a rescatar a la amada, para mantenerla en el camino de lo virtuoso sólo posible a través de él.

Freud pudo vislumbrar, mediante el psicoanálisis de estos casos, que dichas condiciones que aparecen en estas curiosas elecciones de objeto tienen el mismo origen psíquico que en la vida amorosa de personas normales; este

origen es aquella fijación infantil que surge del vínculo amoroso con la madre y que constituyen uno de los desenlaces de esta fijación. En la vida amorosa normal sólo se verán algunos rasgos de aquel arquetipo materno de la elección de objeto, como es la elección de mujeres maduras en algunos jóvenes. La diferencia entre aquellos hombre normales y los que Freud encuentra en su diván (podríamos decir, aquellos neuróticos que sufren de su vida amorosa) tiene que ver con el abandono de libido con respecto a la madre. En los tipos a los que refiere Freud (1910/1992) “los objetos de amor elegidos después (de la pubertad) llevan el sello de los caracteres maternos y todos devienen unos subrogados de la madre fácilmente reconocibles” (p. 161).

Considera, por ejemplo, que en el tipo del *tercero perjudicado* el objeto de amor es la madre y aquel tercero a la cual ella le pertenece es el padre. En la misma trama se agrega el rasgo sobreestimador que hace a la amada única e insustituible. La condición de liviandad del objeto elegido, inicialmente parece contrariar su derivación del complejo materno, considerando que ante el pensar adulto consciente, la madre aparece como intachable y pura. Pero el descubrimiento del varón acerca de las relaciones sexuales entre sus padres, y los diversos quehaceres amorosos propios, le resultan inconciliables. Se suma a este rechazo el conocimiento de la existencia de mujeres que ejercen el acto sexual a cambio de dinero, por lo que universalmente son objeto de desprecio. Por lo que luego ya no puede evitar comparar a la prostituta con la madre, pues ambas hacen en el fondo lo mismo.

Para Freud, estos esclarecimientos despiertan las huellas mnémicas de sus deseos e impresiones de la primera infancia, que vuelven a poner en actividad ciertas mociones anímicas. Es decir, empieza a anhelar a su propia madre y a odiar de nuevo al padre como un competidor que estorba ese deseo. Estas mociones, mediante represión, caen bajo el imperio del complejo de Edipo. Por otro lado, las fantasías de infidelidad de la madre colocan en el amante rasgos de la propia personalidad idealizada del varón.

Luego, Freud (1912/1992) escribe “*Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)*”

tomando como punto de partida la inhibición sexual que ciertos hombres sufren y que ocurre con cierta propiedad del objeto sexual, la cual desconocen, y que les impiden cumplir con su meta sexual. Esto se explica porque los complejos psíquicos que han sido inhibidos con respecto a la fijación incestuosa no han sido superados. Además, Freud considera que en estos casos no hay reunión de las dos corrientes: sensual y tierna, que aseguran una conducta amorosa normal. La tierna se forma en la infancia, derivada de la pulsión de autoconservación y dirigida a aquellas personas de su familia. Además, durante la infancia, esta corriente fue recibiendo aportes de las pulsiones sexuales, dándole un tinte erótico. Esta corriente, para Freud corresponde a la elección infantil primaria de objeto. De esta elección es que las pulsiones sexuales hallan sus primeros objetos, por lo tanto, las pulsiones sexuales se apuntalan a las pulsiones yoicas, “del mismo modo como las primeras satisfacciones sexuales se experimentan apuntaladas en las funciones corporales necesarias para la conservación de la vida”. Freud (1912/1992, p. 174).

Esas fijaciones tiernas, a lo largo de la infancia se desvían de sus metas sexuales. Hasta que en la pubertad se añade la poderosa corriente “sensual”, que ya no ignora sus metas. “Al parecer, nunca deja de transitar por aquellos tempranos caminos y de investir, ahora con montos libidinales más intensos, los objetos de la elección infantil primaria”. Freud (1912/1992, p. 175). Pero es la barrera del incesto la que pone límite a estos montos, desviando su meta hacia otros objetos con los que pueda cumplirse una real vida sexual.

Dos factores contribuirán decisivamente al fracaso de este progreso en el curso de desarrollo de la libido. En primer lugar, la medida de frustración (denegación) real que contraríe la nueva elección de objeto y la desvalorice para el individuo. En efecto, no tiene ningún sentido volcarse a la elección de objeto si uno no puede elegir absolutamente nada o no tiene perspectivas de poder elegir algo conveniente. En segundo lugar, la medida de la atracción que sean capaces de exteriorizar los objetos infantiles que ha de abandonarse, y que es proporcional a la investidura erótica que les cupo todavía en la niñez. Si estos dos factores son lo bastante fuertes, entra en acción el

mecanismo universal de la formación de neurosis. La libido se extraña de la realidad, es acogida por la actividad de la fantasía (introversión), refuerza las imágenes de los primeros objetos sexuales, se fija a estos. Ahora bien, el impedimento del incesto constriñe a la libido volcada a esos objetos a permanecer en lo inconsciente. Y a su vez contribuyen a reforzar esta fijación a los actos onanistas, el quehacer de la corriente sensual que ahora es súbdita de lo inconsciente. Freud (1912/1992, pp. 175-176).

Para que se produzca la impotencia psíquica deben aparecer ciertas condiciones. Una es que se haya conservado algo de la corriente sensual en grado suficiente para conseguir su salida hacia la realidad. Pero, el quehacer sexual de esas personas es a menudo incorrecto en la ejecución, y “sobretudo, se ve precisado a esquivar la corriente tierna. Por tanto, se ha producido una limitación en la elección de objeto”. Freud (1912/1992, p. 176). Con esto quiere decir que la corriente sensual va a ir en busca de objetos que no recuerden a los objetos incestuosos prohibidos. De esto surge aquella escisión de la vida amorosa que tanto se observa. Por lo tanto, buscan objetos a los que no necesitan amar, para mantener alejados la sensualidad hacia estos, y si aparece algún rasgo en el objeto elegido que le recuerde al objeto incestuoso sobreviene esa extraña denegación que es la impotencia psíquica.

Sin embargo, considera que puede existir algo que pertenece a la propia pulsión que impide el logro de la plena satisfacción, destacando dos factores que podrían ser responsables de esta dificultad. Primeramente, considerando el hecho de los dos tiempos de la elección de objeto separados por la interposición de la barrera del incesto, “el objeto definitivo de la pulsión sexual ya no es nunca el originario, sino sólo un subrogado de este”. Freud (1912/1992, p. 182). Y continúa:

Toda vez que el objeto originario de una moción de deseo se ha perdido por obra de una represión, suele ser subrogado por una serie interminable de objetos sustitutivos, de los cuales, empero, ninguno satisface plenamente. Acaso esto nos explique la falta de permanencia

en la elección de objeto, el “hambre de estímulo” que tan menudo caracteriza la vida amorosa de los adultos. Freud (1912/1992, p. 182).

Por otra parte, los diversos componentes de los cuales derivan las pulsiones sexuales no siempre pueden ser reunidos para su conformación posterior, sino que deben ser reprimidos antes. Por ende, las pulsiones amorosas resultan difíciles de educar, y lo que la cultura hace con ellas no resulta posible sin que se produzca una considerable disminución del placer y un quehacer sexual que resulta en insatisfacción.

Entonces, el objeto sexual que va a ser elegido va a tener que ver con aquella pulsión que busca satisfacerse como ocurrió con la primitiva elección de objeto, pero que nunca va a ser el mismo objeto, ya que aquel se encuentra perdido por represión. Tomando vías posibilitadas, va en busca del encuentro con un subrogado, un objeto que reemplaza el objeto originario, pero cuya satisfacción plena nunca va a poder alcanzar.

4. Conclusiones del capítulo

Este primer capítulo permite dar cuenta de la diversidad del uso del concepto de elección en la obra de Freud. Articulado de diversas maneras e implícitamente, el objeto que se elige se encuentra en el inicio de la constitución psíquica.

Es aquí que se establecen los caminos para los próximos capítulos en donde se profundizará acerca de los atributos de este objeto y de la forma en que la vinculación con éste influye en su elección original, elección que tendrá efectos a lo largo de la vida del sujeto.

El deseo inconsciente es el que moviliza el aparato psíquico, para ir en busca de aquel objeto primero de la mítica experiencia de satisfacción. Este primer objeto es que el deja la huella mnémica que va a ir marcando caminos para las elecciones de representaciones, las que van a ser investidas de energía psíquica, y que podrán devenir en pensamientos o representaciones preconscientes y conscientes, y que a su vez le darán posibilidades a las pulsiones a que encuentren sus satisfacciones intermedias.

Se puede comprender que el desarrollo libidinal va a ir generando el encuentro con los diversos objetos, permitiendo la construcción de las representaciones psíquicas de los mismos, con sus características de autoerotismo, de satisfacción pulsional, y luego de elección de objeto de amor, en donde las pulsiones ya sintetizadas buscan su satisfacción en la persona amada.

Los sentimientos hacia los objetos de amor, así como las etapas previas, son víctimas de la represión junto con la prohibición del incesto. Todo lo que cae en represión insistirá para su satisfacción pulsional, por lo que aún bajo el funcionamiento de la represión, provocará consecuencias en la vida del sujeto. Efectos de la elección de objeto y del complejo de Edipo se ven en algunos casos en el adulto, en cuyas relaciones amorosas aparecen sospechas de la que fue su primera elección objetal.

Si bien estas características son iniciales, no hay modificaciones sustanciales a la teoría, sino que se van perfeccionando y aportando más descubrimientos que permiten una mejor comprensión del funcionamiento psíquico y su articulación con la elección.

Capítulo 2:

Freud desde 1913

Segunda ordenación metapsicológica

1. Introducción

Los textos que establecen los parámetros para entender la segunda ordenación metapsicológica son los elaborados en el año 1915: “*La pulsión y destinos de pulsión*”, “*La represión*” y “*Lo inconsciente*”. Tales textos avanzan significativamente en el desarrollo del psicoanálisis y el estudio de las neurosis de transferencia.

A su vez, y por conexión con la presente investigación, se han seleccionado aquellos textos que aportan significativamente a la temática estudiada: la elección y sus objetos. Estos textos están comprendidos dentro de este ordenamiento por estar íntimamente vinculados a los ejes centrales. Se incluye “*Introducción al narcisismo*”, “*Duelo y Melancolía*” y algunas conferencias relevantes en cuanto a la elección de objeto.

2. La elección de las neurosis en la Segunda Ordenación Metapsicológica.

Para esta época, Freud retoma el tema de la elección de neurosis en el texto “*La predisposición a la neurosis obsesiva*” de 1913. Es necesario recordar que en el capítulo anterior se aclaró la utilización del término de elección en relación al factor que causa la neurosis, es decir, aquel elemento que decide que un sujeto caiga en una determinada neurosis.

En este texto, Freud (1913/1991) considera que las causas que definen la elección de la neurosis son las que el ser humano trae consigo, es decir, las

causas constitucionales, de naturaleza predisponente y descarta que esta decisión pueda estar comandada por las causas accidentales.

Si bien algo había comenzado a adelantar, en este momento Freud establece que el origen de estas predisposiciones podría encontrarse en los lugares de fijación a donde la función sexual puede regresar en su desarrollo, contrayendo como consecuencia una enfermedad. Entonces, las formas de la histeria pueden observarse en la primera infancia, la neurosis obsesiva presenta sus primeros síntomas en el segundo periodo de la infancia (de los seis a los ocho años); y las otras dos psiconeurosis, paranoia y demencia precoz (parafrenias), sólo aparecen después de la pubertad y en la madurez. Con respecto a las últimas dos, ambas comparten caracteres que constriñen a considerar que la fijación que las predispone se encuentra en un estadio del desarrollo libidinal anterior al establecimiento de la elección de objeto, entre la fase del autoerotismo y del narcisismo. Estos caracteres son la manía de grandeza, el extrañamiento del mundo de los objetos y la dificultad para la transferencia en el análisis. Por lo tanto, estas formas de contraer la enfermedad se remontan a inhibiciones y fijaciones más tempranas.

Ahora bien, estos puntos de fijación, ¿son posibles de elegir por el sujeto? Para responder a esto, resulta necesario tomar en consideración lo que Freud (1925/1992) dice en el apartado número III de su presentación autobiográfica, que es “a consecuencia de la hiperintensidad de ciertos componentes, o de vivencias prematuras de satisfacción, se producen fijaciones de la libido a ciertos lugares de la vía de desarrollo” (p. 34). Esta acotación que realiza varios años después nos permite comprender que es en relación con la libido y su desarrollo que se pueden producir las fijaciones, a la manera de una detención en su desarrollo, a la cual regresa la libido. Es la fijación de la pulsión a uno de esos momentos, o a uno de los objetos que se han articulado en aquel momento libidinal.

Para el año 1913, Freud (1913/1991) se encuentra con la necesidad de estatuir un estadio previo a la plasmación final del desarrollo libidinal, en el cual las pulsiones parciales se han reunido, y “el objeto ya se contrapone a la

persona propia como un objeto ajeno, pero todavía no está instituido el primado de las zonas genitales” (p. 341).

A partir de esto, empieza a adelantar la idea de una elección de objeto, no a la manera del objeto de amor madre, sino correspondiente al objeto narcisista, cuya fijación en esa etapa podría manifestarse como una parafrenia.

Queda establecido entonces un panorama acerca de la elección de las neurosis, en la cual la causa constitucional hace referencia al desarrollo psicosexual, cuya fijación en alguno de sus estadios provocará el retorno de la pulsión sexual a la zona erógena que la caracteriza.

Este texto le permite a Freud encaminarse y profundizar la investigación del desarrollo psicosexual que había iniciado años antes, dando cuenta que quedaban aspectos por conocer.

3. La pulsión como articuladora en las etapas libidinales y la elección

Para 1915, Freud escribe “*Pulsiones y destinos de pulsión*” motivado por la necesidad de establecer un estatuto acerca de las pulsiones. En este texto define la pulsión como el “concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico, (...) medida de exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal”. Freud (1915/1992, p. 117). Esta definición viene a dar cuenta de la representación de aquella fuerza inconsciente que se había comenzado a trabajar en el capítulo anterior, fuerza que se desplaza, condensa, que se mueve por las cadenas asociativas.

A partir de aquella definición inicial, Freud entiende que la pulsión tiene un motor, es decir, una medida de exigencia de trabajo que ella representa.

Este carácter de esfuerzo es universal a todas las pulsiones. Su meta es siempre la satisfacción, que sólo se alcanza cancelando el estado de estimulación en su fuente. La meta es invariable; la movilidad se encuentra en los caminos por los cuales se llega a ésta, encontrándose en medio con metas intermedias o más próximas, que pueden combinarse o permutarse entre sí, permitiendo una satisfacción parcial de la pulsión. Y también la pulsión tiene un objeto por el cual puede alcanzar la meta, siendo esto lo más variable de la pulsión, ya que se va coordinando con la pulsión en la medida que es apto para la satisfacción pulsional. Se produce una fijación cuando se establece un lazo íntimo de la pulsión con un objeto. Esta fijación es la que Freud refiere como causación predisponente a la elección de la neurosis. Por último, la pulsión tiene una fuente que se encuentra en el interior del cuerpo, y remite a aquel proceso somático cuyo estímulo pasa a ser representado por la pulsión.

Las pulsiones son cuantiosas y emergen de diversas fuentes, al comienzo actúan de manera independiente unas de otras, sólo después se reúnen. Cuando esto ocurre, la síntesis producida entra al servicio de la reproducción, lo que se conoce como pulsiones sexuales. En su origen, se apuntalan a las pulsiones de autoconservación, de las que de a poco se distancian. En el momento del hallazgo de objeto, estas pulsiones aún siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas (o de autoconservación), es decir que parte de ellas continúan asociadas a estas pulsiones durante toda la vida, proveyendo de componentes libidinales que pasan desapercibidos durante la función normal, pero que pueden surgir en estado de enfermedad. Se sustituyen unas a otras e intercambian sus objetos con facilidad, lo que origina la posibilidad de sublimación como uno de sus destinos, alejada de la acción-meta originaria. Resulta necesario aclarar que en primera instancia, Freud sólo establece una división entre estos dos grupos de pulsiones: pulsión de autoconservación o yoica, y pulsión sexual. (Freud, 1915/1992).

Puede entenderse que las pulsiones de autoconservación, a medida que van encontrando su objeto meta, dejan una marca, una huella. Es el camino que luego las pulsiones sexuales van a tomar inicialmente. Este movimiento

que hacen las pulsiones puede pensarse como aquello que va marcando la dirección y la tendencia (o facilidad) de los contenidos inconscientes para enlazarse con otros contenidos. Es el mecanismo que previamente se había explicado acerca del funcionamiento del aparato psíquico, sobretodo en el sistema *Icc*. Aquellas pulsiones de autoconservación permiten entonces el apuntalamiento de las pulsiones sexuales que, en caso de que ocurra una fijación en alguna etapa del desarrollo psicosexual, tales huellas servirán como vías de acceso para lo regresivo.

Es posible considerar, además, que ciertos objetos posibilitan o permiten la satisfacción de la pulsión yoica, por ejemplo, alimentarse. En el caso que la satisfacción de la pulsión sexual no logra su descarga, y encuentra que esa vía y ese objeto permiten su satisfacción parcial, podría tomar a tal objeto como apto para satisfacerse en una meta intermedia. ¿Es posible considerar que estos caminos pulsionales eligen el objeto? ¿Corresponde hablar de elección si se toma un objeto para la satisfacción de la pulsión? ¿Puede el objeto de la elección ser a la vez objeto de la satisfacción pulsional?

Freud (1915/1992) considera que entre los destinos de la pulsión se encuentra la represión, la sublimación, el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la propia persona. Además, plantea que estos destinos pulsionales actúan como variedades de la defensa contra las pulsiones.

En referencia al trastorno hacia lo contrario, observa que se da en dos procesos: en cuanto al contenido, y la vuelta de una pulsión de la actividad a la pasividad. Este último se ejemplifica en los procesos de los pares de opuestos sadismo-masoquismo y el placer de ver-exhibición. El trastorno implica a las metas pulsionales, se desplaza de la meta activa, martirizar o mirar, a la meta pasiva, ser martirizado o ser mirado. El trastorno en cuanto al contenido sólo se puede ejemplificar en el caso de la mudanza del amor al odio.

La vuelta hacia la propia persona también se puede pensar en el caso del masoquismo como la vuelta hacia el yo propio del sadismo, y la exhibición incluye el mirarse el propio cuerpo. En estos procesos se cambia la vía del

objeto, manteniéndose inalterada la meta, por lo que el masoquista goza también de la martirización de su cuerpo, y el exhibicionista goza de su desnudez. (Freud, 1915/1992).

¿Podría considerarse, según lo dicho, que en ciertos casos la elección responde o ayuda a algún destino pulsional? Quizás, podría servir a la vuelta de un objeto externo hacia la propia persona el elegir su cuerpo para realizar una exhibición en una escena teatral. ¿Las elecciones podrían estar comandadas por placer de la pulsión de ver? Por ejemplo, en el mirar una película en lugar de salir a pasear.

Por ende, sería posible considerar, en un plano más general, la posibilidad de que en cada elección ciertas pulsiones sexuales encuentren objetos que le sirven al yo, y que a su vez, permiten su satisfacción parcial.

Freud (1915/1992) establece que toda la vida pulsional puede entenderse a la manera de oleadas singulares, que se comportan entre sí como erupciones sucesivas. La erupción más originaria, prosigue inmutable y no experimenta desarrollo alguno. La oleada siguiente está expuesta a modificaciones, por ejemplo la vuelta a la pasividad. Esto conforma lo que se llama ambivalencia, que permite observar a una moción pulsional, que es en sí misma activa, con su opuesto pasivo.

Además, en esta época Freud ya había comenzado a esbozar el concepto de narcisismo, en donde las pulsiones sexuales se satisfacen autoeróticamente. Tomando en cuenta esta fase libidinal, encuentra que algunos de los destinos pulsionales, como la vuelta hacia la propia persona, y el trastorno de la actividad a la pasividad responden a este estadio. La pulsión de ver, por ejemplo, en donde el placer de ver tiene por objeto al cuerpo propio, es una formación narcisista. A partir de ella se desarrolla la pulsión activa de ver, dejando atrás al narcisismo, pero la pulsión pasiva de ver retiene al objeto narcisista.

También, el paso del sadismo al masoquismo implica un retroceso al objeto narcisista, por lo que en ambos casos, placer pasivo de ver y

masoquismo, el sujeto narcisista es cambiado por identificación con un yo ajeno. Por ende, ambos destinos pulsionales dependen de la organización narcisista del yo, manteniendo su marca.

Por otra parte, considerando el trastorno hacia lo contrario en cuanto al contenido, Freud supone que la mudanza de amor en odio se presenta dirigida al mismo objeto de manera simultánea, por lo que esta situación se presenta como un ejemplo de una ambivalencia de sentimientos, característica de la fase sádica-anal. Además, el amar no posee una sola oposición, sino tres oposiciones. Además de la oposición amar-odiar, existe la que media entre amar y ser amado, y el amar y odiar si se toman en conjunto están en opuesto al estado de indiferencia. La oposición amar-ser amado se corresponde con la vuelta de la actividad a la pasividad, parecida a la pulsión de ver. Es decir, amarse a sí mismo, característico del narcisismo. La diferencia está en si es el objeto o el sujeto el que se permute por uno ajeno, resultando la aspiración de meta activa, el amar, o la de meta pasiva, el ser-amado, siendo ésta la más próxima al narcisismo.

Para comprender este esquema de ideas en torno al amar, Freud tiene en cuenta las tres polaridades que gobiernan la vida anímica y que tienen enlaces recíprocos: sujeto (yo)-objeto (mundo); placer-displacer, y activo-pasivo. Estas polaridades permiten una comprensión de la relación y evolución del sujeto con el mundo exterior. Originariamente, el yo se encuentra investido por pulsiones y es capaz de satisfacerlas por sí mismo. Esto es el narcisismo y la posibilidad de satisfacerse de manera autoerótica. Por lo tanto el yo-sujeto coincide con lo placentero. El mundo exterior, por esta época inicial no está investido con interés y es indiferente para la satisfacción, y eventualmente, en cuanto fuente de estímulos, es displacentero. A partir de aquí se puede ilustrar la situación de amarse a sí mismo y la indiferencia al mundo por parte del sujeto, ejemplificando la primera de las oposiciones del amar.

Mientras el yo sea autoerótico, no necesita del mundo exterior, pero recibe del exterior objetos derivados de las pulsiones de autoconservación, y llega a sentir como displacenteros ciertos estímulos pulsionales internos. Bajo

el imperio del principio del placer, toma en su interior los objetos ofrecidos que son fuente de placer, los introyecta, y expelle de sí lo que su propia interioridad le ocasiona displacer. Mantiene así lo exterior como lo displacentero, sin reconocer que en el propio interior existen fuentes de displacer.

Con la llegada de la etapa del narcisismo primario, aparece la otra oposición de amar: el odiar. Hay que tener en cuenta que el objeto es dado desde el mundo exterior por las pulsiones de autoconservación, y que la relación del sujeto con el mundo exterior resulta en esta etapa hostil. La indiferencia se subordina al odio; lo exterior, el objeto y lo odiado han sido semejantes en este momento del desarrollo. Al revelarse luego como fuente de placer, el exterior pasa a ser amado, a la vez que es incorporado al yo.

Esta situación amorosa cambia con la etapa del hallazgo de objeto, en donde placer y displacer pasan a significar relaciones del yo con el objeto. Se ama al objeto cuando es fuente de sensaciones placenteras, desplegándose acciones motrices para atraerlo, acercarlo al yo, incorporarlo. A la inversa, cuando el objeto es fuente de displacer, la tendencia es a distanciarlo del yo, con intentos de huir del objeto estímulo que causa repulsión. Se odia el objeto y se intenta agredirlo, con el propósito de aniquilarlo.

El incorporar y devorar pueden entenderse como etapas previas del amar entendido como la aspiración sexual total, ya que son compatibles con la supresión de la existencia del objeto como algo separado, que puede considerarse como ambivalente. (Freud, 1915/1992).

Este panorama quizás ayude a pensar que cuando se elige un objeto de la realidad exterior, tal objeto puede ser ese objeto amado que ha sido introyectado con sus bondades, es decir, tal objeto viene a representar el objeto interno. Ese objeto externo viene a representar un objeto interno amado.

La forma en cómo el sujeto va incorporando el objeto tanto de las pulsiones de autoconservación, y la manera en que va satisfaciendo las pulsiones, primero autoeróticamente, luego con su ambivalencia, va a dar cuenta de las características de la relación con el objeto de la satisfacción,

marcando caminos y estableciendo huellas mnémicas por las cuales van a fluir o movilizarse las investiduras psíquicas. Así, al llegar a la elección de objeto de amor, tal objeto va a estar investido de aquellas huellas originales que se fueron conformando en las etapas libidinales previas.

Freud (1915/1992) nombra a la etapa siguiente a la oral, y previa al hallazgo del objeto de amor, como la fase de la organización sádico-anal, donde el intento de alcanzar el objeto se presenta bajo la forma del apoderamiento, al que le es indiferente el daño o el aniquilamiento. Resulta difícil diferenciar este amor del odio teniendo en cuenta su conducta hacia el objeto. Sólo con la llegada de la organización genital, el amor puede devenir como opuesto al odio.

A raíz de esto, Freud da lugar a pensar la existencia de pasos previos a la elección del objeto de amor. Tal objeto es incorporado y devorado simultáneamente, luego el sujeto se apodera del objeto sin diferenciar si lo ama o lo odia, hasta que alcanza a generar una representación del objeto como total y encontrar al objeto al cual amar.

La relación entre amor y odio en las diferentes etapas del desarrollo nos permite comprender el motivo de la frecuencia con que esta ambivalencia se muestra en los sujetos. El odio mezclado con el amor puede provenir de una etapa no superada, o puede tener su fundamento en el rechazo proveniente de las pulsiones yoicas. Cuando el vínculo de amor con un objeto entra en conflicto y es interrumpido, el sentimiento es reemplazado por el odio y reforzado por la regresión del amar a la etapa sádica.

Puede ser posible pensar estos aportes en aquellos sujetos que se dirigen a elegir un objeto de amor, pero tal vínculo con el objeto responde al destino pulsional de alguna de las etapas libidinales donde se produjo una cierta fijación. Por ejemplo oral, generando vínculos dependientes e incorporativos con los objetos, es decir, que responden a características de la etapa de aquella fijación. Cuando se elige un objeto de amor para *ser amado*, destaca la particularidad de la etapa narcisista. Quizás cuando se lo elige, y se

presentan los sentimientos de ambivalencia, se lo ama y se lo odia al mismo tiempo.

4. La Represión, un destino pulsional

Entre los destinos de la pulsión, es la represión la que mayor importancia adquiere en este momento teórico e histórico, siendo la comprensión de este mecanismo uno de los pilares principales para la presente ordenación metapsicológica.

Según Freud (1915/1992) para que depare tal destino, es necesario que la moción pulsional provoque mayor displacer en lugar de placer. Pero se ha visto que las pulsiones van en busca de la satisfacción, por lo que debe considerarse la posibilidad que ocurra cierto proceso por el cual el placer de la satisfacción se mude en displacer. La satisfacción de la pulsión sometida a la represión es placentera en sí misma, pero choca con otras exigencias, provocando placer y a la vez displacer en otro lugar. Por lo tanto, condición de la represión es que la pulsión cause mayor displacer que la satisfacción placentera.

Entiende, en principio, que la represión es un mecanismo de defensa que no es originario, sino que aparece una vez establecida la diferencia entre la actividad consciente y la inconsciente, cuya esencia consiste en rechazar algo de la consciencia y mantenerlo alejada de ella. Posteriormente, considera que pueden establecerse fases o etapas de la represión. A la primera fase la llama represión primordial, en donde a la agencia representante psíquica de la pulsión se le deniega el paso a lo consciente. Así, la agencia representante en cuestión permanece inmutable y la pulsión sigue ligada a ella, respondiendo a las propiedades de los procesos inconscientes. Previamente, en su texto

acerca de “*Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia...*”, Freud (1911/1991) había considerado que en esta fase el componente pulsional no realiza el recorrido considerado normal y, como consecuencia de esa inhibición del desarrollo, permanece en un estadio más infantil. De tales fijaciones reside la predisposición a enfermar luego.

Esta etapa, como su nombre lo dice, es primordial, por lo que se considera estructurante del aparato psíquico.

La segunda etapa corresponde a la represión propiamente dicha, en donde ciertas representaciones experimentan el mismo destino que en la etapa anterior. La diferencia está en que dichas representaciones son retoños de aquella agencia representante reprimida primordialmente, o son otras agencias de pensamiento que han entrado en vínculo asociativo con aquella. Esto ocurre a causa de la fuerza de atracción que ejerce lo reprimido primordial sobre otras representaciones. El mecanismo de represión no impide que la agencia representante de la pulsión siga existiendo en el inconsciente, por lo que continúa organizándose desde allí, generando retoños y anudando conexiones. Es decir, que la represión sólo actúa en el vínculo con el sistema consciente. (Freud, 1915/1992).

Esta segunda fase fue descrita por Freud (1911/1991) como el *esfuerzo de dar caza*, proceso que a diferencia del anterior, se destaca por ser esencialmente activo. Existe un enlace entre las aspiraciones desagradables por reprimir y las ya reprimidas, dado que los retoños psíquicos de aquellas pulsiones retrasadas, se encuentran en conflicto con el yo, o porque se produce cierta repugnancia a aquellas aspiraciones. Cada vez que esto ocurre, la repulsión de los sistemas conscientes y la atracción de los inconscientes ejercen un efecto de igual sentido que permite el logro de esta represión.

Entonces, ¿cómo damos cuenta de la existencia de lo reprimido? Resulta que la represión no logra mantener apartado de lo consciente a los retoños de lo reprimido primordial, ya que si estos se han distanciado lo suficiente del sistema inconsciente, ya sea por desfiguraciones o por el número

de eslabones intermedios, logran acceder a la consciencia salvando su censura. Y las ocurrencias del paciente en análisis dan cuenta de estas formaciones de pensamiento, hasta que lo reprimido se hace sentir viéndose el sujeto forzado a reprimir nuevamente. Los síntomas neuróticos poseen esta condición de retoños de lo reprimido, que distanciados de lo reprimido primordial, llegan a la consciencia por medio de estas formaciones sintomáticas. (Freud, 1915/1992).

Este fracaso de la represión, es decir, el retorno de lo reprimido, es la fase más sustantiva para los fenómenos patológicos. La irrupción se produce desde el lugar donde se produjo la fijación y produce una regresión del desarrollo libidinal. A partir de esto, Freud (1911/1991) entiende que “es fácil colegir que con estas elucidaciones rozamos el problema de la elección de neurosis, que, empero, no puede ser abordado sin trabajos preparatorios de otra índole” (p. 63). Es decir, que si bien parece no enfocarse en la problemática de la elección de las neurosis, sus avances en el psicoanálisis y en la comprensión del funcionamiento del aparato psíquico siguen respondiendo a este asunto.

Cada retoño de lo reprimido puede tener un destino particular, más o menos desfigurado, y sus resultados pueden ser disímiles. Por lo tanto, puede entenderse que los objetos preferidos de los hombres, sus ideales, sus particularidades, podrían derivar de las mismas percepciones y vivencias aborrecidas por ellos, en cuyo origen sólo se distinguen por ínfimas modificaciones. Con esto Freud (1915/1992) se refiere al grado individual que tiene la represión con cada representación, además de ser en alto grado móvil, ya que exige un gasto de fuerza constante.

Entonces, el objeto elegido en este momento se puede presentar con una característica más: podría ser representación de un retoño de lo reprimido que ha encontrado una salida escapando de la represión y llegando a la consciencia. Entonces, el objeto que se elige, ¿puede ser una representación cuyo origen se encuentra en una representación reprimida?

En cambio, es diferente el destino de la moción pulsional que acompaña a la representación reprimida. Freud (1915/1992) considera que aquella moción se puede encontrar en diversos estados, inactiva o activa en grados variables de energía de investidura. Cuando se activa pone en movimiento los procesos que han sido censurados en su advenimiento a la conciencia. Esta medida de activación o investidura es la que decide el destino de los retoños reprimidos. Cuando la represión interviene, actúa sobre la representación, pero queda por fuera del monto de afecto en la medida en que se ha separado de la representación, logrando experimentar un destino diferente a la represión.

Aquel factor cuantitativo de la agencia representante de la pulsión tiene como destinos posibles que sea sofocada por completo, por lo que no se descubre nada de ella; puede salir a la luz como un afecto coloreado, o puede mudarse en angustia. Por lo tanto, la represión consigue impedir que la representación inconciliable no alcance la conciencia, pero no así con el monto de afecto, provocando sensaciones de displacer o de angustia. Esto quiere decir que la represión ha fracasado, aunque haya alcanzado su meta en la representación.

Por lo tanto, se abre la posibilidad de considerar aquellas situaciones en donde la elección de un determinado objeto cuya representación consciente que no provoca displacer alguno, sí genera angustia o algún otro afecto displacentero, entendiendo que tal moción pulsional pudo haber sido desprendida de alguna representación que es inconsciente y que se encuentra bajo la represión, de donde proviene tal afecto en consecuencia.

5. Elección como acto psíquico y la primera tópica freudiana

Otro pilar de esta ordenación metapsicológica es el texto de “*Lo inconsciente*” del año 1915. Si bien en “*La interpretación de los sueños*” de 1900 Freud había comprendido el aparato psíquico conformado por sistemas, en aquel momento sólo le sirvió para dar cuenta de los recorridos que los contenidos y materiales psíquicos realizan para formar un sueño. Luego de 15 años, Freud escribe “*Lo inconsciente*”, derivado de su trabajo acerca de las pulsiones y la represión, para dar cuenta de que tales sistemas del aparato psíquico tienen funciones significativas en todo lo que implique el quehacer psíquico.

Se había entendido que toda representación que logra ser reprimida, pasa a ser inconsciente. Pero Freud (1915/1992) plantea que lo inconsciente abarca un radio más vasto, siendo lo reprimido sólo una parte de éste. Cuando algo del inconsciente es traducido a lo consciente podemos dar cuenta de su existencia, como con los retoños de lo reprimido. Asimismo, ciertos actos conscientes no logran comprenderse si se considera a la consciencia como la única que puede dar cuenta de todo lo que sucede anímicamente. Por lo tanto, si se incorporan conexiones intermedias a los actos inconscientes, se logra una ganancia de sentido y de coherencia. Así también, no todo lo que ocurre en el interior de los procesos anímicos debe ser comprobado para la consciencia. La mayor parte de lo que se llama conocimiento consciente se encuentra en estado de latencia durante períodos largos, es decir, de inconsciencia psíquica. Estos recuerdos latentes mantienen un amplio contacto con los procesos anímicos conscientes, dado que con cierto esfuerzo de trabajo pueden ser sustituidos por éstos, y aparecer como representaciones, decisiones, aspiraciones, entre otros actos anímicos.

Según Freud, cualquier acto psíquico debe atravesar por dos fases de estado, entre las cuales opera la censura a modo de examinador de dicho acto

psíquico. Inicialmente, éste es inconsciente y se ubica en el sistema *Icc*, se dirige a ser examinado por la censura y puede tener dos resultados, puede ser rechazado y denegársele el paso a la siguiente fase, convirtiéndose en un acto psíquico reprimido. Si logra pasar la censura, pasa a pertenecer al sistema *Cc*, adquiriendo la posibilidad de ser susceptible de consciencia, no aún consciente en sí mismo. En relación a esta susceptibilidad de consciencia, Freud (1915/1992) llama a este sistema preconscious (*Prcc*), diferenciando los contenidos según su devenir-consciente de aquellos que alcanzan al sistema *Cc*, sugiriendo otra censura entre ambos sistemas.

Si se considera el acto de elección como otro acto psíquico, entonces atraviesa estas fases de estado, es decir, en su origen la elección es una elección inconsciente, y al atravesar la censura y llegar hasta el *Prcc*, puede devenir como una elección consciente. Sin embargo, hay que tener en cuenta que muchas elecciones cotidianas actúan como elecciones que nacen en el inconsciente, pero en la conciencia se encuentran disfrazadas y no aparecen como una elección subjetiva consciente. Es decir, se puede considerar que la elección ya se ha realizado en el sistema *Icc* o por lo menos desde el *Prcc*, y que luego de atravesar las censuras correspondientes, surge o se manifiesta como una elección en el sistema *Cc*, en la vinculación de un sujeto con los objetos de la realidad externa.

Quizás el objeto “carrera profesional” u “ocupación”, entre tantos objetos con lo que un sujeto se vincula, luzca como una elección más de la vida de aquel sujeto. Pero tal elección ya se había consumado previamente con un objeto interno cuya representación inconsciente soltó su investidura energética y pudo enlazarse con aquel objeto de la realidad externa.

El psicoanalista que toma estos aportes para entender la elección de este objeto carrera es Rodolfo Bohoslavsky. Este autor (1984) considera que el vínculo que un sujeto establece con el futuro tiene aspectos manifiestos y no manifiestos a tenerse en cuenta. Con esto refiere a lo que pertenece al sistema *Cc-Prcc* y al *Icc*, como se viene explicando. Tales vínculos inconscientes son

tan reales como los conscientes y se representan en las fantasías que un sujeto tiene acerca de aquel objeto.

Cuando este autor habla de la identidad ocupacional, refiere a la asunción de roles que dicha ocupación pretende, asunción que puede producirse como un acto psíquico según lo explicado previamente, es decir, las asunciones de roles pueden producirse consciente o inconscientemente.

Retomando el desarrollo del aparato psíquico, Freud (1915/1992) plantea que este esquema de instancias psíquicas es aplicable a contenidos y representaciones cuya trasposición o transformación permite su acceso a la consciencia. No es así con la pulsión, la cual nunca puede pasar a ser objeto de la consciencia, “sólo puede serlo la representación que es su representante” (p.173). Sólo se puede dar cuenta de la existencia de la pulsión cuando sale a la luz como un estado afectivo o por estar adherida a una representación, aún en el sistema *Icc*.

Ya se venía considerando que la moción de afecto puede ser percibida pero erróneamente, es decir, se encuentra enlazada a una representación que logra ser consciente, pero que no es la representación a la que tal sentimiento se encontraba ligado, por consecuencia de su represión. Cuando la represión consigue sofocar el desarrollo del afecto, estas mociones de afecto son llamadas inconscientes, porque corresponden al lugar donde deberían estar. Tras la represión, la representación inconsciente sigue existiendo en el interior del sistema *Icc* como formación real, mientras que al afecto inconsciente sólo le resta una posibilidad de tentativa. Como las representaciones son en el fondo investiduras de las huellas mnémicas, mientras que los afectos son procesos de descarga que al exteriorizarse se perciben como sensaciones, éstos puede encontrarse en el sistema *Icc*, pueden sortear la censura y devenir conscientes. El sistema *Cc*, entonces, gobierna tanto la afectividad como el acceso a la motilidad, realzando el valor de la represión, ya que ésta logra inhibir la trasposición de una moción pulsional en una exteriorización de afectos. Mientras el sistema *Cc* gobierne estas funciones, el estado psíquico del individuo es normal. No ocurre así con la psicosis, donde la motilidad voluntaria

es quebrantada. Y en cuanto al desarrollo del afecto, su gobierno no es tan firme, dado que aún en la vida normal pueden discernirse la lucha de estos dos sistemas en torno al dominio de la afectividad, generándose influencias y contaminaciones entre ambas fuerzas.

Al producirse un divorcio entre el afecto y su representación a consecuencia de la represión, la moción pulsional aguarda hasta encontrar una representación sustitutiva en el sistema Cc. El desarrollo del afecto se hace posible desde este sustituto, cuya naturaleza determina el carácter cualitativo del afecto. (Freud, 1915/1992).

Quizás sea conveniente pensar en el afecto que generan ciertas elecciones, que se presentan como representación de contenidos reprimidos. Es decir, la representación que un sujeto tenga de la elección, en caso de que se encuentre enlazada, asociada con algún contenido reprimido, puede despertar angustia o algún otro efecto. La elección vendría a funcionar o ser entendida como una representación sustitutiva.

Lo mismo puede pensarse en cuanto al objeto a elegir. Quizás el objeto de la realidad exterior no sea un objeto peligroso o angustiante en sí mismo, pero por estar enlazado mediante cadenas asociativas con una representación que se encuentra reprimida en el /cc, puede despertar tales afectos.

A su vez, la represión cuenta con otro proceso para protegerse del asedio de la representación inconsciente, estas son las contrainvestiduras, que representan el gasto de energía permanente de la represión primordial, cuidando su producción y permanencia. Este proceso es el único para la represión primordial; a la represión propiamente dicha (esfuerzo de dar caza) se suma la sustracción de la investidura de la representación a reprimir. (Freud, 1915/1992).

5.1. Propiedades de los sistemas *Icc* y *Prcc-Cc*

Considerando lo expuesto previamente, se considera oportuno para su mejor comprensión considerar aquellas funciones y cualidades que Freud desarrolla para cada uno de los sistemas del aparato psíquico.

Freud (1915/1992) considera que el sistema *Icc* tiene leyes y una lógica que difiere en gran medida del sistema *Cc*, lógica que permite el acceso directo a sus contenidos. Ubica en el *Icc* la localización de las agencias representantes de la pulsión que luchan por descargar su investidura. Estas mociones pulsionales no se contradicen ni influyen, y cuando dos o más son activadas al mismo tiempo en metas que podrían parecer inconciliables, no se cancelan sino que confluyen en la formación de una meta intermedia, un compromiso. En el *Icc*, tales mociones pulsionales y sus representantes se pueden relacionar de esta manera ya que no existe negación ni grado de certeza en este sistema. Además, existe un alto grado de movilidad de las intensidades de investidura, por lo que una representación puede desplazar en otra todo el monto pulsional, y por condensación una representación puede integrar la investidura de muchas otras. Esto Freud lo conceptualiza como proceso primario, en oposición al proceso secundario que rige al sistema *Prcc-Cc*. Estos procesos inconscientes son atemporales y no tiene contemplación por la realidad, ya que se rigen por el principio de placer.

Freud plantea que sólo se puede dar cuenta de los procesos inconscientes cuando los procesos del *Prcc* son trasladados hacia atrás, a un estadio anterior, por obra de la represión, como ocurre con las neurosis y las condiciones del soñar. Los procesos preconcientes poseen la capacidad de inhibir la tendencia a la descarga a la que apuntan las representaciones investidas. Este sistema regula el comercio entre los contenidos de las representaciones, su ordenamiento temporal, la introducción de la censura, el examen de realidad y el principio de realidad. Además, posee una memoria

consciente, que se diferencia de las huellas mnémicas en que se fijan las vivencias del *Icc*.

Entre ambos sistema se produce un comercio, una suerte de cooperación, ya que el *Icc* continúa enviando en sus retoños, influyendo en el *Prcc*. Algunos de estos retoños presentan una alta organización, aprovechando lo que posibilita el sistema *Cc*. Pero siguen siendo insusceptibles de conciencia. De este tipo de productos son las fantasías que surgen tanto en personas sanas como en neuróticos, conocidas como etapas previas al sueño y al síntoma, que a pesar de su alta organización, permanecen reprimidas. Otros retoños son las formaciones sustitutivas, que logran interrumpir en la conciencia por su coincidencia con la contrainvestidura puesta por el *Prcc*. (Freud, 1915/1992).

Entonces, ¿puede pensarse el producto de una elección como el resultado de un compromiso entre los sistema *Icc* y *Prcc-Cc*? Tal respuesta se ha ido entendiendo como afirmativa en el desarrollo previo del capítulo.

Cuando lo inconsciente es rechazado por la censura que regula el paso al *Prcc*, aparecen los retoños que pueden sortear esta censura, organizándose y creciendo dentro de dicho sistema hasta que alcanzan cierta intensidad de investidura. Cuando han rebasado cierto nivel de fuerza y quieren imponerse a la conciencia, son individualizados como retoños del *Icc* y reprimidos nuevamente por la censura que se ubica entre los sistemas *Prcc* y *Cc*. La primera censura funciona contra el *Icc*, la segunda contra sus retoños. Estudiando estos comercios, Freud (1915/1992) considera posible que los contenidos del sistema *Prcc-Cc* provengan, por una parte, de la vida pulsional por mediación del *Icc*, y por otra parte, de la percepción. Con eventualidad, puede producirse que una moción inconsciente opere en el mismo sentido que una aspiración dominante, preconsciente. En esta forma de cooperación, la represión quedaría cancelada y lo reprimido resultaría un refuerzo de la actividad del yo.

5.2. La elección de la neurosis comprendida en la primera tópica

Previamente se trabaja el interés de Freud por la forma en que una neurosis de defensa era elegida en lugar de otra. Además, ya se venía estableciendo la existencia de causas constitucionales en la predisposición de la elección de la neurosis. (Freud, 1896/1991).

Establecida la conceptualización del aparato psíquico en instancias psíquicas, Freud (1915/1992) logra dar cuenta del proceso por el cual un sujeto cae bajo una neurosis de transferencia.

Por un lado, considera que en la histeria de angustia, es posible notar que la angustia surge en un sujeto sin percibirse ante qué. Puede considerarse que desde el *Icc* existió una representación reprimida que demandaba surgir en el *Prcc*, pero la investidura de ésta se le retiró y desplazó al modo de huida, y la investidura libidinal inconsciente de la representación rechazada fue descargada como angustia. Es decir, que la investidura fugada se volcó a una representación sustitutiva que, por un lado se entramaba por vía asociativa con la representación reprimida, y por otro lado es sustraída de la represión por su distanciamiento respecto de aquella. El *Prcc* (*Cc*) juega una conrainvestidura con la representación sustitutiva para que no emerja la representación reprimida. Cuando sucede una excitación se producen entonces el envión necesario para un pequeño desarrollo de angustia aprovechado como señal para inhibir el ulterior avance de éste. Dicho mecanismo está destinado a aislar la representación sustitutiva y coartar nuevas excitaciones de ella. Son precauciones que se aplican contra representaciones sustitutivas vistas desde la percepción, pero no contra la moción pulsional que alcanza la representación sustitutiva desde su conexión con lo reprimido. Las expresiones de huida frente a la investidura son las evitaciones, renunciaciones y prohibiciones que permiten dar cuenta de la histeria de angustia. El sistema *Cc* se protege también contra las representaciones sustitutivas mediante la conrainvestidura de su entorno,

formación sustitutiva que se va desplazando. Mediante todo este mecanismo de defensa se proyecta el peligro pulsional hacia fuera.

Cuando la investidura pulsional de la representación reprimida es traspuesta a la inervación del síntoma se produce la histeria de conversión. La conrainvestidura del *Prcc* (*Cc*) es lo que selecciona aquel fragmento de la agencia representante de la pulsión sobre el cual permite concentrarse toda esa investidura. Según Freud, lo escogido, o elegido como síntoma reúne la condición de expresar la meta desiderativa de la moción pulsional, y a su vez, los intentos defensivos y punitivos del sistema *Cc*, siendo sobreinvertidos y apoyados desde ambos lados.

Por su parte, la neurosis obsesiva se diferencia de la anterior neurosis en que la conrainvestidura del sistema *Cc* sale al primer plano organizada como formación reactiva, procurando ésta la primera represión. Y luego se consuma la irrupción de la representación reprimida. (Freud, 1915/1992).

Por lo tanto, es posible pensar que a la par de las fijaciones producidas durante el desarrollo libidinal, importa el comercio entre los sistemas *Icc* y *Prcc-Cc* al momento de invertir y desinvertir representaciones que se encuentren asociadas con aquellas fijaciones.

En cuanto a la articulación con la elección, vemos que es fundamental el papel que cumple el sistema *Prcc-Cc* a la hora de seleccionar mediante sus conrainvestiduras la agencia representante de la pulsión a reprimir. Es Freud quien considera que la neurosis va a tener que ver con la elección del síntoma a través de los procesos que realizan los sistemas *Prcc* y *Cc* para que tal agencia representante y su representación no alcancen su satisfacción en la consciencia, ya que generarían un alto monto de displacer.

6. El recordar inconsciente y su repetición en la elección

Con la ayuda de la técnica psicoanalítica, en el texto “*Recordar, repetir y reelaborar*”, Freud (1914/1991) da cuenta que el paciente en análisis no recuerda aquellos contenidos que han sido víctimas de la represión. Sin embargo, pudo notar que ciertos contenidos reprimidos se actuaban en transferencia. Es decir, que eso que retorna de lo reprimido aparece como una acción, por lo que el sujeto repite sin saber que lo hace. Desde el lugar de analista, Freud recomienda estar preparado para que el paciente se entregue a la compulsión de repetir que sustituye al recordar, tanto en la relación médico-paciente, como en muchos otros vínculos y actividades.

A partir de esto, Freud advierte de la atención que se debe prestar cuando el paciente durante el tratamiento elige a un nuevo objeto de amor, toma a su cargo una tarea, inicia un negocio, entre otras actividades. Además, tiene que observarse la resistencia de este contenido a recordar, ya que mientras mayor sea ésta, tanto más será sustituido el recordar por el repetir en la acción.

Considera que lo que repite es “todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter. Y, además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas”. Freud (1914/1991, p. 153). Aquello que se repite, viene a dar cuenta de eso reprimido que pugna por llegar a la consciencia pero que choca con vastas resistencias, dando fe que lo reprimido tiene un poder actual.

Entonces, puede pensarse que cuando un sujeto elige, por ejemplo, un objeto destinado a amar, a libidinizar, dicha elección tiene su inicio en algún contenido que ha sido reprimido, y que regresa disfrazado por la resistencia, pero encuentra una vía posible retornando en una acción, es decir, en una

elección que se actúa. Su origen, entonces, se encuentra en lo reprimido. Pero el sujeto no es consciente de que dicha elección es una repetición, que ya ha elegido previamente y que no lo recuerda a consecuencia de la represión.

7. El narcisismo y su papel en las elecciones

El concepto de narcisismo aparece por primera vez en el texto de Freud “*Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente*” de 1911. En la historia evolutiva de la libido, el narcisismo se ubica entre el autoerotismo y la elección de objeto.

Se trata de aquella etapa donde el sujeto sintetiza en una unidad sus pulsiones sexuales autoeróticas, para ganar un objeto de amor que se toma primero a sí mismo antes de pasar a la elección de objeto en una persona ajena. Según Freud (1911/1991) en la etapa de narcisismo se desataca el papel de los genitales, dado que un sujeto, luego de tomarse a sí mismo como objeto, pasa a elegir un objeto con genitales parecidos, entendiendo que el paso a la heterosexualidad se realiza a través de la elección homosexual de objeto.

Es necesario destacar la diferencia que se produce entre el uso del término *elección*, propio de una etapa más desarrollada de la libido en donde se vincula con un objeto ajeno, de la *acción de tomarse* a sí mismo como objeto de amor, como ocurre en el narcisismo. “Tomarse” alude a la libidinización del propio cuerpo, encontrando en éste el objeto de su satisfacción. “Elegir” ya involucra un objeto externo, diferente al propio cuerpo.

Freud (1911/1991) se preguntó entonces por el destino de aquellas aspiraciones homosexuales. Refiere que éstas no se cancelan una vez

superada la etapa, sino que son forzadas a apartarse de la meta sexual y conducidas hacia nuevas actividades. Dichas aspiraciones se apuntalan junto con parte de las pulsiones yoicas para constituir las pulsiones sociales. Las personas con fijación en esta etapa pueden estar expuestas al peligro de que ante una marea alta de libido, no encuentren otra manera de someter sus pulsiones sociales a la sexualización, deshaciendo como consecuencia las sublimaciones que habían adquirido. Y en los análisis de los paranoicos se halla que éstos se defendían tanto de una sexualización como de sus investiduras sociales, por lo que se planteaba que en estos casos existía un punto débil del desarrollo libidinal en el tramo que recorre el autoerotismo, el narcisismo y la homosexualidad.

En "*Introducción al narcisismo*", Freud (1914/1992) trabaja este asunto en profundidad y lo articula con respecto a las relaciones entre el yo y los objetos externos, por lo que traza la distinción entre "libido yoica" y "libido de objeto". Además, introduce los conceptos de ideal del yo y de la instancia de observación de sí vinculada con él, que luego lo nombrará como superyó. La descripción clínica del término "*narcisismo*" consiste en aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual, pudiendo llegar con éste a la satisfacción plena. Según este cuadro, el narcisismo es entendido como una perversión que ha absorbido toda la vida sexual de la persona.

A partir de las observaciones psicoanalíticas, encuentra que rasgos aislados de esa conducta aparecen en personas con otras perturbaciones que no sufrían de una parafrenia, como ocurre por ejemplo en las neurosis. A partir de esto, considera que el momento de la libido entendida como narcisista podía abarcar un radio más vasto y formar parte del desarrollo psicosexual regular de un sujeto. Entonces, el narcisismo deja de ser entendido como una perversión, para ser considerado como el "complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo". Freud (1914/1992, p. 72).

A partir de aquí, se introduce el narcisismo como concepto de la teoría de la libido, entendiendo que existe una investidura libidinal del yo originaria, cedida luego a los objetos. Pero en el fondo, aquella investidura libidinal no cesa, persiste y se relaciona con las investiduras de objeto “como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite”. Freud (1914/1992, p. 73). Esto quiere decir que las emanaciones libidinales a las investiduras de objeto son emitidas y pueden ser retiradas.

Esto permite dar cuenta de la nueva oposición entre libido yoica y libido de objeto, cuando más gasta una más se empobrece la otra. Inicialmente, estas energías libidinales están juntas en el estado de narcisismo, luego pueden diferenciarse cuando logra investirse el objeto, encontrando una energía sexual objetal, y una energía de las pulsiones yoicas que actúan acopladas. Ejemplos del retiro de la libido yoica para dirigirse al yo ocurre en los casos de una enfermedad orgánica o en la acción de dormir, resignando el interés de los objetos para dirigirla a metas que podrían considerarse egoístas.

Para este momento, se consideraba que el niño y el adolescente eligen sus objetos sexuales a partir de sus experiencias de satisfacción. Las primeras vivencias sexuales autoeróticas se presentan acompañadas con las funciones vitales que sirven a la autoconservación. Esto produce que las pulsiones sexuales se apuntalen inicialmente en la satisfacción de las pulsiones yoicas, independizándose después. De este apuntalamiento se entiende que las personas encargadas de sus primeros cuidados devengan primeros objetos de amor: la madre, o su sustituto. A este tipo y fuente de elección de objeto se lo conoce como *elección por apuntalamiento o de tipo anaclítico*. Establecido este tipo de elección de objeto, Freud encuentra que ciertas personas, cuyo desarrollo libidinal experimentó alguna perturbación, no eligieron a su posterior objeto de amor según el modelo anaclítico. En estos casos, se buscaban a sí mismos como objeto de amor, según el modelo de la propia persona. A este tipo de elección de objeto la llama *elección narcisista*.

Entonces, puede entenderse que en cada sujeto se dan dos caminos para la elección de objeto, debido a que posee dos objetos originarios: él

mismo y la madre. Por lo tanto, se presupone en todo ser humano una fase narcisista que, eventualmente, puede expresarse en su elección de objeto.

Freud, en el mismo texto, hace una comparación entre el hombre y la mujer para entender ambos tipos de elección de objeto. En el hombre, se puede ver el pleno amor de objeto según el tipo de apuntalamiento o anaclítico. Cuando se enamora, exhibe esa llamativa sobreestimación sexual característica de este momento, cuyo origen está en el narcisismo primario, y que lo transfiere al objeto de amor. Ese peculiar estado recuerda a la compulsión neurótica y se reconduce a un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto. En cambio, es diferente en la mujer, ya que con su desarrollo puberal, parece sobrevenirle un acrecentamiento del narcisismo originario, que resulta desfavorable para la constitución de un objeto de amor dotado de sobreestimación sexual. Cuando este desarrollo la hace hermosa, la mujer se ama a sí misma, con tal intensidad a la del hombre que la ama. Su necesidad no se sacia amando, sino siendo amada, y se empareja con el hombre que le colma esa necesidad. De aquí que se encuentra que el narcisismo que despliegan ciertas personas resulta de gran atracción sobre aquellas otras de cuyo narcisismo propio parecen haber desistido y andan en busca de un amor de objeto.

En las mujeres narcisistas, se puede encontrar un camino para el amor de objeto, y ocurre cuando dan a luz un hijo, en el cual brindan amor a la manera de una extensión de su propio cuerpo. En otras, no es necesario esperar al nacimiento de un hijo para pasar desde ese narcisismo (secundario) hasta el amor de objeto, ya que previo a su pubertad se han sentido como varones y desarrollado como tales, aspiración que queda interrumpida por la maduración femenina.

Para aclarar el asunto, Freud (1914/1992) establece un preciso panorama que ayuda a comprender los caminos de la elección de objeto:

Se ama: según el tipo narcisista: a) a lo que uno mismo es (a sí mismo), b) a lo que uno mismo fue, c) a lo que uno querría ser, y d) a la persona que fue una parte del sí-mismo propio. 2. Según el tipo del

apuntalamiento: a) a la mujer nutricia, y b) al hombre protector y a las personas sustitutivas que se alinean formando series en cada uno de esos caminos (p. 87).

Freud va a nombrar como narcisismo primario a aquel que se supone en el niño, pero que sólo puede inferirse teniendo en cuenta la actitud de los padres. Corresponde al renacimiento y reproducción del narcisismo propio de aquellos padres, ya abandonado. La sobreestimación es característica en este tipo de vínculo, ya que estos padres atribuyen al niño toda clase de perfecciones, olvidan los defectos, y las exigencias culturales no parecen someter al niño como lo fue con ellos. Debe cumplir los sueños y deseos irrealizados de sus padres. Además, en el niño se refugia aquella inmortalidad del yo del narcisismo de los padres. Es decir, que aquel amor parental, tan infantil en el fondo, pertenece al narcisismo redivivo de los padres, que se trasmuda al amor de objeto y al hijo.

Por otro lado, a medida que el niño crece, las mociones pulsionales libidinosas entran en conflicto con las representaciones culturales y éticas del individuo, sucumbiendo bajo la represión. La represión parte del yo, o más precisamente del respeto del yo por sí mismo. Esto se puede entender suponiendo que ciertas impresiones y vivencias, mociones de deseos e impulsos que un hombre tolera, pueden ser desaprobados o ahogados antes de que devengan conscientes por otro hombre. En este hombre se ha formado en su interior un ideal por el cual se mide su yo actual, mientras que en el primero ese ideal no se ha erigido. Esta formación del ideal es generada por el yo y es condición para la represión. Sobre ese ideal es que recae el amor a sí mismo gozado por el narcisismo infantil. En este narcisismo, ahora desplazado al nuevo yo ideal, se encuentran todas las perfecciones a las que el sujeto aspira. "Lo que él proyecta frente a sí mismo como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal". Freud (1914/1992, p. 91).

Es conveniente aclarar que en este momento Freud no realiza una diferencia entre yo ideal e ideal del yo, tratándolos de manera indistinta. Sin

importar de cual se trate, es necesario tener presente que es una construcción narcisista que va a tener un papel esencial e importante en los posteriores textos.

A partir de lo expuesto es posible pensar que el ideal de origen narcisista va a tener influencias importantes en las elecciones que un sujeto realice en su vida. Desde el objeto de amor a elegir, hasta aquellas elecciones con connotación egoístas, van a dar cuenta de algo de este ideal narcisista que pretende alcanzarse.

Para entender la función del ideal, Freud (1914/1992) compara la idealización y con la sublimación. La última es el proceso que atañe a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se dirige a otra meta, lejos de la satisfacción sexual. Y entiende a la idealización como un proceso que envuelve al objeto, realizándolo psíquicamente y engrandeciéndolo. La idealización es posible en el campo de la libido yoica como en el de la libido de objeto. Por lo tanto, la sublimación describe algo que sucede con la pulsión, y la idealización, algo que sucede con el objeto.

Bajo este esquema, Freud comienza a considerar la formación de aquella instancia psíquica que vela por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, que lo observa midiendo al yo continuamente con el ideal. Esta instancia que se venía anticipando la plantea como la consciencia moral, también nombrada luego como *superyó*. La formación del ideal del yo y su supervisión bajo la consciencia moral son efecto de la crítica de los padres, junto con otras voces que se sumaron a su educación social y cultural. Es un proceso semejante al que se repite en el inicio de la represión surgida por una prohibición o un impedimento, que al comienzo son externos.

Al diferenciar pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, se entiende que el sentimiento de sí depende estrechamente de la libido narcisista. En la vida amorosa, el no ser amado deprime, rebaja el sentimiento de sí, mientras que el ser amado lo realza. El ser amado constituye la meta y la satisfacción en la

elección de objeto narcisista. La investidura libidinal de los objetos no eleva el sentimiento de sí, ya que la dependencia respecto del objeto amado tiene el efecto de rebajarlo, por esto se observa que aquel que está enamorado parece ser humillado. El que ama parece haber sacrificado un fragmento de su narcisismo. En la vida amorosa, el sentimiento de sí guarda estrecha relación con su componente narcisista.

El yo se va desarrollando a medida que se distancia respecto del narcisismo primario, generando a su vez una intensa aspiración a recobrarlo. Tal distanciamiento es producto del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde afuera, con el cual puede satisfacerse. De manera simultánea, el yo emite las investiduras amorosas de objeto, empobreciéndose en favor de éstas y del ideal del yo, y vuelve a enriquecerse por las satisfacciones que estas fuentes le brindan. El sentimiento de sí se va formando con el residuo del narcisismo infantil, otra parte surge de la omnipotencia corroborada por la experiencia en el cumplimiento del ideal del yo, y una tercera parte por la satisfacción de la libido de objeto.

Freud (1914/1992) considera que cuando se produce un desborde de la libido yoica sobre el objeto es lo que se conoce como enamoramiento, el cual tiene la virtud de cancelar represiones y permitir ciertas perversiones en el objeto de amor ahora elevado a ideal sexual. Se idealiza lo que cumple las condiciones de amor a la manera del tipo de elección de apuntalamiento de objeto infantil. Este ideal sexual puede generar una relación auxiliar con el ideal del yo cuando la satisfacción narcisista tropieza con impedimentos reales. Entonces el ideal sexual pasa a ser usado como satisfacción sustitutiva. Es el amor del tipo de elección narcisista de objeto, lo que uno fue y ahora no tiene, o lo que uno no tiene. Entonces se ama al objeto que tiene el mérito que falta al yo para alcanzar el ideal.

Así, el sí mismo logra ser un objeto que se ama inicialmente, encontrando en las satisfacciones autoeróticas y vinculadas a las pulsiones de autoconservación. Es la libido narcisista o yoica la que luego va a permitir la

elección de un objeto de amor ajeno, externo, a la manera en que se amó a sí mismo.

8. El complejo de Edipo

La existencia de un complejo considerado como nuclear en la formación de la neurosis, es una pieza que viene a completar el panorama del desarrollo libidinal y la elección de objeto de amor.

Cuando Freud dicta sus "*Conferencias de introducción al psicoanálisis*", entre los años 1916 y 1917, entre los asuntos que expone, toma este complejo y lo desarrolla de manera más extensa.

Freud (1917/1991) propone el nombre de "complejo de Edipo" debido al parecido con lo surgido en la práctica del psicoanálisis en cuanto a la elección del objeto de amor originario con la saga griega del rey Edipo de Sófocles, quien fue condenado por el destino a matar a su padre y a tomar por esposa a su madre. Edipo, quien hace todo lo posible por sustraerse de la sentencia del oráculo, al enterarse de que sin saberlo ha cometido esos dos crímenes, se castiga cegándose.

Este complejo representa la tendencia del niño a tener a la madre para él solo, observado en la época anterior del período de latencia. Un nuevo sentimiento surge en esta etapa, junto con una nueva presencia: el padre. El niño va a sentir como molesta la presencia de su padre, se enoja cuando éste es tierno con su madre, y exterioriza su felicidad cuando el padre está ausente. Simultáneamente, el mismo niño en otras oportunidades da muestras de una gran ternura hacia el padre. Dichas actitudes ambivalentes hacia el padre pueden coexistir en un niño durante un largo tiempo, permaneciendo luego en

el inconsciente, reprimidas, ya que tales mociones en el adulto lo llevarían a un conflicto.

Llegada la pubertad, la pulsión sexual exige su satisfacción por primera vez con toda su fuerza unificada. En este momento, aquellos objetos de amor familiares e incestuosos son retomados e investidos libidinalmente. Se despliegan procesos afectivos muy intensos, que pueden seguir el mismo camino del complejo de Edipo o se alinean en una reacción frente a él. Es comprensible que por su inconciliabilidad con la barrera del incesto y las imposiciones sociales, esos procesos tienen que permanecer en buena parte alejados de la conciencia, es decir, reprimidos.

A partir de aquí y en adelante, el individuo tiene que dedicarse a la tarea de separarse de sus padres, para pasar a ser miembro de la sociedad. El joven va a separar sus deseos amorosos hacia la madre para emplearlos en la elección de un objeto de amor ajeno, real, posible, y lograr reconciliarse con el padre si siguió siéndole hostil.

Según Freud, los neuróticos no alcanzan esta solución; el hijo permanece toda la vida sometido a la autoridad del padre y no está en condiciones de trasladar su libido a un objeto sexual ajeno. Lo mismo puede ocurrir con la hija. Es por tal motivo que Freud (1917/1991) dice: “el complejo de Edipo es considerado con acierto como el núcleo de las neurosis” (p. 307).

Las consecuencias de dicho complejo se mantienen a lo largo de la vida y se pueden observar en los primeros vínculos exogámicos de un sujeto. Considerando esto, es posible tener en cuenta el texto “*Sobre la psicología del colegio*” de 1914, en donde Freud reflexiona sobre las actitudes afectivas hacia las personas que quedaron establecidas en épocas tempranas del individuo, entendiendo que se refiere a la época edípica del desarrollo libidinal. Considera que las primeras vinculaciones con sus padres y hermanos fijan la índole y el tono afectivo con personas de su mismo sexo y de su opuesto. A partir de ahí podrá desarrollarlos y trasmudarlos siguiendo distintas orientaciones, pero nunca cancelarlos. Todas las personas que el joven conozca devendrán como

sustitutos de esos primeros objetos de amor. Por esto, dice que “toda la elección posterior de amistades y relaciones amorosas se produce sobre la base de huellas mnémicas que aquellos primeros arquetipos dejaron tras sí”. Freud (1914/1991, p. 249).

Sobre estas huellas se apoyan las elecciones que los sujetos realizan a lo largo de la vida. Los primeros objetos de amor, derivados del complejo de Edipo, dejan una marca desiderativa de aquel amor incestuoso, prohibido, que ha caído bajo represión. Pero que encuentran la vía posible de realizar estos deseos por medio de atajos posibilitadores, permitiendo elecciones exogámicas en aquellos objetos que despiertan rasgos o características que rememoran a los primeros objetos de amor.

Consecuencias del complejo de Edipo ya se observaron en las “*Contribuciones al amor*” que Freud escribió por el año 1910 y 1912, consideradas en el capítulo anterior.

La prohibición del incesto junto con los sentimientos de amor hacia la madre y la ambivalencia hacia el padre dan cuenta de la complejidad que conserva la elección de objeto en la infancia, tan difícil de dejar en aquella época.

9. La pérdida del objeto elegido

¿Qué ocurre cuando el objeto de amor ya no está? Freud (1917/1992) se plantea este asunto en su texto “*Duelo y Melancolía*” de 1917. Comprende que cuando se produce un trabajo de duelo, el examen de realidad demuestra que el objeto ya no existe, y estimula a quitar toda la libido de los enlaces con ese objeto. Esto suele verse dificultado por la renuencia de los sujetos a

abandonar estos enlaces libidinales, llegando en ciertos casos a producir un extrañamiento de la realidad y a retener el objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo. Con el tiempo, cada uno de los recuerdos y expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y se produce el desasimiento de la libido. Una vez cumplido el trabajo del duelo, el yo se vuelve libre y desinhibido nuevamente.

Cuando el trabajo de duelo resulta patológico el sujeto cae en la melancolía. Tal estado parece ser el resultado de la pérdida de un ser amado, pero en otras ocasiones se reconoce que la pérdida tiene que ver con un ideal que ha sido colocado como objeto de amor. Entonces, existe una clara diferencia entre el duelo normal y la melancolía; en la última existe una exagerada rebaja del sentimiento yoico, un gran empobrecimiento del yo. En el duelo, es el mundo el que se vuelve vacío; en la melancolía esto ocurre con el yo.

¿Qué determina semejante diferencia en la melancolía? Para responder a esto, Freud recurre a la teoría del desarrollo libidinal. Cuando se produce la elección de objeto, la ligadura libidinal con la persona amada sufre una censura o un desengaño de parte de la persona amada. La investidura del objeto es cancelada, pero la libido no se desplaza hacia otro objeto, sino que se retira al yo. Esto provoca una identificación del yo con el objeto resignado. Como condiciones para esta situación, tiene que haber existido una fuerte fijación en el objeto de amor, y a su vez, escasa resistencia de la investidura de objeto.

Junto con esto, es posible que la elección de objeto se haya realizado sobre una base narcisista, de tal manera que la investidura de objeto pueda regresar al narcisismo cuando tropieza con dificultades. La identificación narcisista con el objeto se convierte en el sustituto de la investidura de amor, lo que trae como resultado que el vínculo de amor no debe resignarse a pesar del conflicto con la persona amada. Entonces, la predisposición a contraer melancolía remite al predominio del tipo narcisista de elección de objeto. El yo, al tratarse a sí mismo como objeto, puede darse muerte en virtud del retroceso de la investidura de objeto dirigiendo contra sí mismo aquella hostilidad que

recae sobre el objeto. El enamoramiento más extremo y el suicidio demuestran ser situaciones donde el yo es avasallado por el objeto.

En el duelo normal, en cambio, el yo se pregunta si quiere compartir el mismo destino que el objeto amado ya perdido, y se deja llevar por las satisfacciones narcisistas que le producen el estar vivo y desata su ligazón con el objeto aniquilado. (Freud, 1917/1992).

A partir de estas consideraciones, puede pensarse que el tipo de elección de objeto que se realice en la infancia determinará la posibilidad del sujeto para enfrentar las pérdidas de los objetos. La pérdida de un objeto elegido anaclíticamente va a llevar a un proceso normal de duelo. Distinto ocurre cuando las elecciones objetales se producen desde el tipo narcisista de elección, donde el yo ha sido investido y libidinizado. En tal caso, la pérdida de aquel objeto elegido desde alguna de las vertientes narcisistas, como ideal del yo, como objeto tomado a la manera del sí mismo, o aquello que le falta al yo, provocará el duelo melancólico o algún proceso similar, dando cuenta de que dicha elección es de características patológicas.

10. Pequeña consideración freudiana a la vocación como elección

Para 1915-16, época devastada por la guerra, Freud consideraba que el psicoanálisis en aquellos tiempos se encontraba obstaculizado para su adecuado desarrollo, no sólo por las oposiciones en el ámbito científico, sino también por los impedimentos para aquel que quería especializarse académicamente en esta práctica. Por tal motivo, el mismo Freud (1916/1991) comenta:

Tal como están hoy las cosas, mediante esa elección vocacional se coartaría toda posibilidad de lograr éxito en una universidad, y, si hubiera de entrar en la vida como médico practicante, se encontraría en medio de una sociedad que no comprende sus empeños, que lo mira con desconfianza, con hostilidad, y que le suelta todos los malos espíritus que en ella están en acecho (p.14).

En este recorte se presenta una de las pocas veces que Freud articula el término elección con la vocación. Como se decía previamente, en la inclinación a esta nueva práctica, los médicos y discípulos del psicoanálisis encontraban trabas para su adecuado estudio.

La vocación, es tomada en la presente investigación como un objeto para el cual el sujeto va a colocar sus investiduras libidinosas, para ser elegida.

11. Conclusiones

En primer lugar, el concepto de elección articulado en cuanto a la elección de la neurosis encuentra su fundamento en la fijación en alguna etapa del desarrollo libidinal, dando cuenta de su causación constitucional. Tal articulación del concepto de elección con la etiología de la neurosis se mantendrá a lo largo de su teoría sin considerables cambios.

El estatuto de las pulsiones permite considerar la posibilidad que los objetos que se eligen posibilitan o permiten la satisfacción de pulsiones de autoconservación y también de las pulsiones sexuales que no logran su descarga, y encuentra, que esa vía y ese objeto, permiten su satisfacción parcial. Así la pulsión sexual podría tomar a tal objeto como apto para satisfacerse en una meta intermedia. También, se planteó el caso de que la elección responda a un destino pulsional. Por lo tanto, en un plano más

general, se considera que en cada elección ciertas pulsiones sexuales encuentran objetos que le sirven al yo, y que permiten su satisfacción pulsional parcial.

Con respecto al estatuto del objeto, se toma en cuenta que Freud habla del objeto de la pulsión, y el objeto de la elección como fase del desarrollo libidinal. El mismo aclara que en un inicio, ambos objetos coinciden.

En la etapa oral, se produce la incorporación de ese objeto que produce placer, objeto amado y retenido. Tal objeto pasa a configurar una representación psíquica de aquel objeto exterior. Por lo tanto, se debe tener en cuenta que cuando se elige un objeto del mundo exterior, tal objeto elegido va a venir a responder a la representación de un objeto interno introyectado. La parte odiada del objeto, lo que produce displacer, es divorciada y expulsada, quedando en vinculación el mundo exterior, lo displacentero y lo odiado.

Por otro lado, con el texto de "*La represión*", se da al objeto el carácter de representación de un retoño de lo reprimido que ha encontrado, mediante conexiones asociativas, la vía posible para llegar a la consciencia. Entonces, el objeto que se elige posee su origen en el inconsciente reprimido.

Mediante la represión y la conrainvestidura que genera el sistema *Prcc-Cc*, una representación de origen inconsciente puede ser reprimida nuevamente, pero se ve que no ocurre lo mismo con la moción pulsional ligada a aquella. Por lo tanto, se plantea la posibilidad de existencia de elecciones, u objetos de la elección, que generan angustia, entre otros afectos. Tal elección, o su objeto, son considerados como representaciones que se encuentran en el preconsciente. Mediante enlaces con representaciones reprimidas, tal moción pulsional desprendida puede desplazarse por esos caminos y encontrar su descarga en aquellas representaciones inofensivas en su inicio. La elección y/o su objeto vienen a dar cuenta que algo de lo reprimido retorna.

La primera tópica freudiana y el comercio entre los sistemas vino a dar cuenta que se puede considerar el acto de elección como otro acto psíquico. Por lo tanto, entendida así, la elección va a atravesar distintas fases de estado,

siendo en su origen una elección inconsciente, que sorteando la censura y logra acceder hasta el *Prcc*, para luego devenir como una elección en el plano de la conciencia, si bien disfrazada y no considerada como tal. Esto también se considera cuando se plantea que contenidos que retornan, no lo hacen como recuerdos sino como acciones. Un sujeto puede actuar en el plano de la conciencia, pero responder a una elección inconsciente.

Con la introducción del narcisismo, se genera una nueva categoría de elección y de objeto. Freud plantea dos modalidades de elección cuyos efectos se van a observar a lo largo de la vida: la elección narcisista, cuyo objeto es el sí mismo, posibilitado por el autoerotismo; y la elección anaclítica, cuyo objeto es externo y está apuntalado a las pulsiones de autoconservación. Tal objeto es la madre, o su sustituto. Son dos los objetos originarios que determinan estos caminos de elección de objeto.

Se destaca la diferencia en los dichos de Freud en cuanto al narcisismo y la elección de objeto, en la cual usa el concepto "elección de objeto", propio del yo que se vincula con el objeto madre; y el "tomarse a sí mismo", que alude a la libidinización del propio cuerpo, encontrando en éste el objeto de su satisfacción.

Derivado del narcisismo primario, surge el ideal narcisista que va a influenciar en cuantiosas elecciones que el sujeto realice en su vida. La idealización va a envolver al objeto, realizándolo y elevándolo para que cumpla con los ideales establecidos desde este narcisismo.

También, tal instancia va a permitir la idealización del objeto de amor para que cumpla con las condiciones del tipo de elección de objeto anaclítico. Cuando las pulsiones narcisistas encuentran dificultades para su logro de placer, toman aquel ideal sexual de la elección anaclítica y lo usan para su satisfacción sustitutiva. Es así como el objeto pasa a ser lo que le falta al yo constituyendo un tipo de elección correspondiente al narcisismo.

Las huellas de las primeras elecciones van a marcar como se ha desarrollado el complejo de Edipo y como se resuelve ante la prohibición del

incesto. Los primeros objetos de amor dejan una marca desiderativa de aquel amor incestuoso, prohibido, que ha caído bajo represión. Pero que encuentran la vía posible de realizar estos deseos por medio de atajos posibilitadores, permitiendo elecciones exogámicas en aquellos objetos que despiertan rasgos o características que rememoran a los primeros objetos de amor.

Además, el tipo de elección de objeto que se realiza en la infancia determinará la posibilidad del sujeto para enfrentar las pérdidas de los objetos. Consecuencias de los tipos de elección de objeto anaclítica y narcisista se muestran cuando Freud trabaja la pérdida del objeto. En el primer caso, se produce un desarrollo del duelo normal. En cambio, se produce una melancolía cuando el objeto que ha desaparecido ha sido elegido a la manera narcisista.

El análisis de la segunda ordenación metapsicológica brinda mayor riqueza a la presente investigación.

Capítulo 3:

Freud desde 1920

Tercera ordenación metapsicológica

1. Introducción

El período que comprende desde 1920 hasta 1926, establece un nuevo funcionamiento del aparato psíquico con reglas más complejas que vienen a dar luz a cuestionamientos previos, y a la vez descubre puntos oscuros aún desconocidos.

El yo deja de ser el amo de su propia casa, para responder a las exigencias de tres poderosos amos que luchan por hacer valer sus predilecciones. Establece así su segunda tónica, conformada por el ello, fuente de pulsiones que buscan el placer, el yo, almacigo de la angustia, y el superyó, instancia crítica y prohibidora. El mundo exterior pasa a ser otro amo al cual el yo debe consentir y responder.

La primacía del falo instaaura una nueva fase en el desarrollo sexual infantil, que da lugar al complejo de castración y al sepultamiento del complejo de Edipo. La angustia surgida de este complejo da el pie para que Freud retome la causa de la represión, derivada de esta señal de angustia ante una representación cuya moción pulsional traería aparejado displacer al yo.

Dentro de estos nuevos parámetros, el objeto toma una nueva dimensión, y la elección de objeto amplía sus posibilidades de comprensión.

2. El más allá que rige el funcionamiento psíquico

Esta etapa comienza con el texto de “*Más allá del principio de placer*” del año 1920. Para entonces, se consideraba que este principio regulaba el curso

de los procesos anímicos, es decir, que ocurrida una sensación displacentera, el aparato psíquico iba en busca de la disminución de aquella, intentando evitar el displacer o produciendo placer. Esto hace posible una nueva forma de comprender los procesos anímicos, junto con el punto de vista tópico y dinámico.

Freud (1920/1992) se refiere al punto de vista económico, por el cual el psiquismo va a intentar mantener lo más baja posible, o por lo menos constante, la cantidad de excitación presente en el aparato psíquico. Y todo aquello que la incremente, corresponde a un factor que provocará displacer y será considerada como disfuncional.

Sin embargo, Freud comienza a darse cuenta que le resultaba inapropiado hablar de un imperio de este principio, pues si esto era así, los procesos anímicos, en su mayoría, tendrían que estar acompañados de placer o llevar a éste, lo cual no ocurría. Por lo tanto, comienza a plantear la existencia de una fuerte tendencia al placer, pero junto con otras constelaciones o fuerzas que la contrarían, provocando algo diferente a una sensación placentera. Es decir, da cuenta que en el aparato psíquico se registra displacer proveniente de diversas fuentes.

El principio de placer, rector de los procesos primarios, pasa a ser considerado como peligroso para la autoconservación del organismo que se encuentra expuesto a las agresiones del mundo exterior, por lo que es destronado por el principio de realidad. Así este principio consigue posponer la satisfacción, renunciar a su logro y aprender a tolerar el displacer en el largo rodeo hacia el placer. Por el contrario, las pulsiones sexuales continuaron siendo gobernadas por el principio de placer, predominando sobre el principio de realidad en menoscabo del organismo.

Otra fuente de displacer se encuentra cuando el yo recorre su desarrollo hacia organizaciones más complejas. Ciertas pulsiones resultan inconciliables en su meta con el yo, por lo que se las retiene en estadios inferiores, víctimas del proceso de represión, y se les impide alcanzar la satisfacción. Y si estas

pulsiones consiguieran el medio para llegar a una satisfacción directa o sustitutiva, dicho éxito provocaría displacer en el yo.

Sin embargo, ambas fuentes de displacer no abarcan la mayoría de las vivencias displacenteras. La restante fuente, Freud la piensa como el displacer de percepción, es decir, la percepción del esfuerzo de pulsiones insatisfechas, o una percepción exterior penosa o que excite el displacer por considerarla como peligrosa.

Para comprender este panorama acerca del displacer, Freud trae a analizar un juego infantil que tuvo la oportunidad de observar en diferentes casos. Se trata de Fort-da, en donde el niño pequeño arrojaba lejos un carrito atado a un piolín para luego hacerlo aparecer tirando de éste. La interpretación de este juego entramaba un logro cultural, ya que representaba la renuncia a la satisfacción pulsional de admitir sin protestas la partida de su madre, la cual para el niño le resultaba displacentera. Es decir, que en la escena del juego, podría reparar la desaparición del objeto. En el juego repetía aquella vivencia penosa que resultaba condición previa a la gozosa reaparición de la madre, otorgándole así el propósito del juego. Por lo tanto, la repetición del juego estaba conectada con una ganancia de placer.

Junto con esto, Freud considera la compulsión a la repetición que observó en el trabajo con el paciente neurótico, quien repite lo reprimido como una vivencia presente, en lugar de recordarlo como un fragmento del pasado. Esta compulsión pertenece a lo reprimido inconsciente, y al existir una resistencia a recordarlo por parte del yo del analizado, pasa a actuarlo en la relación transferencial. Esto es lo que se venía anticipando cuando se observó el recordar de lo reprimido como acción en el paciente. Lo que destaca en este momento Freud es la compulsión de esta práctica inconsciente.

En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia y al destino fatal de los seres humanos, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer. Y ahora nos

inclinaremos a referir a ella los sueños de los enfermos de neurosis traumática y la impulsión al juego en el niño. Freud (1920/1992, p. 22).

También considera que las exteriorizaciones de la compulsión a la repetición tienen el carácter de ser altamente pulsionales. Por un lado, la repetición de la vivencia displacentera en el juego del niño le permite dominar aquella impresión intensa, perfeccionando dicho dominio con cada repetición. El reencuentro con la situación idéntica una y otra vez constituye por sí mismo una fuente de placer. En cambio, en el paciente analizado, la compulsión a la repetición en la transferencia de aquellos episodios de la época infantil de su vida responde a un más allá del principio del placer. Aquellas huellas mnémicas reprimidas primordialmente no se encuentran ligadas y en cierta medida no son susceptibles para el proceso secundario.

Luego de este novedoso hallazgo, Freud comienza a comprender que la pulsión responde a un esfuerzo inherente del organismo vivo de reproducir un estado anterior, que al vivir debió resignar por el peligro de fuerzas externas. Por lo tanto, encuentra que las pulsiones son conservadoras, adquiridas históricamente y con tendencia a la regresión, al restablecimiento de lo anterior. El cambio que se produce en ellas es causado por los influjos externos y perturbadores que provocan el éxito del desarrollo del organismo. El ser vivo elemental habría querido mantenerse en idénticas condiciones, sin modificarse, repitiendo siempre el mismo curso de la vida, aspirando a regresar a un estado anterior que abandonó.

Tomando esto en cuenta, Freud comienza a considerar que la meta de toda la vida es la muerte, estado al que el organismo quiere retornar. Tales pulsiones constituyen las llamadas pulsiones de muerte, o el Thánatos, en oposición a las pulsiones sexuales, genuinas pulsiones de vida, también llamadas Eros. Las últimas son resistentes a las perturbaciones externas, ayudan a conservar la vida, es decir, aspiran y realizan la renovación de la vida, y por lo tanto son opuestas a aquellas cuyo propósito lleva a la muerte, las cuales contienen el carácter regrediente de la pulsión. En estas pulsiones de muerte es donde nace la compulsión de repetición. Surge entonces una

nueva oposición de pulsiones: la que se ubica entre Eros (pulsiones de vida) y Thánatos (pulsiones de muerte).

En cuanto a las pulsiones yoicas, Freud plantea que inicialmente las diferenciaba de las pulsiones sexuales dirigidas al objeto, pulsión sexual cuya expresión es la libido en oposición a las pulsiones yoicas. Después, una parte de las pulsiones yoicas se pesquisó como sexual, en donde la pulsión erótica toma al yo como objeto. Así, la oposición existente entre pulsiones yoicas y sexuales se convierte en la oposición que media entre pulsiones sexuales narcisistas y de objeto, ambas pulsiones de vida.

Hay que tener en cuenta que el aparato anímico tiene como función ligar las mociones pulsionales que le llegan, sustituyendo el proceso primario por el secundario, trasmudando su energía de investidura libre y móvil en investidura tónica y ligada. Dicho proceso, en cuyo desarrollo se advierte displacer, acontece bajo el principio de placer, entendiendo a este principio como una tendencia que está al servicio de una función: hacer que el aparato anímico quede libre de excitaciones, o de mantener constante dicho nivel.

Si se tiene en cuenta que las pulsiones de vida se presentan como revoltosas y tensionantes, su tramitación es sentida como placentera. En cambio, las pulsiones de muerte trabajan de manera invertida. A partir de estas conjeturas, Freud llega a la idea de que el principio de placer se encuentra al servicio de las pulsiones de muerte, ya que además se proteger el organismo frente a estímulos de afuera considerados como peligrosos, también protege contra los incrementos de los estímulos que surgen en el interior y que apuntan a dificultar la tarea de vivir.

En la conferencia llamada "*Angustia y vida pulsional*", dentro de sus "*Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*", Freud (1933/1991) considera que ambas pulsiones, a pesar de su oposición, aparecen mezcladas en la vida anímica, en las más variadas y diversas proporciones, cada una con su propia meta por lograr.

Con lo expuesto, es posible pensar en la posibilidad de que ambas pulsiones intervengan en la vinculación con los objetos. Si bien esto ya se había planteado en los capítulos previos, la diferencia, en esta tercera ordenación, se encuentra en la existencia de pulsiones que aspiran a la homeostasis, las pulsiones de muerte, siendo éstas las que se satisfacen en la repetición compulsiva.

Es decir, que en la relación del yo con el objeto se pueden repetir aquellos vínculos que han sido reprimidos y buscan su manifestación en el yo (*Cc-Prcc*). En un principio, se puede considerar que lo que se repite refiere un conflicto infantil que no ha podido ser tramitado y ha sido reprimido. Y posteriormente, mediante asociaciones inconscientes, llega al yo como compulsión, provocando displacer y manifestando su resistencia a recordarlo.

Quizá sea factible pensar en aquellas elecciones conscientes que un sujeto realiza, pero que resultan en elecciones fallidas o que llevan al sufrimiento del sujeto. Es la pulsión de muerte la que empuja hacia la homeostasis y hacia un retorno de un estado anterior. Y a su vez, es posible pensar en aquella elección en su vertiente libidinosa, en donde la pulsión de vida lleva al sujeto a elegir como la tendencia que busca una mayor organización a favor de la vida. Entonces, cuando un sujeto repite en las elecciones su modo y objeto de la vinculación, es necesario tener en cuenta tales tendencias pulsionales.

La cuestión en este momento, corresponde a la posibilidad para diferenciar el concepto de elección correspondiente a su uso a partir de las pulsiones de vida, y si es pertinente continuar hablando de elección para las satisfacción de las pulsiones de muerte.

Otro factor a considerar, es la idea de que en el juego del niño se repite para reparar el objeto amado que se ha dañado desde el yo. Si bien el concepto de reparación propiamente dicho deriva del psicoanálisis inglés, el hecho de que Freud lo traiga en este texto nos permite su articulación. Quizás este mecanismo es el que nos ayude a comprender lo que plantea Bohoslavsky

(1984) cuando refiere que las elecciones de las carreras representan la elección de un objeto de la fantasía que pide ser reparado. Aquí la elección como posibilidad de reparación es comprendida desde su vertiente erótica, desde la pulsión de vida, que expresa la tendencia de un sujeto a reparar el objeto amado. Tal mecanismo de elección como reparación, según Bohoslavsky, es entendido como la manifestación de la pulsión de vida que viene a poner coto a la destrucción, es decir, a la pulsión de muerte.

Es decir, si se considera la elección para reparar, para reconstruir, vendría a funcionar articulada a las pulsiones de vida, a aquellas que abogan por mayor complejidad y desarrollo del aparato anímico.

La elección, entonces, es elección cuando posibilita, cuando construye, cuando mueve al aparato psíquico a la producción vivificante.

3. La nueva tópica: ello, yo y superyó

Para 1923, Freud comienza a dar cuenta de la existencia de constelaciones psíquicas desconocidas cuyos efectos se desplegaban en el vivir cotidiano, tanto del neurótico como de personas sanas. Por este motivo, establece una nueva ordenación tópica del aparato psíquico.

Inicialmente, Freud (1923/1992) toma al yo para comenzar a explicar esta nueva tópica. Éste es entendido como la organización coherente de los procesos anímicos en una persona del cual depende la conciencia. Es quien coloca en aquella sus funciones de acceso a la motilidad, examen de realidad, etcétera. La conciencia es la superficie del aparato anímico, ya que es el primer sistema que tiene contacto con el mundo exterior. Pertenecen a este sistema todas las percepciones que provienen de este mundo y aquellas producidas en

el interior que conocemos como sensaciones, sentimientos y procesos de pensamientos.

La dificultad se encuentra en poder diferenciar estos pensamientos, o representaciones preconcientes, de aquellas representaciones inconscientes, formadas de materiales no conocidos. Freud responde a esto considerando que ciertos materiales de las representaciones preconcientes se encuentran conectados con representaciones-palabra. Dicha conexión es la que permite que esos materiales devengan conscientes.

El yo queda conformado entonces por parte del sistema *P* (*percepción*) que es primero preconciente. Pero Freud agrega que existe una parte del yo que se continúa con el sistema *P* y que se comporta como inconsciente. A esta nueva parte le da el nombre de *ello*.

Un individuo es ahora para nosotros un ello psíquico, no conocido (no discernido) e inconsciente, sobre el cual, como una superficie, se asienta el yo, desarrollado desde el sistema *P* como si fuera su núcleo. Si tratamos de obtener una figuración gráfica, agregaremos que el yo no envuelve al ello por completo, sino sólo en la extensión en que el sistema *P* forma su superficie [la superficie del yo], como el disco germinal se asienta sobre el huevo, por así decir. El yo no está separado tajantemente del ello: confluye hacia abajo con el ello. Freud (1923/1992, pp. 25-26).

A este esquema, se le suma que lo reprimido confluye con el ello, ya que sólo es una parte segregada del yo producto de la represión, pero que comunica al yo con el ello. Freud llega a considerar que el yo es una parte del ello que ha sido modificada por influencia del mundo exterior, haciendo valer ese influjo y sus propósitos yoicos.

El ello se rige por el principio de placer, y es por intermedio del yo que se reemplaza por el principio de realidad. En el yo se representan la razón y la prudencia, en cambio en el ello se contienen las pulsiones que buscan su satisfacción. Aquí entra la metáfora de Freud acerca del jinete con su caballo, teniendo en cuenta que el yo es quien tiene acceso a la motilidad, representa al

jinete que tiene que enfrentar y controlar la fuerza del caballo, es decir, el ímpetu del ello. A menudo, así como el jinete que quiere permanecer arriba del caballo, al yo no le queda otra que trasponer en acción la voluntad del ello como si fuera la propia.

Por otra parte, Freud encuentra que ciertas funciones del sistema Cc, como la autocrítica y el sentimiento de culpa, aparecían como inconscientes para el yo y que están lejos de lo que el ello pretende. Estas funciones en su inicio respondían a aquel ideal del yo formado en la etapa narcisista del desarrollo libidinal. Freud señala que este narcisismo infantil va a ser reemplazado en el adulto por la contemplación a un yo ideal que se ha formado en su interior. A partir de esto, comienza a sugerir la existencia de una instancia superior al yo y al ello, cuya función consiste en observar al yo continuamente, midiéndolo con el yo ideal o ideal del yo. Esta nueva instancia es el *superyó*, equivalente al ideal del yo, de funciones prohibitorias y amonestadoras.

Entonces, resultado del complejo de Edipo, a partir del establecimiento unificado de las identificaciones, se produce en el yo una alteración que recibe la posición de *superyó*. Empero, no es simplemente un residuo de las elecciones de objeto del ello, sino que también se forma como una reacción en contra de éstas. El *superyó* advierte acerca de la identificación: “así (como el padre) debes ser”, y prohíbe: “así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas”. Freud (1923/1992, p. 36).

Herencia del complejo de Edipo, el ideal del yo viene a ser expresión de las mociones y destinos libidinales del ello. Por un lado, el yo se apodera y se somete al ello. Y a su vez, el *superyó* viene a abogar por los deseos del mundo interior, es decir, del ello. La comunicación del ideal del yo con las mociones pulsionales inconscientes es el motivo por el cual tales contenidos permanecen inconscientes para el yo.

Freud dice que el yo se convierte entonces en un vasallo de tres amos y, en consecuencia, sufre las amenazas de tres clases de peligros: de parte del mundo exterior, de la libido del ello y de la severidad del superyó. Al funcionar como frontera, el yo intermedia entre lo que exige el mundo exterior y lo que reclama el ello, intenta que el ello obedezca al mundo y que el mundo sea justo con lo que el ello desea, y a su vez intenta respetar las prohibiciones y demandas del superyó.

Por otro lado, el yo no logra ser neutro entre las pulsiones de muerte y las pulsiones de vida. Por medio de la identificación y de la sublimación, ayuda a las pulsiones de muerte para dominar a la libido, pero cae en el peligro de devenir objeto de las pulsiones de muerte y de perecer. Para que esto no ocurra, él mismo tuvo que colmarse con libido, y así sobreviene subrogado del Eros, por lo que el yo “ahora quiere vivir y ser amado”. Freud (1923/1992, p. 57).

Posteriormente, Freud dice que el yo, amenazado desde diversos lados, desarrolla el reflejo de huida, es decir que retira su investidura de la percepción amenazadora, o del proceso del ello que intimida, emitiendo en lugar de aquella el sentimiento de angustia. El yo se convierte en “el genuino almácigo de la angustia”. Freud (1923/1992, p. 57).

A partir de lo expuesto, es posible considerar que en las elecciones pueden manifestarse aquellas mediaciones y conflictos entre el yo y sus amos. Tomando el ejemplo de la elección vocacional, si un adolescente elige una carrera para la cual se sobreexige, siente culpa por no alcanzar las notas máximas, busca la perfección en lo que hace, se puede considerar que la instancia que más influye en esta elección es el superyó. Quizás tal objeto carrera responde a lo que los padres le exigen y esperan del adolescente, dando cuenta de los ideales de los padres que contribuyen a la formación del yo ideal del joven.

Diversa es la situación cuando el yo no puede elaborar los conflictos entre estas instancias psíquicas y consigue como opción resignar tal situación y

por lo tanto lograr una elección que responda y coincida con las exigencias del mundo exterior. Esto corresponde a lo que Bohoslavsky (1984) llama *elección ajustada*, donde la función yoica de autocontrol hace coincidir los gustos y capacidades con las oportunidades exteriores, controlando el conflicto entre las instancias psíquicas.

El yo es quien con sus funciones va a buscar el equilibrio entre tales instancias y resolver los conflictos que se produzcan, para llegar a una elección madura. Bohoslavsky trabaja el concepto de la *elección madura* como aquella en la que el yo puede pasar de utilizar sus identificaciones defensivamente a un empleo instrumental de las mismas. Así, el sujeto va a poder identificarse con sus gustos, intereses y aspiraciones propias, para luego identificar los objetos del mundo externo que posibiliten la elección y por lo tanto la realización de lo propio.

Toda la dinámica del yo con sus amos viene a ser reflejada en la modalidad de elección de un sujeto. Lo que resulta importante a la hora de encontrarse frente al diagnóstico del mismo.

4. Identificación con el objeto en lugar de elección

Los textos de “*Más allá del principio de placer*” y “*El yo y el ello*” permiten establecer los primeros parámetros que demarcan una nueva ordenación en la obra de Freud. A partir de aquí se encuentran nuevos aportes que permiten avanzar en la comprensión de la vinculación del sujeto con los objetos.

Por un lado, encontramos en “*Psicología de las masas*” que Freud (1921/1992) desarrolla en profundidad el concepto de identificación, considerando ésta como la más temprana exteriorización de una ligazón

afectiva con otra persona. Derivada del complejo de Edipo, el niño se identifica con su padre, queriendo crecer y ser como él, tomando al padre como su ideal. Al mismo tiempo, se encuentra en funcionamiento la elección de objeto de tipo anaclítico hacia su madre. Dichos lazos coexisten durante un tiempo, pero con la unificación de la vida anímica, ambos lazos confluyen y nace el complejo de Edipo normal. Cuando el niño encuentra que su padre resulta un estorbo para con su madre, su identificación cobra entonces una tonalidad hostil. Por lo tanto, esta identificación es ambivalente, pudiendo volverse hacia la expresión de ternura o hacia el deseo de eliminación.

Dicha identificación puede caer en una inversión después del complejo de Edipo, tomando por objeto al padre en una actitud femenina, objeto en el cual pueden satisfacerse sus pulsiones sexuales. De esta manera la identificación con el padre se convierte en precursora de la ligazón de objeto que recae sobre él.

Para distinguir una identificación de este tipo con el padre y una elección de objeto que recaiga sobre él, se tiene en cuenta que en el primer caso el padre funciona como lo que uno querría ser; en el segundo caso, lo que uno querría tener. La diferencia está en donde recaiga la ligazón, en el sujeto o en el objeto. Freud dice que la primera opción ya es posible antes de toda elección sexual de objeto. La identificación aspira a configurar al yo propio a semejanza del otro, tomado como modelo.

Lo dicho permite pensar en una característica vincular que ya se venía adelantando en los capítulos previos. Aquí ya se puede diferenciar que la vinculación con un objeto puede responder a una *lógica del ser*, correspondiente a la identificación y donde se toma al objeto como modelo, y una *lógica de tener*, que avala la elección de objeto. *Ser* como el padre; o *tener*, como tiene el padre.

Un sujeto puede moverse en sus vínculos con los objetos dando cuenta que elige respondiendo a la elección de objeto anaclítico, invistiendo el objeto que se desea tener; o puede responder según la identificación con el objeto, en

donde el sujeto introyecta las características del otro para poder ser semejante a éste, y por consiguiente, la posibilidad de tener al objeto de amor madre a la manera de la identificación con el padre. Son dos posibles resultados de la vinculación del sujeto con el objeto padre, que han generado aquellos sentimientos ambivalentes.

La inquietud es con respecto a qué modalidad posibilita el desplazamiento de los objetos a elegir y la realización de una elección propia y subjetiva.

Además, hay que tener en cuenta que estas lógicas, de ser y de tener, ya comienzan a marcar un camino para la forma en que se resuelve el complejo de Edipo. Este *tener o ser el objeto*, viene a dar cuenta de una posición de objeto que aún Freud no desarrolla por completo pero que ya ha comenzado a introducir, en la cual la identificación juega un papel relevante, como se ha ido planteando en este apartado.

Freud (1921/1992) plantea que la identificación se produce en diversos tipos de vinculación y estados del aparato anímico. Cuando se produce una formación neurótica del síntoma, la identificación viene a reemplazar a la elección de objeto, es decir, la elección de objeto ha regresado hasta la identificación. Considerando que la identificación es la forma originaria de lazo afectivo, en las constelaciones de la formación del síntoma sucede que la elección de objeto vuelve a la identificación, tomando propiedades del objeto y colocándolas sobre el yo. Es decir, que pasa a sustituir a una ligazón libidinosa de objeto por la vía regresiva, mediante una introyección del objeto en el yo.

Este proceso de introyección, como función yoica, permite que el proceso de identificación posibilite el surgimiento de vínculos con objetos que no responden a las pulsiones sexuales, como ocurre cuando se forma parte de un grupo constituido por personas con estas cualidades. En estos grupos se identifica parcialmente por la coincidencia del propio yo, con otro "yo", y por la intensidad de la unidad entre los miembros que se da al inicio de la formación grupal. Según Freud, esta es la identificación que se produce entre los

individuos de la masa, cuya comunidad reside en el modo de ligazón con el conductor.

Otro caso es el que ocurre con respecto a la homosexualidad. Se puede entender que una vez completado el proceso de la pubertad, llegado el momento de permutar el objeto madre por otro objeto sexual, el joven no abandona tal objeto sino que se identifica con dicho objeto. Es decir, se trasmuda en ella y anda buscando objetos que puedan sustituir al yo de él, a quienes él pueda amar y cuidar a la manera de su madre con él.

La melancolía es otro ejemplo de introyección del objeto. Se manifiesta por los autorreproches, la autodenigración y una fuerte autocrítica. Freud llega a la conjetura de que estas actitudes en el fondo se aplican al objeto que se ha perdido, a la manera de una venganza del yo sobre él. Debe tenerse en cuenta que en estas melancolías el yo se encuentra dividido en dos fragmentos. Uno es el alterado por la introyección del objeto perdido. El otro incluye a la conciencia moral, aquella instancia crítica del yo, es decir, el superyó.

Son diversos los resultados que el proceso de introyección-identificación pueden acarrear. Según lo planteado, conviene preguntar si estas identificaciones pueden absorber al yo completamente, por lo que el yo funcionaría según modelo del objeto que fue introyectado, o quizás lleguen a formar parte de la personalidad de cada sujeto, resultando quizás más saludable.

Aun así, queda en claro que el sujeto puede ir eligiendo en la vida a partir de las identificaciones que se han incorporado al yo a lo largo de su desarrollo. Además, el proceso de elección va a estar supervisado y observado por esta instancia del yo que va a comparar lo que el yo elija con lo que es ideal.

Entonces, las identificaciones permiten las relaciones con otros objetos que no son elegidos como objetos de amor. Por lo que se puede considerar que cuando se elige un amigo, un grupo de estudio, o un estilo musical, se

juegan en estas elecciones las identificaciones que se han ido introyectando desde los primeros vínculos edípicos, y a lo largo del desarrollo de la vida.

Se puede decir que las identificaciones vienen a teñir las elecciones que un sujeto realiza a lo largo de su vida. Quiere ser a la manera de tal..., por lo que elige tal... objeto carrera.

¿Elige para ser otro o para que ese atributo del otro sea parte de sí mismo?

Según lo planteado, es posible articular tales conceptos y preguntas con lo que Bohoslavsky (1984) trabaja cuando habla de la formación de la identidad del adolescente. La identidad, según el autor, es lo que vimos como el pasaje de la función defensiva de las identificaciones a su uso instrumental, que permiten una elección madura. La identidad ocupacional, concepto de este autor, está constituida en parte por el ideal del yo que se establece sobre la base de las identificaciones con adultos significativos, que en términos ocupacionales, se establecerá a partir de las relaciones con personas que ocupan los roles ocupacionales. También, las identificaciones familiares y las producidas en el grupo de pares, cuyos valores sirven de anclajes significativos para los intereses y gustos del joven. Estas identificaciones son las que vienen a orientar y a ayudar (o no), a que él mismo realice una elección del objeto "carrera".

5. La elección amorosa y el objeto sobreestimado

En el apartado acerca del enamoramiento y la hipnosis que pertenece al libro de *"Psicología de las masas y análisis del yo"*, Freud (1921/1992) dice que "el enamoramiento no es más que una investidura de objeto de parte de las

pulsiones sexuales con el fin de alcanzar la satisfacción sexual directa” (p. 105). Esto sucede en el desarrollo de la vida amorosa del niño con sus padres, pero luego se modifica, a causa de la represión, renunciando a las metas sexuales infantiles. El niño permanece ligado a ellos, pero con pulsiones de “meta inhibida”, cuyos sentimientos se designan como “tiernos”. Aquellas aspiraciones sensuales que fueron reprimidas, se conservan en el inconsciente, de manera que la corriente originaria persiste plenamente. Cuando se llega a la pubertad, se espera el logro de una síntesis entre el amor no sensual, celestial, y el sensual. Si esto ocurre, la relación con el objeto sexual se va a caracterizar por la cooperación entre pulsiones de meta inhibida y pulsiones de meta no inhibida.

A lo largo de varios análisis, Freud observa que en el comienzo del enamoramiento se produce una sobrestimación sexual del objeto, por el cual tal objeto amado queda exento de crítica y de cualidades apreciadas, a diferencia de lo que ocurre con aquellos objetos no amados. Es la complacencia sensual la que confiere tales excelencias al objeto. Según Freud, lo que ocurre es un falseamiento del juicio producto de la idealización. El objeto pasa a ser tratado a la manera del yo propio, y por lo tanto se lo inviste de mayor libido narcisista. En algunos casos de elección amorosa, el objeto va a venir a sustituir un ideal del yo propio no alcanzado, y que le gustaría procurarse para satisfacer su narcisismo.

Si la sobrestimación y el enamoramiento aumentan, las aspiraciones de satisfacción sexual directa pueden ser esforzadas hacia atrás, resignándose el yo a ser más modesto, mientras que el objeto es más grandioso, llegando a poseer todo el amor de sí mismo del yo. En estos casos, lo que ocurre es que el objeto ha devorado al yo. Humillación, restricción del narcisismo y perjuicio de sí caracterizan a esta etapa del enamoramiento.

Al tiempo que se produce esta entrega del yo al objeto, fallan las funciones que recaen sobre el ideal del yo. No hay crítica hacia el objeto, no es juzgado por la conciencia moral, quedando ciego ante el objeto. Es decir, “el objeto se ha puesto en el lugar del ideal del yo”. Freud (1921/1992, p. 107).

Para diferenciarlo de la identificación al objeto, Freud dice que con la identificación el yo se ha enriquecido con las propiedades del objeto, mediante su introyección. El objeto se ha perdido, se ha resignado, y el yo se altera según el modelo del objeto perdido que se erige en su interior. En el enamoramiento, en cambio, el yo se ha empobrecido, se ha entregado al objeto. Este objeto es sobreinvertido y mantenido por el yo.

Por otra parte, con las aspiraciones sexuales de meta inhibida es posible crear lazos fuertes y duraderos entre personas, que no llevan al empobrecimiento del yo ni a su alteración por la identificación, y que no se van a caracterizar con el tono sensual a la manera del enamoramiento del objeto. Esto es a causa de que tales objetos no son susceptibles de satisfacción plena, diferente a las aspiraciones sexuales no inhibidas que al alcanzar su meta experimentan una disminución. Para que el amor sensual perdure, Freud considera que deben presentarse mezclados desde su inicio los componentes puramente tiernos con los componentes sensuales de meta no inhibida, o sufrir un cambio de estas a aspiraciones de meta inhibida.

El proceso de enamoramiento es una primera fase necesaria para la vinculación del objeto que viene a satisfacer las pulsiones sensuales. Pero Freud, según lo expuesto, viene a advertir que ante una disfunción yoica, o un empobrecimiento del yo, este puede ser devorado, absorbido por ese objeto que viene a ocupar el lugar del ideal del yo.

Quizás esto pueda articularse con lo que Bohoslavsky (1984) trabaja en cuanto a la idealización del objeto carrera y la capacidad del yo para elaborar los conflictos. Si el adolescente quiere elegir una determinada carrera que viene a constituir un objeto perfecto y omnipotente, objeto idealizado y exclusivo en su vida, podemos considerar que se encuentra enamorado de aquel objeto, no logrando ver sus aspectos negativos. Es evidente que el joven que busca un objeto carrera con estas características va a tener como disfunción yoica el juicio, el cual permite un contacto con la realidad, el sentido de realidad y la tolerancia a la ambivalencia del objeto.

6. El primado del falo y el sepultamiento del complejo de Edipo

En su texto "*La organización genital infantil*", Freud (1923/1992) realiza lo que considera una interpolación a la teoría de la sexualidad que había construido años antes. Plantea que la sexualidad infantil con su desarrollo libidinal no se agota en la emergencia de la elección de objeto para que luego en el adulto se encuentre la organización genital definitiva. En la vida sexual infantil, el interés por los genitales y el quehacer genital ya tenían una significatividad importante. Y a diferencia de la sexualidad adulta, en la organización sexual infantil existe sólo un miembro para ambos sexos, el masculino. Por lo tanto, se configura un primado del falo.

Cuando descubre, gracias a que va adquiriendo información, que no todos poseen tal atributo, surge el miedo y más aún cuando cree posible la concreción de la amenaza de castración. Al inicio de su descubrimiento, existe la creencia de que sólo aquellos que incurrieron en actos prohibidos fueron castigados, por lo que les falta el pene, como en las niñas.

Con la observación y descubrimiento de los genitales femeninos, quiebra su incredulidad y se vuelve representable la pérdida del propio pene. Así, la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad.

Además, Freud destaca que la polaridad experimenta varias mudanzas durante el desarrollo sexual infantil. La primera oposición que plantea es la que surge con la elección de objeto, que presupone un sujeto y un objeto. Con el estadio sádico-anal la oposición es entre lo activo y lo pasivo. Y lo que refiere al estadio fálico-genital es la oposición entre genital masculino y genital castrado. Es con la llegada de la pubertad que la polaridad va a corresponder con lo masculino y lo femenino.

¿Cómo se relaciona el descubrimiento de un genital predominante y su amenaza de castración en el desenlace del complejo de Edipo?

El complejo de Edipo es contemporáneo a la fase fálica. Por tal motivo, esta fase no continúa su desarrollo hasta la organización sexual definitiva, sino que se hunde junto al complejo edípico y es reemplazada por el período de latencia. Según Freud (1924/1992), cómo se haya llevado a cabo el desenlace de esta fase va a permitir la apuntalación en sucesos que retornarán de manera regular en la vida del sujeto. La amenaza de castración sostiene la tesis de que la organización genital fálica se va al fundamento.

A partir de ahora, se vislumbra que el complejo de Edipo ofrece al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa, masculina, ubicándose en el lugar del padre y por lo tanto mantener comercio con la madre, por lo que el padre se presenta como un obstáculo; y una posibilidad pasiva, sustituyendo a la madre para hacerse amar por el padre, con lo cual la madre sobra. Cuando la posibilidad de la castración es aceptada, se pone fin a ambas posibilidades de satisfacción, ya que ambas conllevan la pérdida del pene, la masculina en el castigo de la castración, la femenina como condición, es decir, ya está castrada. Entonces, estalla por fuerza el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales.

El resultado del conflicto es la resignación de las investiduras de objeto, las cuales son sustituidas por la identificación. Así se forma el núcleo del superyó introyectando la autoridad del padre, perpetuando la prohibición del incesto y asegurando al yo contra el retorno de tales investiduras objetales. Aquellas aspiraciones libidinosas edípicas son en parte desexualizadas y sublimadas, y la otra parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. Este proceso salvó al niño de la castración y alejó su peligro de pérdida. A partir de aquí se inicia el período de latencia, interrumpiendo el desarrollo sexual infantil.

La articulación en relación a este nuevo objeto, el falo, permite sustentar con mayor firmeza la lógica de ser y la lógica del tener, que van a posibilitar el desplazamiento de los objetos internos y externos en relación a la elección.

Complejo de Edipo y amenaza de castración sirven al sujeto para que pueda realizar elecciones singulares articuladas y dirigidas con el mundo exterior, lo que se entiende como salida exogámica, siendo ésta una salida posibilitadora hacia otros objetos con los cuales el sujeto va a ir desplazándose.

Ya Freud lo aclaraba al considerar que el desenlace de estos complejos va a ser reflejado y se sostendrá en diversos sucesos a lo largo de la vida del sujeto. Es decir, que una elección subjetiva puede venir a manifestar la posición que el sujeto ha tomado para resolver los conflictos infantiles. La elección se moverá, circulará alrededor del falo, posición que permite el movimiento subjetivo.

Cabe aclarar que la fase fálica y la amenaza de castración deben ser aplicadas también a la niña. La diferencia está en que la niña no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino que considera el supuesto de que una vez poseyó un miembro masculino y después lo perdió por la castración. Es decir, acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varón tiene miedo a la posibilidad de su consumación. La niña intentará resarcir esta falta, deslizándose a lo largo de una ecuación simbólica, del pene al hijo. Su complejo de Edipo finaliza con el deseo de tener un hijo del padre. Este deseo, junto con el de tener un pene, permanecen en el inconsciente, donde conservan una fuerte investidura. (Freud, 1924/1992).

La comprensión del complejo de Edipo en la niña y su movimiento alrededor de la falta del falo permiten comprender cómo ante la falta de algo considerado valioso moviliza el aparato psíquico en busca de compensar esa supuesta falta que ha sido producto de una castración.

Es necesario tener en cuenta que si bien Freud diferencia la posición de la niña y del niño en relación al falo, la distinción se establece originariamente a partir de la diferenciación anatómica. Esto se aclara para dar cuenta que estos procesos inconscientes demuestran la movilidad y posibilidad del aparato psíquico de cualquier sujeto a lo largo de su vida.

Luego, en la conferencia número 33 que trabaja el tema de la feminidad, perteneciente a la serie de las "*Nuevas conferencias...*" dictadas entre los años 1932 y 1936, Freud (1933/1991) da un panorama más completo a la posición de la niña frente a la castración. Considera que la niña en la fase fálica actúa como un pequeño varón. En esta fase, el niño se procura sensaciones placenteras con su pene; la niña también hace lo propio, pero con el clítoris. Ambos órganos erógenos parecieran ser equivalentes, y la vagina, lo femenino genuinamente, es algo no descubierto aún. Así en la niña, el clítoris es la zona erógena rectora, pero con la vuelta hacia la feminidad el clítoris cede su sensibilidad a la vagina, y con ella su valor. Esta es una tarea extra en el desarrollo sexual que la mujer tiene que solucionar, a diferencia del hombre.

Con respecto al objeto de amor, tanto para el varón como para la niña, corresponde a la madre, quien lo es también en el complejo de Edipo. Ya se había dicho que las primeras investiduras objetales están apuntaladas en la satisfacción de las necesidades vitales. La diferencia ocurre en la situación edípica, donde el padre es quien ha devenido objeto de amor para la niña. Este paso del objeto madre al padre es otro paso que la niña debe realizar en su desarrollo.

Para entender esto, Freud toma el desarrollo de la ligazón de la niña con la madre. Tales vínculos libidinosos son diversos, atraviesan las tres fases de la sexualidad infantil, con sus respectivas expresiones de deseos: deseos orales, sádico-anales y fálicos. También son ambivalentes, de naturaleza tierna y hostil-agresiva. Considera que esta potente ligazón está destinada a dejar lugar a la ligazón con el padre a causa de la hostilidad y odio que por medio de reproches se dirigirán hacia la madre.

Entre todos los reproches, el factor específico gira en torno del complejo de castración. "La muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio". Freud (1933/1991, p. 115).

El complejo de castración en la niña inicia cuando observa los genitales del varón, notando su diferencia y su significación. Por esto se siente

perjudicada y se genera lo que se conoce como “envidia del pene”, el cual genera huellas en su desarrollo. La niña se aferra por largo tiempo al deseo de tener el falo, deseo que se vuelve inconsciente y retiene una investidura energética importante.

Cuando descubre la castración, el desarrollo de la niña puede desembocar en tres salidas: llevar a la inhibición sexual o a la neurosis, llevar a una alteración de carácter a la manera de un complejo de masculinidad, y la tercera opción, llevar a la feminidad normal. Además, Freud aclara que el amor de la niña a su madre era posible cuando la consideraba una madre fálica. Con el descubrimiento de que es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor, lo que puede dar lugar al prevalecimiento de la hostilidad hacia ella.

Cuando el quehacer onanista de la niña es sofocado, se genera un interés a la manera de una defensa contra la tentación de la masturbación. Tal interés, según Freud, se exterioriza en la simpatía que surge hacia personas con semejantes dificultades, y hasta puede dirigir la elección de la pareja amorosa. La vuelta hacia el padre se realiza con la ayuda de mociones pasivas. El deseo que vuelve a la niña hacia el padre es originariamente el deseo del pene que la madre le negó y que ahora espera que el padre le dé. Pero la situación femenina sólo se establece cuando tal deseo de poseer un pene es sustituido por el deseo de tener un hijo, equivalencia que se había considerado previamente.

Cuando la transferencia de este deseo hijo-pene pasa al deseo al padre la niña entra en la situación edípica. La hostilidad hacia la madre se refuerza. La ligazón-madre preedípica deja secuelas de fijaciones muy duraderas. A diferencia del complejo de Edipo en el niño en donde el complejo de castración lo lleva a su fin, en la niña el complejo de castración prepara y anticipa al complejo de Edipo. Permanece un tiempo indefinido en la situación edípica, sólo después lo destruye.

Se producen dos estratos en la identificación de la niña a la madre. El primero consiste en la ligazón tierna con la madre y la toma de modelo, y después con el complejo de Edipo, quiere eliminar a la madre y sustituirla. La primera fase es la decisiva, ya que de ella se adquieren las cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual, y conquistará su atracción sobre el hombre. (Freud, 1933/1991).

Resulta conveniente en esta sección considerar algunos aportes que realiza Diana Rabinovich (1990) para la comprensión del falo en relación a la elección. Para la autora, el primado del falo permite explicar la causa de la heterosexualidad y de la homosexualidad. La explicación freudiana de la homosexualidad masculina es ejemplo de la identificación como efecto de la regresión de un vínculo de amor objetal. En esta forma de génesis de la homosexualidad masculina, existe primeramente una carga objetal intensa de la madre a la que el sujeto se encuentra fijado. Cuando al llegar la pubertad debe sustituir a la madre por un nuevo objeto sexual, no puede renunciar a ella. En lugar de producirse la sustitución del objeto y el mantenimiento de la investidura objetal, se produce una identificación con el objeto original, es decir, se identifica con la madre y busca como objeto sexual a quienes puedan representar a su yo, con los que reproduce la actitud materna hacia él. Aquí se produce una renuncia al objeto, se lo pierde y la identificación permite a la vez su conservación.

Sin embargo, la autora tiene en cuenta que esta génesis de la homosexualidad no es equivalente a la elección homosexual a la que alude Freud cuando introduce la serie de la elección de objeto en el caso Schreber. En dicho texto, la homosexualidad se ubica en el camino que lleva del autoerotismo a la elección de objeto, la cual sucede a la elección del propio cuerpo, elección narcisista, donde la importancia se encuentra en el papel que ya parecen desempeñar los genitales. Esto conduce a la elección de un primer objeto ajeno en la medida en que éste tiene genitales semejantes a los propios. Así, el camino de la heterosexualidad pasa necesariamente por una fase de elección homosexual de objeto.

Entonces, según Rabinovich, la elección homosexual no es aquí producto de la identificación con el objeto perdido, sino producto de la preeminencia de lo que aún Freud llama los genitales en lo que hace a la dimensión narcisista del cuerpo en la serie de la elección de objeto. Es de entrada catexia objetal, fundada efectivamente en la elección del semejante sexuado como heredero de propio narcisismo del yo.

A partir de lo expuesto, es posible considerar el surgimiento de una nueva lógica ante un nuevo objeto: tener el falo para ser el objeto de amor de la madre, o no tenerlo como consecuencia de la amenaza de castración. Salvase de la castración o no salvase de semejante amenaza. El fundamento del sepultamiento del complejo de Edipo se encuentra en esta amenaza, que posibilita la renuncia de los objetos de amor originarios, la identificación y creación del núcleo del superyó, y la entrada en latencia. Este proceso corresponde a la salida normal del complejo de Edipo. En cambio, cuando se produce una fijación al objeto originario, el sujeto no va a querer desprenderse y va a tomar el lugar del objeto para luego buscar aquel objeto sexual que se asemeja a su yo.

El complejo de Edipo y de castración en la niña también dan cuenta de que la falta del falo juega un rol importante en la estructuración del aparato psíquico, cuyos rodeos en torno a esa falta van a dejar huellas que marcarán la modalidad estructural y de elección del sujeto a lo largo de su vida.

7. Inhibición, síntoma y angustia

Para 1926, Freud (1926/1992) encuentra una nueva visión para comprender las neurosis. Inicialmente, se encuentra con la necesidad de aclarar en qué consiste el síntoma para el psicoanálisis, diferenciándolo de la

inhibición y la angustia. En terminología médica, la inhibición es entendida como una rebaja de la función, sin designar algo patológico; el síntoma, en cambio, tiene indicio patológico, tratándose de una variación en una función o una nueva operación de ella.

Teniendo en cuenta las diversas funciones del yo, Freud plantea que en las afecciones neuróticas pueden exteriorizarse en las diferentes perturbaciones de estas funciones, por ejemplo, función sexual, locomoción, alimentación, entre otros.

Inicialmente, dice que muchas de estas inhibiciones son una renuncia a la función afectada, ya que su ejercicio desarrollaría un elevado monto de angustia. Entre los procedimientos para alterar la función, considera que en las neurosis son relevantes el extrañamiento de la libido, produciendo una inhibición pura, el deterioro en la ejecución de la función, su obstaculización y desviación hacia otras metas, su prevención por medidas de aseguramiento, su interrupción mediante un desarrollo de angustia, y una reacción que con posterioridad protesta contra lo acontecido y el querer deshacerla. En fin, la inhibición expresa una limitación funcional del yo.

Como presunción inicial, considera que dichas inhibiciones son resultado de una erotización hiperintensa de los órganos requeridos para esas funciones. Esto quiere decir que la función yoica de un órgano se deteriora cuando está asociado con una significación sexual. El yo renuncia a dichas funciones para no tener que realizar una nueva represión y así evitar un conflicto con el ello. Puede conjeturar que además, existen inhibiciones que responden a la autopunición del yo, es decir, el yo no se permite hacer cosas que le proporcionarían éxito y provecho, que el superyó le deniega. Entonces, la inhibición pasaría a representar la renuncia ante la posibilidad de entrar en conflicto por el superyó. Otra situación es la que ocurre en un proceso de duelo, donde la energía psíquica se limita en su gasto en diferentes funciones, debido al empobrecimiento producido en el yo.

El síntoma, en cambio, es un sustituto de una satisfacción pulsional que fue interceptada, como resultado de un proceso represivo. El superyó incita al yo a la represión de la investidura libidinal que emana provocada por el ello. El yo coarta su devenir-consciente de aquella representación que resultaría poseedora de una moción desagradable, pero dicha representación se conserva como formación inconsciente.

Por esto, Freud (1926/1992) va a decir que “la represión equivale a un intento de huida” (p. 88), ya que el yo le quita la investidura preconsciente a la agencia representante de la pulsión que reprime, y utiliza tal investidura para el desprendimiento de displacer, es decir, de angustia. Entendiendo al yo como el almácigo de la angustia, entonces rechaza la idea según la cual dicha energía de investidura reprimida se transformaba automáticamente en angustia.

El yo consigue su propósito de sofocar la pulsión recurriendo a la señal de angustia, por lo que no nos enteramos acerca de lo acontecido. La moción pulsional afectada es la que engendra la formación del síntoma. Tal moción que ha sido reprimida encuentra un sustituto vía el desplazamiento. Si el sustituto llega a consumarse, no produce satisfacción, sensación de placer, sino que aparece como compulsión. A su vez, este proceso sustitutivo es mantenido alejado de su descarga a la motilidad, y si esto fracasa, el yo se ve forzado a realizar una alteración en el propio cuerpo, prohibiéndole su trasposición en acción sobre el mundo exterior.

Por lo tanto, Freud entiende que la angustia es la que causa la represión, y no al revés. Es decir, el origen y motor de la represión es la angustia frente a la castración, cuyos contenidos angustiantes son en realidad sustitutos desfigurados de aquel contenido que amenazaba con la castración.

Durante el proceso de elección de ese objeto del mundo externo que podría estar representando a estos objetos internos, pueden aparecer afecciones neuróticas que dificulten dicha elección, entre ellas puede aparecer la inhibición de una función yoica, que en el caso de ser ejercitada elevaría el monto de angustia.

8. Conclusiones

En este capítulo podemos encontrar muchos de los cambios significativos que realiza Freud en la última ordenación de su obra y que resultan relevantes para la comprensión de la relación del sujeto que elige con el objeto que es elegido.

Por un lado, encontramos con la nueva oposición pulsional, que es posible pensar la elección desde la pulsión de vida, la cual le provee de la energía psíquica para realizar una elección que construye, que busca la unificación y progreso del aparato psíquico hacia una mayor complejidad. También, se planteó la posibilidad de que las pulsiones de muerte jueguen un papel importante cuando se repite en la elección, repetición compulsiva cuya fuerza inconsciente deriva de aquellas.

Además, con los aportes surgidos a partir de la nueva tónica, pudo pensarse la elección como resultante de la articulación y negociación del yo con el superyó y la realidad psíquica, conflictos que van a dirigir las elecciones de un sujeto a partir de cómo se resuelvan aquellos.

A partir del complejo de Edipo, las identificaciones consecuentes y el falo, entra en juego una nueva lógica que ayuda a la comprensión de la elección de objeto. Ser o tener el falo, ser o tener el *objeto* son dos maneras de elegir que se reflejan en la forma de vinculación del sujeto con el objeto. Consecuencias de tal elección inconsciente se van a ver en las elecciones, por ejemplo vocacionales, y en las identificaciones de los sujetos a lo largo de su vida.

Uno de los puntos más importantes establecidos en este último ordenamiento metapsicológico de Freud es la relación del sujeto con el falo y su amenaza de castración. Alrededor de este objeto, el sujeto va a lograr movilizarse y posibilitarse en su elección.

También, las identificaciones iniciales juegan un papel esencial en las elecciones, ya sea del objeto de amor, o de otros objetos cuya satisfacción pulsional es de meta inhibida o sublimada. Tales identificaciones son las que intervienen en las elecciones de los amigos, de los gustos, de aquellos ámbitos de la vida cotidiana en donde el sujeto toma algo del objeto para hacerlo propio.

Junto con eso, la manera de introyectar al objeto, ya sea para idealizarlo y que pase a ser parte del yo, o incorporarlo a la manera del enamoramiento, donde el sujeto es menospreciado, va a ser otra forma de la vinculación del sujeto con el objeto que va a marcar las elecciones que aquel realice.

En este momento, se da por concluido el estudio y búsqueda de las articulaciones de la elección y su objeto, en la obra de Freud.

Capítulo 4:

Articulaciones con el caso clínico

1. Introducción

En este capítulo se presentan algunas articulaciones posibles entre lo investigado en la obra de Freud en relación al concepto de elección y las demás instancias psíquicas que participan de la elección que realiza un sujeto, y un caso clínico derivado de la práctica del área de Orientación Vocacional y Ocupacional, de la Facultad de Psicología.

Dichas articulaciones se tienen en cuenta por su importancia acerca de la elección vocacional de un sujeto y las constelaciones psíquicas que intervienen en tal elección.

2. Presentación del caso clínico de elección vocacional

El caso que se presenta corresponde a un adolescente varón de 17 años, E., el cual solicita participar de un proceso de orientación vocacional, en el marco de las prácticas profesionales del área de Orientación Vocacional-Ocupacional realizadas en el año 2013, en la Facultad de Psicología, de la Universidad del Aconcagua, en la ciudad de Mendoza.

La familia de E. se conformaba por sus padres, y un hermano menor de 14 años. El padre 38 años de edad, y su madre de 37 años.

El presente caso clínico se inició en el proceso de orientación vocacional, el cual consta de un psicodiagnóstico y luego de la aplicación de técnicas específicas del proceso de elección. Sin embargo, por razones personales del adolescente, sólo se logró realizar la primera parte.

El psicodiagnóstico incluye la entrevista, de la cual se han recortado algunas viñetas que permiten articular el lugar en el que se posiciona como sujeto en relación al objeto que elige.

2.1 Viñetas de las entrevistas

Viñeta 1:

¿Por qué querés hacer el proceso de orientación vocacional?

Bah, yo supongo que es para ver qué es lo que puedo llegar a estudiar

¿Y qué has pensado? ¿Tenés alguna carrera en mente?

Higiene y seguridad.

¿Algo más?

No sé, algunos amigos me dijeron de dibujo técnico algo así, eh...

¿A qué se dedica tu papá?

Es ---.

¿Y tu mamá?

Trabaja en el -----, en la parte de administración.

En el colegio en el que estás, ¿en qué modalidad estás?

En economía.

¿La elegiste vos?

Sí.

¿Por qué la elegiste?

Y... no sé, porque se metieron todos mis compañeros, igual porque es más matemática, no me gusta mucho la teoría, porque la otra es de humanidades.

Viñeta 2:

¿Quién eligió esta escuela?

Mi mamá me dijo.

¿A qué primaria fuiste?

A la -----.

¿Cómo te iba en la primaria?

Bien.

¿Te acordás qué es lo que te gustaba hacer?

Sí. Me gustaba todo. La pasaba bien. Igual fui como a tres, terminé en esa, la primaria terminé ahí.

¿A cuáles otras fuiste?

Fui de jardín a tercero a la C----, después fui a la escuela G----- a cuarto y quinto, y sexto lo hice en la M-----, y termine de vuelta en séptimo, volví a la -----.

¿Por qué te cambiaste de primarias?

Porque mi hermano tiene... como se llama... es hiperkinético y necesitaba escuela que hiciéramos deporte y me cambié a la ----- . Y ahí después me fui a la M----- porque se hizo muy cara la cuota.

¿Y vos te cambiabas porque se cambiaba tu hermano?

Claro, esa vez nomás. Después me cambié a la M----- porque nos cambiamos de casa, y después nos volvimos a cambiar de casa más cerca y me quedó la ----- más cerca.

Viñeta 3:

¿Y en tu casa qué haces?

Y si tengo tarea la hago, sino me pongo con el face, y cuando entrenaba me iba a entrenar.

¿Cuándo dejaste de entrenar?

Hace un mes.

¿Y cuándo empezaste?

Empecé a principio de año.

¿Y antes hacías algún otro deporte?

Cuando era más chico. Que hacía jockey.

¿Cuántos años tenías?

Ocho años.

¿Te gustaba...?

Sí, es que a mi mamá le encanta el jockey y empezó a ir a un club y como vio que entrenaban hombres me metió. Hice de los ocho hasta los doce, por ahí.

¿Y por qué dejaste a los doce?

Y porque me hacían burla.

¿Te hacían burla?

Sí, igual ya me había cansado.

¿De qué te habías cansado?

Y no soy de durar mucho en el mismo deporte.

¿Y de qué te hacían burla?

Y de que, mis amigos decían que era un deporte de mujeres, igual cuando empecé que ya fui más grande, los 10, 11, que me invitaban mis amigos a jugar a la pelota y yo tenía que ir a entrenar y me empezaban a cargar, y empecé a faltar y bueno...

Viñeta 4:

¿Les dijiste a tus padres que ibas a venir acá?

Sí.

¿Y qué dijeron?

Que les gustó, si ellos me dijeron como llegar.

¿Qué te dijo tu papá?

Que me tomara..., me empezó a nombrar las calles. Yo tengo un amigo que vive en la ----, y yo he ido a su casa, me dijo que me tomara el micro que me tomo para ir a su casa y ahí me acorde.

¿Y respecto a la orientación que te dijeron?

Que sí, que les pareció bien.

¿Y tu mamá te dijo lo mismo?

Sí.

¿Qué te dicen ellos de la carrera que querés estudiar?

En verdad no la tengo bien definida pero me dicen que quieren que estudie algo... Mi mamá me decía que fuera doctor pero no sé, a mí me da impresión la sangre. Y mi papá también me dijo que fuera contador, por eso me metí a economía.

¿Y a vos qué te gusta?

Contador me gusta pero me va mal en derecho, derecho contable.

Viñeta 5:

Y me dijiste de Higiene y Seguridad, lo que vos pensabas.

Claro, fui a la oferta educativa el año pasado, y no me acuerdo, un amigo creo que me dijo y averigüé y me gustó.

¿Y averiguaste alguna cosa más en la oferta educativa?

Sí, para turismo.

¿Y qué te pareció?

Y turismo me pareció bien pero tengo que ser muy, como se dice, muy carismático con la gente y soy muy tímido.

Viñeta 6:

¿Quién eligió tu nombre?

Ehh, creo que mi mamá. Mi mamá me quería poner L. pero como mi papá tiene un primo que se llama así; mi papá me quería poner E. porque es hincha de ---, es fanático de ---. Y me pusieron E.

¿Y por qué te pusieron ese nombre?

Por mi nono, por el abuelo de mi papá.

¿Se llama E.?

No, pero le gustó, él quería que me pusieran E.

(...)

¿Tus abuelos viven cerca de tu casa?

Sí. Los padres de mi papá viven en el barrio ----, cerca de mi casa. Ahora fuimos a almorzar a su casa porque hizo ñoquis mi abuela. Y mis otros abuelos viven en -----, también los voy a visitar de vez en cuando.

¿Cómo te llevas con ellos?

Bien. Mi abuelo es --- con mi papá y mi abuela es ama de casa. Y mi otro abuelo trabaja en ----, es -----, y mi abuela es ama de casa.

Viñeta 7:

Cuando empezaste el secundario, ¿pensabas en alguna carrera para estudiar?

Y mi papá me decía que fuera contador, pero tengo un amigo que tiene un hermano que es administrador de empresas y dice que hay un montón de contadores, que iba a ser muy complicado conseguir trabajo.

¿Por qué podía ser complicado?

Y son muchos.

¿Por la competencia?

Claro. Y en higiene y seguridad puedo trabajar con mi tía, la que vende seguros.

¿Qué hacen los técnicos en higiene y seguridad?

Y a mí me dijeron en el coso, en...

La oferta educativa

Aja. Me dijeron que ver que los empleados estén con los informes adecuados, que esté todo en orden, el tema de la fábrica o la empresa... Que los obreros tengan su traje adecuado, todas las cosas.

Viñeta 8:

¿Qué expectativas tenés, o qué esperas de este proceso?

Y poder encontrar alguna carrera que me guste.

Viñeta 9:

Extraída luego de realizar el dibujo libre, en el cual dibuja un escudo del equipo de fútbol que le gusta.

¿De qué equipo es?

De ----.

¿Tu papá me dijiste que es?

De ----.

¿Y tu mamá?

De ----.

¿Por qué elegiste -----?

Bah, en realidad cuando... mi papá es de ---- pero es fanático de ----, y mi papá de chiquito me hizo de ----- y de ----, pero empecé a ir a la escuela del -----, que veía todos los días a los jugadores entrenando porque antes la escuela de -----, estaba ahí en el club, abajo de las tribunas estaban las...

¿Las aulas?

Aja. Entonces en la mañana entrenaban los jugadores yo iba y los miraba porque se podía subir al estadio.

Viñeta 10:

¿Cómo te sentís en esta etapa que estas terminando el secundario?

Y medio mal, porque tengo que empezar a buscar trabajo y a estudiar, y a hacerme cargo ya, porque ya cumplo los 18.

¿Pensás trabajar también mientras estudias?

Y sí, porque me da como pena pedirle tanta plata a mi viejo. Para ir a la cancha, para comprarme ropa.

¿Te gusta ir a la cancha?

Sí, me encanta.

Viñeta 11:

¿Cómo te imaginas después de recibido?

No sé, una persona que sirva al país.

¿Una persona que sirva al país?

Jajá, sí, no ser tan inútil

Viñeta 12:

¿Qué pensás que vas a dejar, de las cosas que te gustan o que las podés perder cuando salgas del secundario y pases a estudiar y trabajar?

Y voy a tener que seguro dejar de ir a la cancha, porque seguro algún día que jueguen me va a tocar trabajar o voy a tener que estar estudiando. Y capaz que alguna salida con mis amigos. Si me toca trabajar el fin de semana, o que llegue cansado el fin de semana, o sin plata.

Viñeta 13:

¿Te gusta ser el más grande?

Eh, sí, más o menos, porque me gusta pero tengo la responsabilidad siempre, porque mis primitos hacen algo cuando están conmigo y me echan toda la culpa a mí, son terribles mis primitos. Y mi hermano también cuando se manda alguna me retan a mí.

Viñeta 14:

¿Qué te gustaría para tu futuro?

¿Para mi futuro? ¿Qué me gustaría? Y no sé, tener un buen trabajo, y me gustaría si tengo un buen trabajo tener plata para sacar a pasear a mis abuelos, a mi mamá, mi papá, a mi hermano.

¿Un buen trabajo como qué?

No sé, algún buen trabajo que gane buena plata.

¿Has pensado cuál?

Y no sé.

3. Articulaciones teóricas del caso clínico

En estas viñetas es posible observar que E., se encuentra en la búsqueda de un objeto que le guste, es decir, un objeto que contenga las características que le provean de satisfacción, o ausencia de tensión, para las instancias psíquicas que intervienen en su elección. Esto refiere a un objeto que cumpla con sus exigencias superyoicas, que responda al mundo exterior, que sea acorde a su yo, y que a la vez pueda satisfacer parcialmente sus pulsiones yoicas.

Sin embargo, puede destacarse que aparecen rasgos de un objeto idealizado que aún no ha encontrado su representación en un objeto del mundo exterior. La representación interna se encuentra esbozada escasamente, sólo pudiendo dar cuenta de un objeto interno que le sea satisfactorio a su yo (Cc-Prcc). Pero cuando tiene que proyectarlo hacia la realidad externa, no encuentra un objeto al cual catectizar, libidinizar. Las posibilidades del sujeto para relacionarse y libidinizar están presentes, pero aún existe algún conflicto que no le permite elegir el objeto carrera para estudiar.

Es importante destacar que el superyó es la instancia que más influye sobre yo de E., el cual demanda y exige el cumplimiento de ideales familiares y culturales, entendidos éstos como aquellos que conforman el núcleo de la conciencia crítica y el deber ser, derivados de los ideales narcisistas de los padres, los cuales los ha introyectado y los ha hecho propios. Es decir, en el objeto interno que representa su elección vocacional tiene como exigencias superyoicas que sea aquel objeto que le dé un buen trabajo, con buenas ganancias, y que además le guste, dando cuenta de que el objeto también debe satisfacer sus gustos subjetivos.

Puede verse la idealización del objeto cuando lo describe como aquel objeto posibilitador que le va a permitir *ser* alguien. Se puede pensar que el

objeto tiene características *fálicas* que le van a permitir *ser*, moviéndose en la lógica de la existencia, y no desde el *tener*, es decir, no se presenta como un objeto por el cual va a tener posibilidades de moverse en el mundo.

Es posible pensar que desde esta posición subjetiva, se encuentre con la dificultad de encontrar ese objeto externo, ya que en éste se encuentran todos aquellos ideales y caminos que le van a ser alcanzados y logrados con la elección del objeto, y no como el objeto que le va a permitir movilizarse por el mundo hacia nuevas posibilidades de elección.

Con esto también puede pensarse en la dificultad que tiene con su identidad, entendida como normal para su etapa de adolescencia en la que se encuentra.

Junto con esto, la viñeta número 1 establece la manera en la que se presenta al proceso de orientación vocacional, donde es posible observar que desde el lugar en que se posiciona no se ha producido aún un acercamiento al objeto. Quizás las expectativas de este proceso sirvan a la manera de un cumplimiento superyoico de hacer un proceso para observar el posible objeto carrera, pero no alcanza a acercarse al objeto para que se produzca una elección.

Además, muchas de las viñetas expuestas permiten detectar las identificaciones más relevantes que intervienen en las elecciones de E., y que forman parte de su identidad. Como identificaciones originales, se encuentran aquellas que provienen de su padre y madre. Desde la madre, pueden verse los imperativos narcisistas de aquella, en la que el adolescente las cumple por cierto tiempo, para luego dejarlas de lado parcialmente. Con respecto al padre, el tipo de identificaciones que se observan tienen que ver con los gustos y con lo que puede disfrutar, con aquello que le da placer y que le ayudan a la incorporación de aspectos del objeto padre para formar sus objetos internos. Puede considerarse que la elección de una carrera o de trabajar, funciona bajo aquellas identificaciones con los padres.

Además, las identificaciones con los amigos y sus grupos de pares son fundamentales para otras elecciones, como la orientación de la escuela o el deporte que le gusta practicar. También estas identificaciones le proveen información acerca de los objetos a elegir en cuanto a lo vocacional, abriéndose posibilidades de elección por fuera de las planteadas en su núcleo familiar.

Con respecto a lo que la elección implica, en la viñeta número 12 se puede ver que el elegir una carrera y trabajar implica la pérdida de otros objetos con los cuales se vincula en la actualidad. Esta pérdida se produce en el plano de las fantasías, por lo que el adolescente había comenzado a sentir los afectos esperables en cuanto a este proceso: angustia, miedo, y nervios por lo que puede venir en el futuro.

Esto da cuenta de la capacidad del yo para vincularse con los objetos y tolerar la renuncia. Se puede pensar que esta función yoica es la que deriva de la huella mnémica que quedó atrás como producto de la superación del complejo de Edipo, en la cual se logra aceptar la pérdida del objeto de amor para obtener otros objetos con los cuales vincularse y que le satisfacen pulsionalmente por otras vías posibilidades.

4. Conclusiones

Es posible inferir que en el presente caso clínico, las elecciones se encuentran influenciadas desde varios aspectos psíquicos principales: las identificaciones provenientes del núcleo familiar, identificaciones del grupo de amigos.

Además, el papel más importante lo cumplen los ideales superyoicos que se han ido incorporando y formando para ser parte de la identidad del adolescente.

Su superyó está formado por el yo ideal, derivado del narcisismo primario, es decir, aboga por cumplir con los ideales no alcanzados por los padres. Esto se refleja en las conductas guiadas por el deber ser, las obligaciones como hijo mayor de la familia, la responsabilidad del cuidado. El mandato de los padres surge como imperativo del superyó, como una de las instancias psíquicas con las que mayor intervención juega el yo, junto con la realidad externa.

El objeto de sus elecciones vocacionales debe responder a esos ideales, que en el sistema *Cc-Prcc* se manifiesta como un objeto que va a traer seguridad, justicia y utilidad. Además, es un objeto que está sobreestimado, ya que va a ser el objeto carrera que es para él, pero que en este momento subjetivo no puede materializarse en el plano de la realidad externa. Esto provoca que el objeto no pueda ser alcanzado desde las funciones yoicas, para discriminarlo y tolerar la ambivalencia del objeto. El objeto desde la lógica fálica, se ubica en relación al *ser*, el objeto le va a permitir *ser alguien para el país*.

Si bien se encuentra capaz de diferenciar aquello que le gusta y lo que no, no puede vincularse de manera estable, firme, con el objeto, por lo que es un objeto que se encuentra idealizado y por lo tanto más alejado de sus posibilidades.

Capítulo 5:

Conclusiones finales

A partir de lo desarrollado en los capítulos previos, es posible llegar a las conclusiones en cuanto al concepto de elección y su evolución a lo largo de la teoría de Freud.

Uno de los usos del concepto de elección se encuentra en la articulación con las neuropsicosis de defensa, en donde se aborda, principalmente, la temática acerca de por qué un sujeto cae en una determinada neurosis de defensa, y los factores que influyen o causan dicha elección.

La elección de las psiconeurosis de defensa fue un asunto que inspira durante varios años a Freud, reflejado en muchos de sus trabajos, y cuya inquietud se mantiene implícitamente a lo largo de su obra.

Primero se considera que la elección de las neurosis de defensa puede estar determinada por el recuerdo de una vivencia sexual que provoca displacer retroactivamente y la represión de aquella o de su recuerdo. Otro factor que se tiene en cuenta es la época en que ocurre el suceso traumático, que posteriormente abarca la primera infancia. También son las diferentes zonas sexuales y las huellas mnémicas que generan, las que intervienen en dicha elección. A partir de esto, luego, se considera que es el recorrido que realiza la libido en estas zonas y su represión los que van a tener que ver con el desencadenamiento de una determinada neurosis. Estas causas son comprendidas en la segunda ordenación como las causas constitucionales del sujeto, concluyendo que la importancia se encuentra en los lugares de fijación donde la función sexual puede regresar.

Además, en esta articulación, el concepto de elección se utiliza como sinónimo con el concepto de decisión. Por lo tanto, se logra comprender que la articulación de la elección con la neuropsicosis de defensa refiere a una decisión inconsciente del sujeto, la cual se dirige a responder por el interrogante acerca del desencadenamiento de tal neurosis. Resulta necesario destacar que esta conceptualización no alude a la posibilidad de elegir entre opciones, sino que sirve al desarrollo freudiano para abrir los caminos para la investigación de la sexualidad infantil, en principio.

Otra articulación posible se realiza con lo aportado en “*La interpretación de los sueños*”, permitiendo el espacio para preguntar acerca de la elección de las imágenes que van a formar al sueño, cuya fuente psíquica de estímulos da origen a los sueños. Además, estos aportes permiten entender el funcionamiento de los procesos del inconsciente y, por lo tanto, su relación con la elección de ciertos contenidos o representaciones para que devengan formadores del sueño, en lugar de otros.

Una vez comprendido el funcionamiento del aparato psíquico y su constitución en los sistemas *Icc*, *Prcc* y *Cc*, se comprende que los contenidos y elementos psíquicos atraviesan distintos estados. En el sueño los contenidos van a ser elegidos o seleccionados por su multilateralidad con las cadenas asociativas, que generan puntos nodales provocando la sobredeterminación de aquellos contenidos. Entre los mecanismos principales del inconsciente se encuentran la condensación y el desplazamiento, los cuales permiten que ciertos elementos que no pueden devenir conscientes, se les retire la intensidad psíquica y sea transferida a otros contenidos posibles de ser elementos oníricos manifiestos. Junto con la figuración onírica, son procesos que determinan la elección de ciertos contenidos para atravesar la censura y llegar al relato consciente del sueño.

Esta conceptualización de los elementos del sueño es extensible para la comprensión de otros actos psíquicos, lo que permite comprender el acto de elección como otro acto psíquico más, que atraviesa estas fases de estado. Primero la elección es una *elección inconsciente*, y al atravesar la censura y llegar hasta el *Prcc*, puede devenir como una *elección consciente*. Es importante tener en cuenta que muchas elecciones cotidianas actúan como elecciones que nacen en el inconsciente, pero en la conciencia se encuentran disfrazadas y no son consideradas por ésta como una elección consciente.

La represión retoma un papel fundamental en la elección de aquellos contenidos que van a ser reprimidos y desajolados de la conciencia y de aquellos que permanecen conscientes. Se considera que ciertos contenidos que no causan displacer pueden ser reprimidos por estar íntimamente

vinculados con contenidos del inconsciente. Esto provoca que muchos de los contenidos pertenecientes a la actividad consciente, pueden ser interrumpidos y convertirse en actos fallidos o caer en el olvido, siendo éstos contenidos elegidos, mediante cadenas asociativas, por los procesos del inconsciente. Por lo tanto, el inconsciente no sólo trabaja en los síntomas neuróticos y en la producción de los sueños, sino que se encuentra presente en el vivir cotidiano, afectando diversas elecciones que se producen en la vida diaria.

Avanzando en la obra de Freud, a partir del estatuto que toma la represión y sus fases, se logra pensar que el objeto elegido podría ser representación de un retoño de lo reprimido que ha encontrado una salida escapando de la represión y llegando a la consciencia. Es decir, como acto psíquico, se afirma la hipótesis de que ciertas elecciones pueden representar a un genuino acto del inconsciente.

Por lo tanto, cuando un sujeto elige un objeto, esta elección al tener su origen en un contenido reprimido, puede encontrar una vía posible para acceder a la consciencia mediante una acción, es decir, en una elección que se actúa. Pero el sujeto no es consciente de que dicha elección es una repetición de una elección inconsciente. Esto es lo que plantea Freud cuando habla de la repetición en la transferencia.

Posteriormente, se agrega a la primera tópica una nueva localización de instancias del aparato psíquico: el yo, el ello y el superyó, junto con la realidad exterior como otra instancia que entra en conflicto. Toda la dinámica del yo con sus amos se refleja en la modalidad de elección de un sujeto. En las elecciones pueden manifestarse aquellas mediaciones y conflictos entre el yo y sus amos. El yo es quien con sus funciones va a buscar el equilibrio entre tales instancias y resolver los conflictos que se produzcan, para llegar a una elección madura teniendo en cuenta estas articulaciones con la elección del objeto vocacional. Así, el sujeto va a poder identificarse con sus gustos, intereses y aspiraciones propias, para luego identificar los objetos del mundo externo que posibiliten la elección y por lo tanto la realización de lo propio.

Una de las articulaciones más relevantes que aparece en la obra de Freud es la que surge como resultado del estudio de la sexualidad infantil, en donde se incluye el concepto de elección en su vinculación con el objeto.

Aparece la idea de que el objeto sexual se elige, elección que se consuma en el inconsciente. La primera infancia resulta fundamental para la estructuración del aparato psíquico, ya que su desarrollo permite la vinculación del sujeto con los primeros objetos. Todas aquellas primeras impresiones de carácter sexual con estos objetos van a influir en la posterior elección del objeto.

Empiezan a jugar un papel fundamental las pulsiones sexuales, ya que van a otorgar la energía psíquica a las elecciones de objeto. En la fase oral las pulsiones se encuentran desconectas entre sí y el objeto que busca satisfacerse está apuntalado a la nutrición, dejando como huellas la incorporación del objeto. La fase anal va a marcar la vinculación del sujeto con el objeto mediante la pulsión de apoderamiento, con la división entre activo y pasivo, por lo que los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden. Estas fases son autoeróticas, estableciendo el objeto de las pulsiones en el propio cuerpo.

Entonces, es posible considerar que la elección propiamente dicha sólo puede realizarse una vez superada la etapa del autoerotismo y de la ambivalencia entre activo-pasivo en donde la pulsión se satisface en la persona ajena. Además, en la elección de objeto, el sujeto ya no buscaría sólo la satisfacción en el objeto, sino que lo elegiría como objeto de amor. Es decir que cuando se ama al objeto es porque se ha realizado una elección desde lo inconsciente, pero no podría realizarse una elección de este tipo si se toma a la otra persona como meta de satisfacción pulsional, con las características de las fases pregenitales.

Un factor importante que se agrega a este desarrollo es la fase donde el sujeto sintetiza en una unidad sus pulsiones sexuales autoeróticas, para ganar un objeto de amor que se toma primero a sí mismo antes de pasar a la elección

de objeto en una persona ajena. Se trata del narcisismo. A partir de aquí, se diferencia el uso del término *elección*, propio de una etapa más desarrollada de la libido en donde se vincula con un objeto ajeno, de la *acción de tomarse* a sí mismo como objeto de amor, como ocurre en el narcisismo. “Tomarse” alude a la libidinización del propio cuerpo, encontrando en éste el objeto de su satisfacción. “Elegir” involucra un objeto externo, diferente al propio cuerpo, diferente a lo propio.

Con el narcisismo se logra diferenciar dos tipos de elección de objeto, “por apuntalamiento o anaclítico”, y el tipo de elección de objeto “narcisista”. Entonces, puede entenderse que en cada sujeto se dan dos caminos para la elección de objeto, debido a que posee dos objetos originarios: él mismo, característico de las etapas pregenitales y autoeróticas, y la madre como objeto de amor externo. Por lo tanto, se presupone en todo ser humano una fase narcisista que, eventualmente, puede expresarse en su elección de objeto.

Derivado del narcisismo primario, surge el ideal narcisista que va a influenciar en cuantiosas elecciones que el sujeto realice en su vida.

De la elección infantil de objeto de amor se constituye el complejo de Edipo, sostenido por la prohibición del incesto, va a intervenir y desplegar sus efectos en otras áreas de la vida donde la elección subjetiva adquiere predominio. Sobre estas huellas se apoyan las elecciones que los sujetos realizan a lo largo de la vida. Los primeros objetos de amor edípicos dejan una marca desiderativa de aquel amor incestuoso, prohibido, que ha caído bajo represión. Pero que encuentran la vía posible de realizar estos deseos por medio de atajos posibilitadores, permitiendo elecciones exogámicas en aquellos objetos que despiertan rasgos o características que rememoran a los primeros objetos de amor.

Un sujeto puede elegir los objetos dando cuenta que elige respondiendo a la elección de objeto anaclítico, invistiendo el objeto que se desea tener; o puede responder según la identificación con el objeto, en donde el sujeto introyecta las características del otro para poder ser semejante a éste, y por

consiguiente, la posibilidad de tener al objeto de amor madre, a la manera de la identificación con el padre. Son dos posibles resultados de la vinculación del sujeto con el objeto padre que han generado aquellos sentimientos ambivalentes.

A este esquema se le agrega la articulación en relación a un nuevo objeto, el falo. El sujeto se puede ubicar para tener el falo, para ser el objeto de amor de la madre, o no tenerlo como consecuencia de la amenaza de castración y salvarse de semejante amenaza. El fundamento del sepultamiento del complejo de Edipo se encuentra en esta amenaza, que posibilita la renuncia de los objetos de amor originarios, la identificación y creación del núcleo del superyó, y la entrada en latencia. Este proceso corresponde a la salida normal del complejo de Edipo. En cambio, cuando se produce una fijación al objeto originario, el sujeto no va a querer desprenderse y va a tomar el lugar del objeto para luego buscar aquel objeto sexual que se asemeja a su yo.

La elección se moverá, circulará alrededor del falo, posición que permite el movimiento subjetivo. Entonces, complejo de Edipo y amenaza de castración sirven al sujeto para que pueda realizar elecciones singulares articuladas y dirigidas con el mundo exterior, lo que se entiende como salida exogámica, siendo ésta una salida posibilitadora hacia otros objetos con los cuales el sujeto va a ir desplazándose.

Se puede diferenciar que la vinculación con un objeto puede responder entonces a una *lógica del ser*, correspondiente a la identificación y donde se toma al objeto como modelo, y una *lógica de tener*, que avala la elección de objeto. *Ser* como el padre; o *tener*, como tiene el padre. El sujeto puede ir eligiendo en la vida a partir de las identificaciones que se incorporan al yo a lo largo de su desarrollo, producto de aquella identificación al padre o al falo.

Se puede decir que las identificaciones vienen a teñir las elecciones que un sujeto realiza a lo largo de su vida. Quiere ser a la manera de tal..., por lo que elige tal... objeto carrera.

Además, las identificaciones permiten las relaciones con otros objetos que no son elegidos como objetos de amor. Por lo que se puede considerar que cuando se elige una amistad, un grupo de estudio, o un estilo musical, una carrera profesional o una vocación, se juegan en estas elecciones las identificaciones que se han ido introyectando desde los primeros vínculos edípicos, y a lo largo del desarrollo de la vida.

La elección de objeto infantil, entonces, atraviesa por la renuncia de aquellos objetos sexuales infantiles, para dar lugar a la posibilidad de elegir otros objetos apropiados, instalándose esta modalidad en el psiquismo desde la infancia y dejando las huellas que tal renuncia provoca.

La elección del primer objeto de amor ayuda a preparar las posteriores elecciones. Además, se encuentra implícita la hipótesis de que en las elecciones posteriores se produce una reparación o recuperación de la pérdida que se produce o ha sido provocada por la separación con el primer objeto.

Es posible relacionar los mecanismos psíquicos que se comprenden en la elección de los contenidos formadores del sueño. El sujeto elige como primer objeto de amor a sus padres, pero luego debe tomarlos como simples modelos y desplazarse hacia personas ajenas en la época de la elección definitiva de objeto. Estos objetos posteriores van a estar vinculados por conexiones asociativas inconscientes con aquellos primeros vínculos objetales que dejaron huellas en el inconsciente. Por lo tanto, estas primeras elecciones quedan bajo la represión, pero producen efectos desde el inconsciente.

Entonces, el objeto sexual a ser elegido va a tener que ver con aquella primitiva elección de objeto, pero que nunca va a ser el mismo objeto, ya que aquel se encuentra perdido por represión. Tomando vías posibilitadas, se desplaza y va en busca del encuentro con un subrogado, un objeto que reemplaza el objeto originario, pero cuya satisfacción plena nunca va a poder alcanzar.

Esto permite comprender como se ha ido articulando la elección según el objeto que se estatuye. Un primer objeto es el que puede establecerse en la

ausencia de complementariedad entre sujeto y objeto de la satisfacción, objeto de la primera huella mnémica. El objeto que se establece a partir del desarrollo sexual infantil es el objeto originario: la madre, el cual tiene un papel fundamental para las posteriores elecciones de objeto, primero apuntalado a las pulsiones de autoconservación. El vínculo sexual con ese objeto es el que ayuda a preparar la elección de objeto, y a restaurar la pérdida de aquel objeto. Del modelo de vinculación con este objeto, el niño en el período de latencia, aprende a amar a otras personas que remedian su desvalimiento y ayudan a satisfacer sus necesidades. Es decir, permite elegir al objeto de amor. Y otro objeto que se plantea es el falo, ser o tener el falo, tener o perder el falo. Estas posiciones van a permitir el desplazamiento del objeto a otros objetos posibles y las identificaciones.

Por su parte, la postulación de las pulsiones y sus destinos permiten considerar la posibilidad de que en cada elección ciertas pulsiones sexuales encuentren objetos que le sirven al yo, y que a su vez, permiten su satisfacción parcial. Puede ser posible pensar en aquellos sujetos que se dirigen a elegir un objeto de amor, pero tal vínculo con el objeto responde al destino pulsional de alguna de las etapas libidinales donde se produjo una cierta fijación.

También es posible pensar en aquellas elecciones conscientes que un sujeto realiza, pero que resultan en elecciones fallidas o que llevan a su sufrimiento. Es la pulsión de muerte la que empuja hacia la homeostasis y hacia un retorno de un estado anterior. Y a su vez, es posible pensar en aquella elección en su vertiente libidinoso, en donde la pulsión de vida lleva al sujeto a elegir como la tendencia que busca una mayor organización a favor de la vida. Entonces, cuando un sujeto repite en las elecciones su modo y objeto de la vinculación, es necesario tener en cuenta qué fuerza pulsional es la que gobierna.

La elección como posibilidad de reparación es comprendida desde su vertiente erótica, desde la pulsión de vida, que expresa la tendencia de un sujeto a reparar el objeto amado. Tal mecanismo de elección como reparación es entendido como la manifestación de la pulsión de vida que viene a poner

coto a la destrucción, es decir, a la pulsión de muerte. Por lo tanto, si se considera la elección para reparar, para reconstruir, vendría a funcionar articulada a las pulsiones de vida, a aquellas que abogan por mayor complejidad y desarrollo del aparato anímico. La elección, entonces, es elección cuando posibilita, cuando construye, cuando mueve al aparato psíquico a la producción vivificante.

En el caso articulado, se encuentra que en su discurso estas constelaciones psíquicas inconscientes juegan un papel fundamental que posiciona al sujeto frente al objeto vocacional a elegir. Esto genera posibilidades y por momentos dificulta su vinculación y acercamiento al objeto, dando cuenta de ciertos conflictos que actúan y dirigen su elección, marcándose como los más visibles los que intervienen el superyó y el yo.

Por lo tanto, esta investigación encuentra su fundamento en las diversas instancias y constelaciones psíquicas que permiten la modalidad y conceptualización de elección de un sujeto. Tal elección va a estar impregnada por las huellas que todos aquellos procesos que intervienen, han dejado en su desarrollo.

Resulta importante destacar que cuando nos encontramos frente a la elección de un sujeto, se debe tener en cuenta que son muchos los factores a considerar al momento de evaluar y diagnosticar esta elección. Si la elección es realmente posibilitadora desde su posición subjetiva, cómo se manifiesta en su discurso, si existen conflictos que estén dirigiendo la elección hacia objetos que resulten perjudiciales, o son elecciones que compulsivamente se repiten, indicando su grado de fijación, si la elección permite la reparación del objeto, si la elección se efectúa mediante acciones...

Muchas son las conjeturas a las que se ha logrado arribar, permitiendo establecer un enlace entre la teoría psicoanalítica freudiana y el área de la elección vocacional.

Referencias bibliográficas

- Bohoslavsky, R. (1984) *La orientación vocacional, la estrategia clínica*. Bs. As. Ed. Nueva Visión.
- Freud, S. (1991). Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte I). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XV, pp. 13-21). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1916)
- Freud, S. (1991). Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte II). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XVI, pp. 292-308). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1917)
- Freud, S. (1991). La etiología de la histeria. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. III, pp. 185-218). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1991). La interpretación de los sueños (primera parte). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. IV, pp. 34-343). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1991). La interpretación de los sueños (segunda parte). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. V, pp. 345-608). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1991). La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XII, pp. 329-345). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1913)

- Freud, S. (1991). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XXII, pp. 75-125). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1933)
- Freud, S. (1991). Psicopatología de la vida cotidiana. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. VI, pp. 9-15 y pp. 188-240). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1901)
- Freud, S. (1991). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XII, pp. 55-72). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1911)
- Freud, S. (1991). Recordar, repetir y reelaborar (nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XII, pp. 145-157). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1991). Sobre la psicología del colegial. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIII, pp. 243-250). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1992). Carta 46. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. I, pp. 269-272). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1992). Carta 57. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. I, pp.

- 283-285). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1897)
- Freud, S. (1992). Carta 75. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. I, pp. 310-313). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1897)
- Freud, S. (1992). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XI, pp. 36-44). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1910)
- Freud, S. (1992). Duelo y melancolía. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1917)
- Freud, S. (1992). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIX, pp.177-188). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1924)
- Freud, S. (1992). El yo y el ello. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIX, pp. 1- 59). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S. (1992). Inhibición, síntoma y angustia. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XX, pp.71-161). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1926)
- Freud, S. (1992). Introducción al narcisismo. En J. Strachey (Ed) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund*

- Freud* (Vol. XIV, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1992). La organización genital infantil (Una interpolación a la teoría de la sexualidad). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIX, pp.141-149). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S. (1992). La Represión. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp. 135- 151). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1992). Lo Inconsciente. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp. 153- 201). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1992). Manuscrito K. Las neurosis de defensa (Un cuento de navidad). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. I, pp. 260-268). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1992). Más allá del principio del placer. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XVIII, pp. 1- 62). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1920)
- Freud, S. (1992). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la histeria. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 259-271). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1906)
- Freud, S. (1992). Presentación autobiográfica. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund*

- Freud* (Vol. XX, p. 34). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1925)
- Freud, S. (1992). Proyecto de Psicología. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. I, pp. 362-364). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original escrito en 1895 y publicado en 1950)
- Freud, S. (1992). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XVIII, pp. 99-110). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1921)
- Freud, S. (1992). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp. 105-133). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1992). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XI, pp. 169-184). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1912)
- Freud, S. (1992). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XI, pp. 155-168). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1910)
- Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 109-211). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1905)

- Hernández Sampieri, R. y cols. (2003). *Metodología de la Investigación*. México, D. F: Ed. McGraw-Hill Interamericana.
- Karlem Zbrun, H.; Rodríguez Yurcic, A. L.; Cicutto, A. N.; Funes, M.; Gómez, M.; Granados, E.; Iluminatti, N.; Pérez Iglesias, S.; Núñez, L. y Lublinsky, A. (2012) *Documento sobre el método de investigación en psicoanálisis*. Instituto de investigaciones de la Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lublinsky, A. (2014). *Guía para la realización de citas y referencias bibliográficas en psicoanálisis según las normas de la American Psychological Association (A.P.A)*. Documento de la cátedra de Taller de Tesina. Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua, Mendoza.
- Páramo, M. A. (2012) *Normas para la presentación de citas y referencias bibliográficas según el estilo de la American Psychological Association (APA): Tercera edición traducida de la sexta en inglés*. Documento de cátedra de Taller de Tesina. Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua. Mendoza.
- Rabinovich, D. (1990) *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Real Academia Española, diccionario de la lengua española. Versión online. 2015. Enlace: <http://www.rae.es/recursos/diccionarios/drae>.